

煙灰

ASH

風弄
原著



Capítulo 1

La verdad es que no es nada bonito, es solo que... Cuando te clava la mirada, dan ganas de llorar. —Fei Huan, el jefe ya se fue—, dijo la voz de Tong Ping por el radio.

Fei Huan se estiró dentro del auto, tomó el aparato y observó con agudeza a un hombre alto y delgado que apareció tras la esquina: —Lo veo, sigan vigilando—.

—Parece que ya empezaron a ponerse en contacto—, también se escuchó la voz de Xiao Shao por el radio—. ¿Avanzamos?

—Esperen un momento—. Fei Huan fingió estar arreglando su auto, que se había averiado a mitad de camino, aunque sus ojos atentos nunca perdieron de vista a los dos hombres y la mujer que estaban a doscientos metros a su derecha.

Un hombre vestido de albañil hablaba con la mujer que vendía piñas al borde de la carretera, con la boca abierta. Fei Huan observó cómo le entregaban en secreto un paquete bien envuelto en periódico. Esbozó una sonrisa fría y sintió una emoción recorrerle todo el cuerpo.

—Fei Huan, todo quedó grabado. Es la prueba perfecta. Ni siquiera el Gobernador de Hong Kong podría protegerlo—.

Al saber que ya tenían el video de toda la transacción, las emociones contenidas de Fei Huan salieron a flote. Gritó: —¡Acción!— y salió corriendo de detrás del auto donde se escondían.

—¡No se muevan! ¡Policía!— Apuntó con calma su arma hacia el traficante que llevaban días siguiendo. Sabía que no debía mostrarse tan satisfecho, pero no pudo evitar sonreír.

Sus compañeros se abalanzaron sobre ellos, apuntando con sus armas a los tres hombres desprevenidos y gritando al unísono: —¡No se muevan! ¡Policía!—.

¡Otro caso cerrado!

Ver cómo el criminal, abatido, lo miraba con ojos llenos de odio era lo más satisfactorio. Fei Huan le lanzó un beso al aire con arrogancia mientras se lo llevaban a la patrulla, y su mirada fría se suavizó al instante al posarse en sus compañeros, con quienes había compartido alegrías y penas.

—¡Oye! ¿A dónde vamos a divertirnos esta noche?— El joven le dio un fuerte empujón en el hombro a Fei Huan, mostrando su alegría por haber resuelto otro caso de narcotráfico.

Fei Huan lo ignoró, sacó su celular —que había apagado antes de la operación— y lo volvió a encender.

—Abrieron una estación de televisión nueva en Xihuan y tengo tarjeta de descuento—, dijo Tong Ping, apoyándose en el hombro de Fei Huan con una risa sonora—. Se te ve muy contento hoy, no piensas volver a huir, ¿verdad?

Se preguntó si “él” aparecería esa noche. Fei Huan se encogió de hombros, a punto de negar con la cabeza...

—¡No se atrevería!— Feng Peng, el más impulsivo del grupo, fingió buscar las esposas en la espalda y gritó: —¡Esposemos primero al que intente desertar!—.

Acosado por sus amigos, Fei Huan no tuvo más remedio que levantar las manos en señal de rendición, entre risas y quejas: —Está bien, está bien, solo vamos a divertirnos. Quien no nos conozca va a pensar que me van a vender—.

—Qué bueno saberlo, tú siempre te niegas rotundamente a ir, hasta nosotros ya lo creemos—.

—¿Y por qué no mejor me venden para pagar las bebidas?— propuso Xiao Shao, y de inmediato Feng Peng le dio un golpe en la cabeza, aceptando la broma.

El grupo tomó un taxi entre risas y bromas, y de hecho, terminaron de fiesta toda la noche.

A las dos de la madrugada, Fei Huan por fin logró deshacerse de sus amigos, que insistían en beber hasta que saliera el sol. Caminando tambaleante y soltando pequeños eructos, se apoyó en la pared mientras regresaba a su habitación.

De verdad había bebido demasiado.

Fei Huan movió la cabeza con dificultad, intentando aclarar su mente. Pero las nubes que giraban en su cabeza no se iban, sin importar qué hiciera.

Era un milagro que no se hubiera desplomado dentro del ascensor.

Metió la mano en el bolsillo para sacar las llaves, pero le costó mucho trabajo encontrar la cerradura. Esta... no, parece que no es la llave correcta...

O tal vez... tal vez está intentando meterla al revés.

Qué complicación, ¿para qué poner una cerradura electrónica de cuatro puntos?

Casi sin fuerzas, Fei Huan tiró las llaves con desgano y se desplomó apoyado contra la pared.

Mejor... me quedo a dormir aquí... —¡Clac!—
De pronto la puerta se abrió de golpe desde adentro.

Antes de que pudiera siquiera levantar la vista para ver quién había abierto, lo agarraron del cuello de la ropa y lo arrastraron desde la entrada hasta el interior de la casa. Sin darle ni un segundo, lo jalaron desde la sala hasta el baño.

—¡Ay!

Una ráfaga de agua helada, típica de principios de octubre, le cayó de golpe sobre el rostro encendido y febril por el exceso de alcohol, haciéndolo saltar y recuperando la sobriedad al instante.

—¡Estás loco!

Gritó indignado, le arrebató la ducha de las manos, la lanzó lejos y le sacudió la cabeza como si fuera un cachorro que se acaba de caer a una piscina, salpicando agua por todo el baño. Después, molesto, entró a la habitación, se quitó la ropa empapada y helada y se metió en la cama.

—¿Dónde has estado? Te he estado esperando toda la noche —dijo una voz fría, con un tono de reproche que hervía de rabia.

Fei Huan asomó la cabeza entre las sábanas y miró de reojo... ¿Por qué hay personas que siempre se ven tan guapas, tan encantadoras?

Ese rostro que solía aparecer con frecuencia en las portadas de revistas financieras y periódicos sensacionalistas estaba ahora muy cerca. Su expresión sombría era bastante desagradable, y sus cejas gruesas y fruncidas dejaban claro que él —Xu Luetao— estaba furioso.

Fei Huan lo miró con desaprobación; era una figura importante a la que normalmente no se atrevería a contradecir. Hinchó las mejillas y dijo: —No sabía que vendrías.

—Te llamé al celular, pero lo tenías apagado —respondió él—. Estoy aquí por asuntos oficiales.

Respiró hondo; parecía que ya no tenía paciencia para aguantar a ese joven policía insolente. Dio un paso adelante y, a través de la colcha de seda, lo inmovilizó: —De cualquier forma, te avisé. No deberías haber salido.

Fei Huan lo miró fijado, recostado sobre una mano, sin inmutarse por la actitud agresiva de Xu Luetao. Soltó una mueca burlona: —No vivo a costa de nadie. No puedes hacer lo que se te antoje conmigo.

Esa actitud desafiante encendió el carácter de Xu Luetao. Alzó una ceja con peligroso aire, a punto de hablar, pero Fei Huan se le adelantó.

—¡Ya lo sé! —bostezó él, fingiendo aburrimiento—. Vas a decir lo de siempre: «¿Con qué le tapamos la boca a este terco?»

Al ver la expresión furiosa de Xu Luetao, Fei Huan puso los ojos en blanco sin dudarlo. —No uses esto como excusa para desahogarte. Estoy cansado—. Su tono se volvió frío.

—Si me obligas, se acabó lo de llevarnos bien.

Ignorándolo por completo, Fei Huan sacó una pierna de entre las sábanas, se dio la vuelta, se acurrucó y cerró los ojos.

Para sorpresa de todos, se quedó dormido en cuanto dijo que lo haría. Xu Luetao se quedó mirándolo incrédulo durante mucho rato.

—¡Maldición! —masculló Xu Luetao entre dientes, levantándose de la cosa de mal humor.

Debería tomar ejemplo de Xu Luqing: empezar con mano firme y luego dar un poco de cariño.

Nadie se lo esperaba: Xu Luetao, todo un hombre de negocios, no solo tenía que administrar temporalmente el Grupo Tianping por su querido hermano menor, sino que además se había topado con su mayor pesadilla en este pequeño lugar: Hong Kong.

¿Será que todo este año va a salir mal?

Con cualquier otra persona ya lo habría hecho llorar de desesperación. Pero... la persona que le gusta es Fei Huan.

Qué cosa tan especial. Fei Huan es una compañía muy interesante: salvaje, apasionada y...

Cuando se muestra tierno, ni el agua misma puede compararse con su suavidad; ni las actrices más famosas logran tener ese encanto; cuando se pone serio, cada palabra que dice tiene peso.

Como una figura rígida envuelta en la seda más fina.

Por ahora se llevan bastante bien, y Xu Luetao no quiere arruinarlo.

Sacó el celular y marcó un número: —Hola, ¿señorita Wen? Hoy va a salir un sol precioso, ¿le gustaría ir a verlo conmigo?

El hijo mayor de la familia Xu nunca se rebaja a sí mismo.

Ser un policía recto y cumplidor, siendo sinceros, nunca ha sido el sueño de Fei Huan.

Desde pequeño solo le gustaba una cosa: ver a la gente abatida y humillada por su culpa. Cuando esto pasaba, se le formaba su hoyuelo característico en la mejilla derecha, sonriendo como un zorro que acaba de atrapar una gallina.

Esa sonrisa, nacida de un gusto retorcido, curiosamente se decía que tenía un encanto irresistible... ¡qué broma tan absurda!

Se hizo policía simplemente porque le ofrecía muchas oportunidades para acabar con los sueños de riqueza rápida de los demás, nada más.

—¡Felicidades, Fei Huan! —En medio de la celebración ruidosa, los compañeros no dejaban de brindar por el satisfecho Fei Huan.

Fei Huan levantó la copa por compromiso, sonriendo mientras le daba un pequeño sorbo. La resaca de la noche anterior todavía se sentía y le latía la cabeza; ya no podía beber más.

Ese molesto de Xu Luetao se había ido sin decir una palabra. Seguro que se fue corriendo detrás de alguna niña rica enamorada otra vez. Maldito sea.

Una punzada de amargura le subió por el pecho; hasta el vino de su copa le pareció de sabor agrio.

El comisario Liang, su jefe directo, se acercó con una gran sonrisa y le dio una palmada en el hombro: —¡Bien hecho, Fei Huan! Eres el inspector más joven y capaz de todo el departamento. Has llevado a cabo esta misión de maravilla.

Fei Huan sonrió y se alejó discretamente de esa mano grande que le apretaba el hombro.

El comisario Liang conocía bien el trabajo y tenía buena opinión de él. Lástima que a Fei Huan no le interesaba nada que lo trataran así.

—Bip, bip, bip, bip... —De repente sonó el celular que llevaba en el pecho.

El corazón le dio un vuelco; buscó rápidamente un lugar apartado y sacó el aparato.

Al ver el número conocido parpadear en la pantalla, se mordió el labio, contestó y respondió de mal humor: —¿Qué quieres?

—Voy para allá esta noche —se escuchó la misma voz desagradable al otro lado de la línea.

—¡Hmph! No estoy... —Antes de que pudiera terminar de decir «libre», la llamada ya se había cortado.

Fei Huan miró con rabia el celular que seguía pitando. ¿En qué me tomas?

—¡Fei Huan! ¿Qué haces ahí mirando el celular? —Xiao Shao se acercó de golpe y le dio un manotazo en la cabeza.

Fei Huan le devolvió el golpe sin mucha importancia y guardó el celular.
¡Maldición! Xu Luetao...

Capítulo 2

Era una noche de octubre, y las luces de la ciudad acababan de encenderse.

Rayos de luz suave brotaban de ventana en ventana de los edificios, transmitiendo una sensación de hogar. Los altos árboles de bauhinia, cuidados con esmero alrededor del complejo, se mecían con el viento fresco.

¡Que espere! Ese maldito egocéntrico debería haberse quedado esperando toda la noche.

Fei Huan, con los ojos brillando en la oscuridad, miró con rencor hacia la ventana iluminada del piso de arriba. Se quedó abajo un buen rato de mal humor, hasta que finalmente... subió.

Se maldecía a sí mismo una y otra vez por ser tan débil. Desde que conoció a Xu Luetao, todo había cambiado. Odiaba la arrogancia de él, odiaba todo de él. Sin embargo, no podía evitar querer estar cerca suyo, aunque fuera solo por ese instante, como si lo envolviera una nube de humo cada vez que se veían.

Su corazón siempre estaba revuelto y confundido. Xu Luetao era sumamente posesivo, pero nunca le hacía ninguna promesa.

¡Bah! ¿A Fei Huan qué le importa una promesa sin valor?

Abrió la puerta con frialdad, y la televisión de la sala soltaba un ruido alegre y ruidoso. Estaban pasando «Horizontes del Entretenimiento», un programa muy popular.

¡Pum!

Fei Huan cerró la puerta y vio a Xu Luetao sentado tranquilo en la sala fumando; no le prestaba ninguna atención al aparato, con el rostro inexpresivo mientras miraba a la presentadora sonriente en pantalla.

—¿Por qué tardaste tanto? —preguntó Xu Luetao con voz baja, dándole la espalda sin volverse a mirarlo.

Fei Huan lo ignoró y se aflojó la corbata bien puesta. De pronto Xu Luetao se puso inquieto, se levantó de un salto y se acercó, le quitó la corbata de las manos y la lanzó al sofá. Lo rodeó con un brazo por la cintura, firme y esbelta, y con la otra mano le tomó del mentón, empezando a desabrocharle la camisa con cuidado.

Sus dedos largos y finos le recorrían el pecho, provocándole cosquillas y un cosquilleo intenso. Era como el comienzo habitual de un encuentro placentero.

Lo que mejor sabía hacer Xu Luetao era despertar en un instante a ese Fei Huan que suele mostrarse tan distante. Por mucho que le caiga mal este tipo, en momentos así no puede evitar encontrarlo especialmente atractivo.

Las risas y bromas insípidas de la televisión parecieron desaparecer; solo se escuchaba la respiración pausada y rítmica de Xu Luetao y esa risa baja, que hacía latir el corazón a mil por hora.

Fei Huan se movió impaciente, aparentando querer zafarse de esas manos que fingían descuido pero que eran provocadoras, y en cambio se abrazó a él, recostándose con fuerza contra su pecho. Ambos cayeron juntos sobre el sofá amplio y especial.

—Qué entusiasta... —Xu Luetao soltó una risa baja y, de un tirón fuerte, le rasgó la camisa en dos con las manos.

Fei Huan miró la camisa que acababa de comprar, suspiró y recogió con indiferencia los trozos de tela para tirarlos al suelo. Después lo tomó bruscamente del cuello de la camisa y lo acercó a su rostro; su aliento dulce rozó los labios de él:

—Oye, vas a tener que pagar.

—¿Pagar? —Xu Luetao sonrió con malicia—. Paga con tu cuerpo.

—¿Pagar con el cuerpo? —Fei Huan alzó una ceja—. A ver si tienes con qué pagar. —Su mano ágil bajó hacia la cintura de Xu Luetao y tocó con picardía lo que se notaba claramente debajo de la ropa.

Xu Luetao sintió un escalofrío por ese gesto desafiante, se tensó por completo y se lanzó sobre su presa como un depredador.

Con unos movimientos rápidos, descubrió la piel blanca y suave de Fei Huan y comenzó a acariciarlo con picardía: —¿Acaso no sabes de lo que soy capaz? No vayas a suplicar después.

—¿Suplicar? —jadeó Fei Huan, arqueando la espalda y buscando con su propia piel las manos de él, alzando la barbilla con orgullo—. Ni lo sueñes.

Sus dedos largos y finos se atrevieron a entrar en él, y Fei Huan soltó un gemido lleno de deseo sin intentar ocultarlo.

—¿Te gusta? —Xu Luetao bajó la cabeza y le lamió suavemente los labios, respirando cada vez más agitado—. Vas a ver cómo te dejo sin aliento.

—¡Aléjate! ¡Que... que seas tú...! —jadeó Fei Huan, mordiéndole los labios con fuerza como un gato salvaje.

Sus lenguas se entrelazaron, devorándose, buscándose... llenando todo el lugar de sonidos entrecortados y apasionados.

Xu Luetao jugaba con el deseo de Fei Huan, dejando que ese joven atractivo, con la mirada llena de pasión, se entregara por completo a sus manos.

—Fei Huan, usa la boca. —¡No!

—Tienes unos labios hermosos, sería una pena no aprovecharlos —dijo mientras recorría con destreza ese cuerpo que ardía y parecía derretirse, y con la otra mano acariciaba sus labios una y otra vez.

Fei Huan lo miró con una sonrisa, pero de pronto apretó los dientes con fuerza.

—¡Ay! —Xu Luetao apartó rápidamente la mano, dolido, y dijo con rabia— : ¿Por qué eres tan terco? Los demás no ponen ninguna dificultad, y tú tienes que ser la excepción.

—¿Los demás? —Fei Huan entrecerró los ojos con peligro, repitió con el rostro sombrío y de una patada tiró a Xu Luetao del sofá sin que este se lo esperara.

Fei Huan sabía desde hace tiempo cuál era su orientación, pero siempre rechazaba con frialdad a quien se le acerca; en realidad, solo había estado con Xu Luetao. Sabía perfectamente que él era un hombre sin

vergüenza, pero ¿cómo no iba a enfurecerse al escuchar esas palabras en medio de un momento así?

—Tú... —Xu Luetao quedó en el suelo, con las venas del cuello hinchadas y los puños cerrados, a punto de perder el control, pero de pronto pareció recordar algo, miró a su alrededor conteniendo la rabia y soltó una risa.

—¿Estás celoso?

—¿Celoso? ¡Yo no soy tan desordenado como tú! ¿Por quién me tomas?

—¿Y tú por quién me tomas a mí? —respondió Xu Luetao con una sonrisa extraña e irritante—. ¿Por quién quieres que te tome?

¡Cerdo!

Fei Huan sintió un nudo en el pecho; ver a ese hombre alto y guapo sonreír sin el más mínimo rastro de vergüenza le hacía hervir la sangre.

Al notar que no le quitaba la vista de encima, Xu Luetao se levantó con aire satisfecho, tomó un cigarro de la mesa y se lo puso en la boca.

Fei Huan estaba tan furioso que no podía hablar. Se bajó del sofá, se puso de pie y entró al baño.

En cuanto cerró la puerta, escuchó que Xu Luetao hacía una llamada. Mordiéndose el labio inferior, pegó el oído a la puerta para escuchar.

—Xiao Bin, voy para allá esta noche —dijo Xu Luetao en voz alta, sin importarle que Fei Huan lo oyera, con una sonrisa pícar—. Recuerda ponerte mi perfume favorito y esperarme en la cama.

¡Zas! ¡Pum!

Xu Luetao colgó con una sonrisa, sin cambiar la expresión al ver a Fei Huan abrir la puerta de golpe.

Al encontrarse con esos ojos claros y cautivadores, le dio una palmadita suave en la mejilla, que estaba encendida por la rabia.

—Pequeño mío, espera mi llamada —La rabia recorría cada nervio de su cuerpo—. ¡Lárgate de aquí! —Fei Huan le apartó la mano de un manotazo, señaló la puerta de la sala y gritó.

Xu Luetao observó su reacción divertido, y luego se volvió hacia la salida.

—Si me extrañas... —Se detuvo en el umbral, a punto de soltar una última frase arrogante, cuando vio venir un jarrón volando hacia él y se apartó.

El jarrón no le dio, se estrelló contra la pared detrás de él y se hizo añicos. Qué gata tan difícil. Al ver a Fei Huan furioso, Xu Luetao no pudo evitar sentir por un instante un placer malicioso.

Ese Fei Huan tan distante, que siempre rechazaba a todo el que se le acercaba, ahora le lanzaba objetos como una mujer celosa.

Con una media sonrisa, chasqueó la lengua al ver los pedazos en el suelo, retrocedió con aire caballeroso, miró la cara hermosa pero furiosa de Fei Huan y cerró la puerta con consideración.

¡Tic-tac!

La puerta se cerró suavemente, dejándolos fuera de la vista el uno del otro.

La habitación quedó en silencio al instante. El sonido de la televisión de pronto se sintió insoportablemente fuerte.

Se quedó mirando la puerta sin saber qué hacer un momento, maldecía entre dientes, se dio la vuelta y se refugió en el baño, apoyándose en la puerta completamente aturdido.

¡Maldición, maldición, maldición!

Quiero que seas solo mío, quiero que seas solo mío.

Fei Huan sabía que no debería estar así de celoso, pero no podía evitarlo. Se dice que los hombres siempre andan cambiando de pareja, y Xu Luetao era el ejemplo perfecto... no, no solo le gustaban los hombres, tampoco dejaba pasar a las mujeres; cualquier cosa que le llamara la atención, y no tenía por qué aguantarlo.

¿Por qué estaba escondido en el baño sintiéndose como una mujer desamparada y abandonada? ¡Se odiaba por sentirse así!

Llevaba apenas unos días con él y ya no podía alejarse. Tal vez solo era porque Xu Luetao había sido su primera vez. ¿Acaso buscar con otras personas podría arreglar este sentimiento?

Fei Huan frunció el ceño, dándole vueltas a esa idea.

Toda la noche se le hizo eterna; no dejó de fruncir el ceño, pensando una y otra vez en lo mismo.

¿Por qué se sentía así, como si no quisiera seguir adelante? ¡Todo es culpa de Xu Luetao! ¡Todo es culpa de él!

Los días siguientes, Fei Huan andaba completamente desanimado.

Se quedaba sentado en su escritorio sin hacer nada, respondiendo de mal humor a los compañeros que le preguntaban qué le pasaba. Se volvió extremadamente rudo con los sospechosos que interrogaba, y hasta en varias ocasiones Xiao Shao y los demás tuvieron que sacarlo de la sala de interrogatorios.

Todo esto por culpa del celular... no, ¡por culpa de Xu Luetao!

Cada vez que sonaba el teléfono, lo sacaba de inmediato con esperanza, revisando quién llamaba; pero cada vez que no era él, se sentía tan decepcionado que tenía ganas de estrellar el aparato contra la pared.

Lo extrañaba muchísimo...

Apretando los dientes de rabia, se preguntaba mil veces qué era lo que tenía de bueno Xu Luetao.

Y no encontraba la respuesta.

La cafetería de la estación de policía estaba llena de gente, todos estirando el cuello buscando dónde sentarse.

Pero nadie se atrevía a acercarse a Fei Huan; su fama ya era conocida y en estos días andaba rodeado de un ambiente opresivo. Sin embargo... no faltaba quien se sentara cerca para admirar lo guapo que era.

Ese hombre guapo, frío y de mal humor estaba especialmente de moda este año. Sobre todo ese tipo imponente y genial que en menos de un año había logrado grandes éxitos en el grupo antidrogas; su forma de ser tenía a todos cautivados.

Sentado a la mesa con una expresión que nadie lograba descifrar, Fei Huan no se daba cuenta de las miradas de admiración que recibía. Miraba fijamente su café con tanta frialdad que parecía que él y esa taza que soportaba su mirada de odio eran enemigos mortales.

Tong Ping y Xiao Shao se acercaron entre risas y bromas con sus cafés, y se sentaron a su lado.

—Tu café ya casi hierve —suspiró Xiao Shao negando con la cabeza, y apartó su propia taza lejos de él. Fei Huan lo miró con indiferencia y volvió a poner su taza en su lugar.

—Alguien anda con el corazón roto. Ten cuidado, no vayas a salir salpicado —dijo Tong Ping con calma, echando más leña al fuego, y recibió una mirada que mataba.

En eso sonó su celular.

Fei Huan dio un salto y lo sacó de inmediato. ¡Era un número conocido! Por más que se repetía a sí mismo que no debía hacerle caso a ese descarado sin corazón, una sonrisa dulce se le escapó sin querer.

Sin hacer caso a los dos compañeros curiosos que tenía al lado, tomó el celular y salió corriendo.

Xiao Shao y los demás, por supuesto, sabían cuál era la orientación de Fei Huan. Se miraron entre sí y soltaron un suspiro largo, negando con la cabeza viendo cómo se alejaba.

Ay... hasta los más duros caen fácilmente ante el amor. Fei Huan, si amas con tanta sinceridad, vas a salir lastimado.

Capítulo 3

¿Qué se siente enamorarse de alguien? No debería dejar a uno tan perdido, tan lleno de angustia...

Si al menos tuviera el valor justo ahora mismo, podría liberarme de una vez por todas de Xu Luetao.

Apoyado en la pared del archivo, un lugar casi vacío, Fei Huan miraba fijamente su celular; sus ojos brillantes no dejaban de mirarlo mientras el aparato no paraba de sonar.

El número conocido apareció en pantalla. Al verlo, casi podía sentir el leve olor a tabaco que solía haber en los dedos de Xu Luetao.

Aunque conteste, le voy a dar su merecido. ¡Nadie es indispensable!

Pensaba con rencor, dudando si contestar, cuando de pronto la llamada se cortó.

El corazón se le hundió un poco.

Fei Huan se puso pálido y luego se encendió; tenía el dedo suspendido en el aire. ¡Maldición! ¿Tenía que cortar tan rápido?

Sin saber si maldecir a Xu Luetao o a sí mismo, soltó toda clase de insultos, respirando con dificultad y a punto de estrellar el celular contra la pared.

Frustrado, apretó el aparato y miró a su alrededor buscando algo con qué desahogar la rabia que llevaba dentro.

—Bip, bip, bip, bip... —Volvió a sonar, y dio un salto del susto. ¡Era Xu Luetao!

Sintió una emoción que no sabía explicar. Esta vez contestó de inmediato, y su voz apresurada delató lo emocionado que estaba: —¡Xu Luetao! ¡Sé que eres tú!

—Jejeje... —Se escuchó su risa profunda al otro lado, como si supiera todo lo que había pasado por la cabeza de Fei Huan y le diera gusto saberlo.

La alegría que sentía se desvaneció al instante con esa risa arrogante. Bajó el tono de voz y dijo: —¿Y tú por qué llamas?

—Ese tono parece el de una niña haciendo berrinche —dijo él con aire de superioridad—. Fei Huan, no arruines el momento. No me gusta.

¿Qué no le gusta? ¿Acaso soy su sirviente?

Una rabia inmensa le subió por el pecho, se le puso rojo el cuello y gritó al teléfono: —¡Vete al diablo! ¡A mí tampoco me gusta! —Miró con furia a la empleada que asomó la cabeza por la puerta, y la espantó de inmediato.

—Está bien, Fei Huan —dijo Xu Luetao con un tono que sacaba de quicio—. Paso por allá esta noche.

—¡Lárgate! ¡Si vienes te voy a hacer arrepentir!

Su respiración agitada se escuchó al otro lado. Xu Luetao guardó silencio.

Al dejar de escucharlo, la furia de Fei Huan se fue calmando poco a poco y le empezó a dar inquietud. Quiso preguntarle si seguía ahí, pero no se atrevió.

Un silencio incómodo se prolongó entre los dos...

—Si no quieres verme, entonces no voy a ir —dijo Xu Luetao con tranquilidad.

Los dedos de Fei Huan, apretando el celular con fuerza, se pusieron blancos. Apretó los dientes y dijo con rabia: —Ojalá nunca vengas.

—Está bien. Adiós.

Sin cambiar ni un poco la voz ni el ánimo, Xu Luetao se despidió con indiferencia y colgó.

No podía negar que sentía el corazón dolido, como si le hubieran metido un manojo de espinas por la fuerza.

Su rostro guapo se contrajo, y Fei Huan se apoyó con fuerza contra la pared que tenía detrás, golpeando la cabeza contra ella como si estallara de rabia.

¿Cómo pudo pasar esto? ¡Bah! Qué canalla.

¿Acaso todos los hombres que aman a otros hombres terminan mal?

Fei Huan sonrió con amargura, sacudió la cabeza desordenando su cabello bien peinado y suspiró cerrando los ojos.

El trabajo. El mal humor causado por Xu Luetao se le quedó pegado hasta que terminó la jornada.

Intentó perderse entre el trabajo, no dejaba de mirar el reloj mientras iba de un lado a otro con proyectos, reportes y reuniones. Xiao Shao y los

demás lo rodearon y le preguntaron: —¿Qué te pasa, Fei Huan? ¿Tienes prisa por irte?

Pero en el fondo sabía que le daba miedo que terminara el día. ¿A dónde iría al salir? Xu Luetao no iba a venir.

Solo de pensar en salir del trabajo se sentía fatal. Al terminar, tendría que enfrentarse a todo, tendría que recordar esa maldita llamada de hoy.

Por más que no quisiera, el tiempo seguía pasando.

Viendo que todo lo que le importaba se le venía encima, decidió que tenía que valerse por sí mismo.

¿Acaso me voy a morir sin Xu Luetao? ¡Hmph...!

Cerró la puerta. Se le oscureció el rostro al abrir la puerta del auto, subió y la cerró de un portazo.

—Yo mismo me busco a alguien más. Con lo que soy, ¿no voy a poder encontrar con quién estar?

Pensando en cómo se pondría furioso Xu Luetao si lo viera con otra persona, se dirigió a un lugar que conocía.

—¿Qué clase de persona debería buscar? —se preguntaba para sí mismo—. Alto, distinguido, agradable a la vista, elegante... y con ese toque de picardía, como...

Intentaba imaginar a alguien, pero la imagen de Xu Luetao se le aparecía una y otra vez. —¡Maldición!

Se detuvo a un lado de la calle y se quedó mirando por la ventana sin ver nada. —No quiero estar con nadie más. No por Xu Luetao, sino...
—¿Por qué tendría que arruinarme solo porque terminé con un sinvergüenza?

Bajó del auto, entró al súper de al lado y compró dos docenas de cervezas.

—Esta noche voy a beber hasta saciarme.

Atravesó las calles llenas de gente y finalmente entró con el auto a la zona residencial.

Con las cervezas en la mano, listo para beber cuanto quisiera, levantó la vista hacia su balcón desde abajo, todavía con una última esperanza... pero todo estaba completamente oscuro.

El ánimo se le cayó un poco más.

Insistiéndose a sí mismo que no le importaba, se paró frente a la puerta y abrió la pesada y fría puerta de hierro.

Aunque ya sabía que sería así, el silencio y la oscuridad que lo recibieron le dolieron en el pecho.

Sintiéndose como una mujer a la que abandonan...

Se burló de sí mismo y entró en la oscuridad.

De pronto se le puso la piel de gallina; algo en el ambiente lo puso alerta.

El instinto de policía se activó de golpe. Soltó la cerveza, rodó hacia adelante y sacó su arma.

Demasiado tarde.

Una sombra que acechaba en la oscuridad detrás de él salió disparada como un torbellino; con movimientos rápidos y hábiles le quitó el arma de un golpe y lo inmovilizó, apoyando las piernas con intención sobre su abdomen.

—Qué brusco... jeje... —Esa voz grave y burlona era de la persona que más odiaba: Xu Luetao.

Bajo la luz que entraba por el balcón, Fei Huan vio claramente ese rostro guapo y un poco malvado sobre él. Se le aflojaron los nervios y levantó la vista de inmediato. Esos ojos penetrantes lo hacían sentir como un gato erizado:

—¿Qué haces aquí?

Sin importarle lo que dijera, Fei Huan solo tenía una respuesta: ¡Lárgate!

Xu Luetao lo miraba con media sonrisa sin decir nada. Le guiñó un ojo con picardía, y de pronto bajó la cabeza y lo besó en los labios, que estaban rojos de rabia.

—¡Ugh...! —Fei Huan no estaba preparado y cayó de golpe. El olor que conocía bien, esa presencia que lo envolvía todo, lo dominó por completo.

Su cuerpo tenso se fue relajando entre los brazos de él, y el aliento dulce se le escapó de la boca. Un beso largo y ardiente... Xu Luetao lo miraba

sonriendo mientras intentaba zafarse, pero se iba derritiendo sin poder evitarlo.

Su lengua recorrió cada uno de sus dientes blancos y parejos, como una tormenta dulce que le quitaba el aire.

—¿Me extrañaste? —preguntó Xu Luetao con aire satisfecho, con esa voz profunda y varonil que se le quedaba grabada.

Fei Huan se dejó llevar, recostado perezosamente en sus brazos respirando agitado, con el rostro encendido, pero dijo tercamente: —
¿Extrañarte? No te lo mereces.

Xu Luetao no respondió, solo soltó unas risas bajas, lo sujetó y lo ayudó a levantarse del suelo.

—¡Oye! ¿No dijiste que no ibas a venir? ¿Qué haces aquí? —Fei Huan se acomodó la ropa, recogió el arma que había caído y trató de mostrarse firme para echarlo, pero ya no le salía con la misma fuerza.

Aún tenía las mejillas sonrosadas por el beso, y Xu Luetao le había desabrochado un botón del cuello de la camisa, dejando ver el cuello y el pecho, que se veían especialmente atractivos bajo la luz.

Fei Huan se quedó ahí parado, con una mezcla de timidez y reproche en la mirada; esa apariencia encantadora encendió al instante lo que ya empezaba a despertar en Xu Luetao.

Con los ojos brillantes de emoción, Xu Luetao se quitó la costosa capa, inclinó la cabeza y le hizo una seña sugerente, y luego señaló con la barbilla hacia adentro, donde estaba la cama cómoda.

Siendo sincero, Fei Huan también extrañaba esa sensación de estar junto a Xu Luetao. Se puso rojo como un tomate y lo miró con furia, diciendo entre dientes: —Pervertido, cuidado que te atrapo y te encierro unos días con alguien como tú.

Xu Luetao no se molestó. Se acercó y le tomó la mano riéndose, intentando llevarlo hacia adentro, pero Fei Huan lo soltó de golpe. —No.

—No seas terco.

Fei Huan se quedó clavado en el suelo, sin querer dar un paso más, como si moverse fuera darle la razón. Se quedó quieto mucho tiempo, y luego levantó la vista hacia esa figura alta e imponente. Ese rostro que siempre le parecía arrogante y molesto ahora tenía una sonrisa dulce y un poco tonta, que hacía latirle el corazón a mil.

Se quedó mirando esos dedos largos y finos, y no pudo evitar recordar cómo se sentían recorriendo su cuerpo... como si le pasara corriente. Apartó la mirada de golpe, pero notó que Xu Luetao ya estaba completamente excitado. Una ola de calor lo recorrió entero y hasta las orejas se le pusieron rojas.

—Te extraño muchísimo. No aguanto que te hagas del rogar —dijo Xu Luetao, notando dónde miraba, y se quejó con una voz que daba cosa—. Mira cómo me tienes.

—¡No voy a entrar!

Gritó Fei Huan, decidido a no ceder y a darle su merecido. Pero al ver la cara de decepción de él, no pudo evitar soltar una risita temblorosa; su rostro guapo se iluminó como una flor que florece en pleno invierno, y bajó la mirada tímido:

—Aquí estoy...

Apenas terminó de decirlo, Xu Luetao se le echó encima y lo cubrió de besos calientes por todo el rostro y el cuerpo.

—Fei Huan... eres lo mejor —murmuraba Xu Luetao mientras recorría con los labios su cuerpo, como si repitiera un conjuro, y Fei Huan sentía cómo se le encendía todo por dentro.

Se entregaron el uno al otro con pasión. Xu Luetao se pegó a él con fuerza, haciéndolo llamarlo una y otra vez. Sus gemidos, su mirada, su piel suave, el contraste entre su piel blanca y el bronceado de sus brazos, todo lo excitaba.

Fei Huan se mordió el labio inferior con fuerza; Xu Luetao se retiró por completo de golpe, y la fricción intensa hizo que ambos soltaran un suspiro entrecortado.

Y al instante siguiente, Xu Luetao volvió a entrar de golpe sin avisar, con tanta fuerza que sentía como si le sacara el aire de todo el cuerpo.

Fei Huan soltó un grito sorprendido y maldecía: —¡Maldición! Tú...

—No tiene gracia si lo dices tú —dijo Xu Luetao con malicia, y se llevó el lóbulo de su oreja a la boca.

Lo hacía con fuerza y ritmo, llenándolo poco a poco, hasta que al final soltó toda su energía justo cuando Fei Huan estaba al límite, haciéndolo gritar.

Ardiendo de placer, se fundieron el uno contra el otro...

Jadeando como si hubieran salido de un incendio, se quedaron abrazados tratando de recuperar el aliento.

—Oye, quítate, pesas —Fei Huan le dio un empujón con la rodilla—. Ya sácalo, me estás haciendo sentir mal.

Xu Luetao no se movió, bajó la cabeza y lo besó con fuerza en los labios: —No te quejes, ya casi termino.

Fei Huan le apartó la cara y se retorció, pero lo que todavía llevaba dentro rozó de golpe y le hizo estremecer de placer.

Xu Luetao siguió besando y mordiendo su cuello, que ya estaba lleno de marcas, y dijo con voz ronca: —Todavía no termino, ¿para qué sacarlo? Al rato vuelvo.

¡Qué cosas dice!

Fei Huan sentía tanta vergüenza que casi se desmaya. Le agarró el muslo con fuerza y lo apretó, haciéndolo soltar un grito.

—¿Crees que soy igual que tú? Nunca te basta. La última vez me dolió mucho, ¿sabes? ¡Ya no quiero saber nada! ¡No me toques más hoy!

Gritó, lo empujó con fuerza, salió corriendo al baño y cerró la puerta de un golpe.

Xu Luetao quedó recostado en el otro extremo del sofá.

Lo vio entrar torpemente al baño con una expresión difícil de descifrar, pero no se levantó a seguirlo.

Con lo que era Xu Luetao, obligarlo a seguir no le habría costado nada. Pero el carácter de Fei Huan es como el viento: se pasa rápido, pero si lo presiona ahora se va a enojar de verdad. En unos días se le pasa y todo vuelve a la normalidad, así que no vale la pena insistir.

Pero Fei Huan todavía tiene poca experiencia. Llevan apenas un mes conociéndose y nunca había estado con nadie. Aunque por naturaleza es apasionado, lleva muy poco tiempo en esto. Aunque se ve fuerte y alto, su cuerpo es delicado; si lo hace demasiado seguido en poco tiempo, le va a hacer daño.

Después de encontrar a alguien que le gusta tanto, no quería arruinarlo tan fácilmente.

La verdad es que, de todas las personas que conoce, Fei Huan es la que más le importa. Xu Luetao encendió un cigarro y esperó a que saliera.

Fei Huan salió con una bata blanca, secándose el pelo mojado con una toalla. Tenía el rostro sonrosado por el vapor, y las marcas moradas y rojas en el cuello lo hacían ver aún más atractivo. Xu Luetao lo miró con ojos brillantes y volvió a sonreír de esa forma extraña.

Fei Huan inclinó la cabeza secándose el pelo, pero al cruzar la mirada con él se le pusieron las orejas rojas otra vez y le dijo con tono desafiante: —¿Qué miras?

—Te miro a ti —respondió Xu Luetao sin rodeos, recorriéndolo con la mirada de arriba abajo sin ningún recato.

Fei Huan soltó una risa franca y agradable, la risa que más le gustaba a Xu Luetao.

—Mira cuanto quieras —dijo Fei Huan con naturalidad, sentándose a su lado, inclinando la cabeza y advirtiéndole con una sonrisa—: Puedes mirar, pero no tocar.

Mostrando con orgullo su cuerpo bien formado y su rostro delicado, dejó que Xu Luetao lo recorriera con la mirada llena de admiración.

—Mi cumpleaños es pasado mañana —soltó de repente con tono serio. Xu Luetao lo miró y sonrió: —¿Qué regalo quieres?

—¿Lo que yo quiera y tú me lo das? —preguntó Fei Huan con doble sentido.

—Si lo que quieres soy yo, tendré que sacrificarme un poco y enviarme envuelto en una caja de regalo.

Fei Huan le dio un golpecito con la toalla: —No te creas tanto. Luego añadió con dulzura: —Quiero que vayas al cine conmigo ese día.

Xu Luetao se detuvo un momento y luego negó con la cabeza: —No, no puedo.

—¿Por qué? —preguntó él sorprendido.

—Primero, no tengo tiempo. Segundo, odio el cine.

Fei Huan no quería arruinar el momento y cedió: —Entonces salgamos a caminar. —Está bien, te llevo a la casa que acabo de comprar allá arriba en la montaña.

—¡Quiero ir a donde haya gente! No me lleves siempre a lugares desiertos, ¿sí? Quiero caminar contigo por donde todo el mundo nos vea.

Xu Luetao se quedó serio y preguntó: —¿Por qué quieres ir a lugares concurridos?

Fei Huan hizo un puchero: —Porque nunca me sacas a conocer con nadie. Se recargó en él y le dijo con tono desafiante: —¿Acaso soy tan feo que no me pueden ver?

Xu Luetao se rió de su actitud, se le echó encima y comenzó otra ronda de caricias y besos.

La noche era larga, y se entregaron el uno al otro con todo.

Dos días después, Xu Luetao tampoco pudo acompañarlo. Lo llamó por teléfono, con voz llena de disculpa:

—Fei Huan, hoy tengo compromisos y no puedo estar contigo. Pero reservé el último piso del restaurante Donghua para esta noche —decía con esa voz que tanto le gustaba, intentando convencerlo—. Vamos a pasar la noche los dos solos.

Fei Huan no se enojó de verdad, aunque sí se sintió un poco mal. Pero no era de los que se quejan por todo, aunque a veces sí se le subían los humos.

A la hora de la comida la estación seguía llena de gente. Fei Huan estaba sentado a una mesa. Usó la excusa de la cena para declinar educadamente la invitación de sus compañeros a celebrar su cumpleaños, y todos se pusieron a bromear con él.

—Esto está mal... ya perdiste tu libertad —decían los demás bromeando.

Feng Peng le dio un golpecito en el hombro: —¿Cuándo nos la presentas? Si te gusta, debe ser alguien especial.

—A lo mejor es un patito feo. Se dice que las parejas se complementan... y tú eres demasiado guapo —siguió Tong Ping, hasta que Fei Huan le dio un golpe.

—Ya, ya —dijeron todos riendo, cuando una voz desconocida los interrumpió: —Disculpen que los interrumpa.

Todos levantaron la vista sorprendidos. Era Lin Tongxue, del departamento de inteligencia. Acababa de llegar y se decía que había hecho un trabajo excelente en su destino anterior. Era guapo, alto, muy varonil... de esos que se nota de lejos que son caballeros.

Ese tipo de gente suele ascender muy rápido.

Lin Tongxue le sonrió a Fei Huan: —Oye, tengo dos entradas para el cine... —Me enteré que hoy es tu cumpleaños... —Y mientras hablaba, le entregó los boletos.

—¿Qué? —preguntó Tong Ping sorprendido—. ¿Sabes bien lo que estás diciendo?

Nadie esperaba que alguien así se acercara de esa manera... Sin embargo, la forma en que lo miraba no dejaba duda: era admiración.

Por suerte, el lugar estaba lleno y ruidoso, y hablaban en voz baja, así que nadie más se dio cuenta de lo que pasaba.

—¿Cómo supiste que hoy es mi cumpleaños? —preguntó Fei Huan con curiosidad.

—Fui a revisar los expedientes. Y después de la película, me gustaría invitarte a cenar —dijo Lin Tongxue con total naturalidad, sin sentirse incómodo ante las miradas de todos.

Fei Huan miró las entradas; era una película que tenía muchas ganas de ver, y de hecho ya había pensado en invitar a Xu Luetao. Sacó una de las entradas con calma.

—Acepto el regalo. Pero como es para mí, prefiero ir a verla solo. ¿No te molesta, verdad?

—Claro que no —sonrió Lin Tongxue con educación y elegancia, como si ya se sintiera muy agradecido de que hubiera aceptado el detalle.

—En cuanto a la cena de esta noche —dijo Fei Huan recostándose en la silla con picardía—, ya tengo planes con mi pareja. Le puso a propósito un tono dulce y sugerente, lleno de doble sentido.

Lin Tongxue se veía un poco decepcionado, pero mantuvo la compostura y dijo con envidia: —Entonces tu pareja tiene mucha suerte.

—Gracias —respondió Fei Huan con educación, mientras pensaba en Xu Luetao.

¿Cómo sería si Xu Luetao lo invitara al cine y a cenar frente a todos? Ese maldito siempre actúa como si él fuera algo de lo que hay que avergonzarse, y se empeña en mantenerlo oculto.

Capítulo 4

Fei Huan sostenía ese regalo que claramente significaba cariño: la entrada de cine, y esperaba sonriente en la puerta.

Todavía no era hora de entrar, así que se quedó ahí parado. De todas las parejas que pasaban, siempre había algunas chicas que le echaban miraditas.

Seguro de sí mismo, Fei Huan solía devolverles una sonrisa pícaro. Pura satisfacción propia.

—Ojalá que cuando entre no me salga alguien sentado al lado que me tome por sorpresa —dijo después de tomar la entrada de manos de Lin Tongxue, recostándose y encendiendo un cigarro.

Lin Tongxue dudó un instante, como si quisiera usar la otra entrada para quedarse acompañándolo.

Fei Huan frunció el ceño y le tendió su mano blanca y fina: —¿Me regalas también la otra? —le sonrió con dulzura—. Quiero ir con un amigo.

Cuando Lin Tongxue le entregó la última entrada con un dejo de decepción, Fei Huan sonrió, con los hombros ligeramente sacudidos.

—Gracias...

¿Invitar a Xu Luetao al cine?

Lo pensó un momento. Sabía perfectamente que no vendría, pero igual marcó el número.

—Fei Huan, ¿qué pasa? —contestó de inmediato, y se le notaba impaciente—. Estoy ocupado, dime rápido.

—¿Vas a ir al cine conmigo?

—Fei Huan, no me hagas preguntas sin sentido. Ya te dije que no me gusta el cine —hizo una pausa, dándose cuenta de que había sido demasiado seco, y suavizó el tono—:

—Fei Huan, no me hagas preguntas sin sentido. Ya te dije que no me gusta el cine —repitió, y luego bajó la voz diciendo—:

—Tengo una sorpresa para ti. Pórtate bien y espérame esta noche, ¿sí? —Fei Huan respondió bajito, un poco desanimado: —Está bien.

Y colgó.

Al ver que todos entraban de a dos, se sintió solo y de mal humor. Rompió la entrada sobrante en pedacitos y la tiró a la basura.

Entró a la sala oscura y encontró su lugar. Dejó el refresco y las palomitas en el asiento de al lado; nadie iba a llegar, ya que la entrada de ese puesto ya estaba rota.

Siguió de mal humor hasta que empezó la película.

Una canción melancólica llenó la sala. La protagonista era su actriz favorita. Fei Huan se olvidó de todo y se concentró en la historia.

La trama era bastante típica: amor entre personas de distinta condición social y lucha por estar juntos. Pero había una frase que le encantaba: «Todo mi orgullo nace únicamente de la forma en que me miras».

Era la frase que le dice la dama noble al hombre humilde que ama. La expresión de su rostro al decírla era tan hermosa y conmovedora que Fei Huan había querido ver esa escena desde que vio el póster.

—¿Crees que ella se vaya a enamorar del hijo del señor? —se escuchó decir a una mujer desde atrás, como preguntándole a quien la acompañaba.

—Claro que no, qué tonta eres —pensó Fei Huan para sus adentros, ya conocía la historia y le molestaba que le arruinaran la voz de la protagonista.

Un rato después:

—¿Crees que ella es bonita?

Su pareja le dijo algo que la hizo reír con afectación y luego preguntó: —¿Quién crees que es más linda, ella o yo?

Fei Huan miró hacia atrás impaciente; todo estaba oscuro y no lograba ver la cara de aquel hombre.

Seguro le estaba diciendo cosas empalagosas otra vez. Ella, con voz dulce y fingida, respondió: —No te creo, solo me lo dices para darme gusto.

¡Le habría gustado volcarle encima las palomitas que tenía en la mano!

Se contuvo, intentando concentrarse en la película. Ya faltaba poco para la escena que más esperaba y no quería perdérsela solo por regañar a unos enamorados insensibles.

La protagonista, con un vestido magnífico, dejó a su sirvienta y fue tras el hombre que amaba por un camino lleno de lodo.

Sin aliento, lo miró con determinación: —¿De qué puedo enorgullecerme? ¿De no haber nacido en la casa principal? ¿De no llevar un apellido ilustre? ¿De no vestir un traje espléndido?

Se acercó a él paso a paso, mirándolo con adoración: —Todo mi orgullo...

—Ese vestido que lleva, yo tengo uno igual, es de época. Algún día me lo pongo... —una voz lo interrumpió y ahogó justo las palabras que Fei Huan más quería escuchar.

¡No podía oír bien!

Abrió los ojos de par en par y la furia lo dominó. Se dio la vuelta y gritó: — ¡Cállate!

Todas las miradas se posaron en él al instante.

Asustada, la mujer se aferró a la manga de quien estaba a su lado, con los ojos llenos de lágrimas que amenazaban con correr y arruinar su maquillaje.

Fei Huan no tenía ganas de meterse con ella. Dirigió su enojo hacia quien la acompañaba: la culpa no era de ella, era de él.

Se quedó helado, sin saber qué decir. La persona a su lado tartamudeó: —¿Xu Luetao...?

Xu Luetao estaba sentado ahí, junto a aquella mujer que actuaba como una esposa sumisa, y le sonrió: —Hola, Fei Huan —dijo con tono distante.

Ella lo miró sorprendida y preguntó bajito: —¿Es tu amigo? No quería hacer nada que le molestara, ni siquiera ofender a quien él conocía.

—Solo un amigo —dijo Xu Luetao, y esas palabras cayeron como un golpe, dejándolo aturdido.

Fei Huan apenas pudo preguntar: —¿Qué dijiste?

Xu Luetao no mostró vergüenza alguna y dijo con calma: —Fei Huan, te ves mal. ¿Qué tienes?

Se sintió mareado, como si le diera un infarto.

Le asintió sin entender nada y salió del lugar bajo la mirada de todos.

Esperaba que Xu Luetao lo siguiera, pero no apareció. No tomó el auto; regresó caminando hasta casa.

—Vaya “sorpresa” —pensó con amargura.

Pensaba con calma mientras abría la cerveza que había comprado para ahogar las penas. Xu Luetao tenía a alguien más. Se había fijado en otra y yo ya no le gustaba. La verdad, no tenía buen gusto.

Pero con ella sí estaba dispuesto a ir al cine. ¿No era él quien más odiaba las películas? Yo se lo pedí tantas veces y siempre me dijo que no, y sin embargo se obligó a acompañar a otra.

Solo de imaginarlo haciendo algo que no le gusta por ella, sintió que se le partía el corazón.

Lanzó la lata vacía a la basura y abrió otra.

Debió notarlo antes. Con razón siempre fue tan indiferente y frío, sin mostrar interés jamás.

¿Quién lo diría? El inconstante Xu Luetao cayó en la trampa de otra persona.

Perdido en esos pensamientos, terminó la cerveza y ya estaba oscuro. Miró hacia afuera: Xu Luetao dijo que cenaríamos hoy. Me pregunto si espera a que pase mi cumpleaños para terminar conmigo.

Se escuchó en la puerta el sonido de alguien entrando. Fei Huan estaba recostado en el sofá y levantó la vista con desgano.

Entró Xu Luetao. Fei Huan miró las llaves en su mano: debería pedírselas. Si ya no estamos juntos, no tiene derecho a entrar cuando quiera.

—Dame las llaves.

—¿Eh? —Xu Luetao lo miró sorprendido—. ¿Qué dijiste? —No sé cómo se termina esto, pero al menos devuélveme la llave de mi casa.

—No seas así, ¿sí? —le dijo él aflojándose la corbata—. ¿Tú no te habías fijado en ella?

—¿En ella? —Xu Luetao se rió como si le contaran un chiste—. ¿Cómo puedes pensar eso? Fei Huan, ella no se compara contigo.

Fei Huan negó con la cabeza: —Con ella sí vas al cine, por ella haces algo que no te gusta.

—Voy al cine con gente todo el tiempo, ¿qué tiene de raro? —dijo él acercándose para besarlo.

Fei Huan se apartó, pero al escuchar que no le interesaba la otra mujer, insistió: —¡Entonces por qué conmigo no!

—¡Porque eres hombre! —respondió él impaciente, sentándose en el sofá con un cigarro en la boca—. No puedo andar con un hombre, ¿o sí?

Fei Huan se levantó como si lo hubieran pinchado.

—¿O sea que por ser hombre no sirvo? Conmigo te acuestas, pero no te atreves a que nos vean juntos. ¿Tú, Xu Luetao, el que todo lo puede, el intrépido, el galán de todos? —le dijo con la voz entrecortada por la rabia.

Xu Luetao se mantuvo tranquilo, como si nada.

—Yo soy alguien conocido. Lo que hagamos en privado no me importa, no temo a los rumores, eso es ser vividor. Pero si me ven paseando con un hombre y sale en los periódicos, eso sería una burla.

Fei Huan soltó una risa amarga: —Hoy te aprovechas de mí y mañana sales en todos los diarios como un cualquiera, y tú te preocupas por tu reputación.

—Con las mujeres es distinto —explicó él con calma.

—Las mujeres son como encendedores: se sacan, y siempre hay que cambiarlas para que no se pierda la novedad. Hasta el peor encendedor

se gasta con el tiempo. Pero los hombres... —lo miró a Fei Huan, que estaba frente a él.

—Hasta el cenicero más bonito, nadie lo saca a la calle, ¿o sí?

Fei Huan, con la respiración entrecortada, apretó los dientes y dijo con frialdad: —¿Acaso soy un cenicero?

Antes de que Xu Luetao pudiera asentir, Fei Huan se le lanzó encima como una fiera, arrebató el cenicero que él tenía en la mano y lo lanzó contra él sin dudarlo.

Casi le da en la cabeza, pero él se apartó con velocidad, esquivándolo por poco.

Fei Huan, con toda la fuerza que tenía, mandó el cenicero por encima del sofá y lo estrelló contra la pared. Con un estruendo, se hizo añicos en mil pedazos que quedaron esparcidos por todo el suelo.

Cigarrillo, ceniza, cenicero...

Sentía la sangre hervirle en las venas, subirle a la cabeza y dejarlo sin aire... Oía latir con fuerza en el cuello.

Estaba pálido como si hubiera estado congelado todo el invierno, pero tenía los ojos inyectados en sangre. Sin fuerzas para gritar, señaló la puerta con voz ronca, soltando las palabras entre dientes:

—Lárgate de aquí...

Qué carácter tiene...

Xu Luetao bostezó sin darle importancia, se levantó con calma y se dirigió a la puerta. ¿Cuánto durará el enojo? Tres días... pensó mirándolo.

—Lo llamaré en cinco días. Para entonces, seguro que vuelve a ser apasionado como siempre.

La ausencia aviva el cariño...

Fei Huan se mantuvo erguido hasta que escuchó el suave sonido de la puerta al cerrarse.

Se quedó mirando sin expresión la espalda de Xu Luetao, y en cuanto la puerta se cerró, sus hombros empezaron a temblar sin control y se desplomó en el sofá.

El cenicero... el cenicero... Solo soy cenizas, algo que no se puede enseñar en público.

¡Te odio!

¡No quiero volver a verte nunca más! Pasaron cinco días.

Xu Luetao por fin admitió que extrañaba un poco a Fei Huan: extrañaba su pasión, su entrega, la forma en que gemía a su lado.

Nadie lo excitaba como él. Cinco días que no se aguantaban.

Pero sabía que quien más sufría era Fei Huan.

Sabía lo enamorado que estaba aquel ser tan tierno y a la vez tan pícaro; un solo día sin noticias suyas lo dejaba al borde de la desesperación.

¿Dónde estaría ahora, pegado al teléfono? Pensándolo, sonrió con satisfacción.

Qué tierno era, sin llamarlo pero esperándolo siempre. ¿Qué podría hacer hoy para calmar sus ansias?

Mientras marcaba el número, ya pensaba en nuevas formas de amarlo.

—El número marcado no existe. Por favor, comuníquese con la compañía telefónica —dijo la voz grabada.

Frunció el ceño. ¿Dado de baja?

Volvió a marcar al número de la casa. Sonó y sonó, pero nadie respondió.

Una llamada tras otra, sin respuesta.

—Ya está bien, contesta. Deja de hacerte la difícil —dijo colgando molesto—. Bueno, pues espera un rato más.

Pero al poco tiempo volvió a inquietarse. Tomó el teléfono y volvió a marcar.

Lo intentó decenas de veces y nada.

—¿Le habrá pasado algo? Ser policía es peligroso —empezó a preocuparse.

Mientras se quejaba de él, llamó a Tan Feng.

—Tan Feng, necesito que busques datos de alguien. Se llama Fei Huan. Dirección: Xihuan.

Le explicó todo con lujo de detalles; hasta él mismo se sorprendió de lo bien que sabía todo sobre Fei Huan.

—Revisa si resultó herido en servicio. No creo, seguro que está haciendo un berrinche. Y que no se entere de que lo estoy buscando.

Colgó y se sintió más tranquilo. Cerró los ojos recostado en el sofá esperando la respuesta.

Tan Feng llamó pronto:

—No está herido. Renunció —le dijo escuetamente.

¿Se esconde de mí?

Bah, Fei Huan... ¿acaso no sabes con quién te metes?

—Dame su dirección actual. Voy a buscarlo y le voy a dar su merecido... ya verás cómo me acuesto con él.

Pero la respuesta de Tan Feng lo dejó helado: —No encuentro su dirección. Desapareció por completo.

Xu Luetao no daba crédito: —¿Desaparecido? ¿Cómo que desaparecido? Tan Feng, te pedí que usaras toda la red de inteligencia, no que llamaras a la comisaría.

—Se activó todo el sistema de búsqueda —respondió él—. No hay rastro. Es como si se hubiera esfumado.

—Se revisó también si salió del país, en otros continentes... el resultado es el mismo.

—¡Esto es imposible! —exclamó Xu Luetao—. No es más que un policía, ¿cómo va a burlar mi búsqueda?

—Lo hizo —dijo Tan Feng sin rodeos—. Al parecer, ya logró irse.

—Sigán buscando hasta encontrarlo —ordenó con calma, colgó y salió de la oficina apresuradamente.

Fue directo a casa de Fei Huan.

—¡Fei Huan, abre! —golpeó la puerta con fuerza, llamando la atención de los vecinos.

Entonces recordó que tenía la llave. Se reprochó su impaciencia, sacó la llave y abrió.

Todo estaba igual.

El suelo seguía lleno de cristales rotos y latas tiradas. Silencio absoluto. Fei Huan no estaba.

Exactamente igual a como lo dejó hace cinco días. Eso lo inquietó.

Si nadie entró en todo este tiempo, ¿dónde estaba?

Tan Feng dijo que renunció al día siguiente y desapareció sin dejar rastro.

De repente se levantó de un salto y corrió hacia el armario. Lo abrió de golpe.

Suspiró. Al verlo, por fin sintió alivio.

El armario seguía lleno de su ropa...

Si se hubiera ido, habría llevado sus cosas.

Más tranquilo, se sentó en el sofá a esperar su regreso.

Ese Tan Feng... seguro me está tomando el pelo.

Pero no, no es de los que hacen eso.

¿Será Tong Ping buscando venganza? No, debe estar muy entretenido con su pareja en la isla, no tendría tiempo para esto.

Sacó un cigarro y lo llevó a los labios.

Se dio cuenta de que no tenía cenicero. El del suelo estaba roto.

Lo pensó y lo tiró a la basura. Está bien, me esforzaré para que se le pase el enojo.

Pero no apareció. Pasaron las horas y no regresó.

Se le acabó la paciencia. Empezó a caminar de un lado a otro furioso, pero sin irse, por si volvía cuando no estaba.

Las noticias de Tan Feng seguían siendo decepcionantes.

Al tercer día, revisó cada rincón del cuarto sin pasar nada por alto, buscando cualquier pista que indicara dónde estaba Fei Huan.

Tan Feng interrogó a todos los que pudieran tener relación con lo que había en la habitación, pero el resultado fue el mismo.

Al cuarto día, Xu Luetao andaba inquieto y furioso. Un momento juraba darle una lección ejemplar, y al siguiente ya imaginaba cómo lo cuidaría y lo amaría cuando lo encontrara.

Al final, trasladó sus asuntos aquí; no quería irse.

También reprendió severamente a Tan Feng por su falta de resultados.

Pasaron el quinto, el sexto y el séptimo día.

Por fin decidió no esperar más. Se fue de la casa con la firme intención de olvidar a ese chico despreciable que merecía el peor de los castigos.

Dejó la habitación hecha pedazos.

Prohibió a Tan Feng seguir buscando y volvió a sus ocupaciones.

Sin embargo, mientras con las mujeres se mostraba cada vez más tierno, con los hombres se volvía cruel. Hasta el punto de que en su círculo nadie se sentía halagado ni contento por acostarse con él.

Aun así, por su riqueza y poder, no le faltaba compañía.

Se sentía atraído por personas cuyo nombre incluía el carácter «Huan», pero precisamente por eso las trataba con especial severidad. Quienes tenían la desgracia de llevar ese nombre terminaban mal: algunos quedaban lisiados, y unos pocos murieron en su cama. Todo se ocultaba con dinero.

Así pasó un año. El nombre de Fei Huan se convirtió en un tabú. Creyó haberlo borrado por completo, sin sentir nada por él.

Hasta que... lo volvió a ver...

Capítulo 5

Hoy es un gran día: se celebra el centenario del padre del líder de la organización del bajo mundo «Dong Tang».

Lo que empezó como una pequeña banda asiática creció con fuerza en los últimos dos años hasta convertirse en una fuerza destacada en el tráfico de drogas. Al recibir la invitación, Tan Feng sugirió amablemente a Xu Luetao que asistiera, si no tenía otros compromisos.

Las opiniones de Tan Feng siempre contaban con su respeto. Así que, como líder de «Shengtong», Xu Luetao se vistió con esmero y acudió al banquete.

El vestíbulo del hotel estaba lleno de gente. No se imaginen a los delincuentes de ahora con chamarras y armas a la espalda rodeados de guardaespaldas. Hoy son más caballerosos que los caballeros y más refinados que las damas... cuando la ocasión lo requiere.

Copas de vino chocando, luces lujosas, hombres con trajes de diseño y mujeres con vestidos elegantes... nada distinto a las recepciones de la alta sociedad a las que acostumbraba asistir.

Xu Luetao sostenía su copa con elegancia y conversaba con varios líderes. Se notaba su confianza, casi altanera; pocas organizaciones podían igualar a «Shengtong». Cada comentario suyo venía acompañado de elogios. A veces dejaba ver su origen con alusiones sutiles que provocaban sonrisas cómplices.

A todos les gustan estas cosas, pensaba impaciente. Cuándo podré volver para ayudar, para que mi hermano no tenga que cargar con todo esto hasta que se le cansen las canas.

El homenajeado, el anciano sentado al centro, no era el protagonista. Era solo la excusa para que su hijo demostrara respeto y reuniera a las figuras del medio para mostrar su poder. Él sonreía y pasaba el rato con sus nietos.

Los protagonistas eran He Donghua, líder actual de «Dong Tang», y Xu Luetao. Cada uno en un extremo del salón, rodeado de gente: el anfitrión y el invitado de honor, sin saludarse, dejando ver una competencia sutil.

A Xu Luetao no le importaba. Su influencia cruzaba continentes, muy por encima de la de ellos. Competir con alguien así sería mezquino.

Por su parte, He Donghua era admirado por su valentía; pocos se atrevían a enfrentarse a Xu Luetao.

Cuando ya pensaban cómo retirarse, alguien entró al salón principal del tercer piso.

Llegaba tarde; el banquete estaba por terminar.

Tiene algo que atrae todas las miradas en cuanto entra. Lo más desconcertante es que parece no notarlo; avanza tranquilo, como en un sueño. Pero sus ojos, brillantes como estrellas, de vez en cuando destellan agudos, como una criatura hermosa que despierta y cautiva a la vez.

Entró, se detuvo un instante, miró a su alrededor y caminó hacia He Donghua. Caminaba con paso firme y elegante, destacando sus piernas esbeltas.

—¿Quién es? —susurraron—. Nunca lo había visto.

Xu Luetao no apartaba la vista de él desde que entró. Lo miraba en silencio, aquel hombre apuesto y seguro de sí mismo, apretando los puños para que no temblaran. Hasta su sonrisa habitual desapareció.

...sin dejar rastro.

Sintió la garganta seca, como en llamas. Solo pensaba en una cosa: Fei Huan...

Es él. Aunque se veía distinto, con otro porte, era Fei Huan.

En cuanto entró, la música se detuvo. Todo quedó en un silencio inquietante. Solo su razón le decía que lo que veía era real.

—Yo sé quién es —dijo alguien a su lado, devolviéndolo al presente. Era un traficante de armas, bajo y fornido.

Al notar que todos lo escuchaban, sonrió con malicia:

—No es nadie importante, apenas lleva un año en la organización. Pero ahora las cosas cambiaron... —bajó la voz y se inclinó un poco—. Se le acercó al hermano del jefe y va a subir de puesto. Ya ven, los que son guapos siempre sacan ventaja.

—Es cierto... —murmuró Xu Luetao sin dejar de mirarlo con ojos afilados—. Aunque hay que reconocer que es valiente. La última vez arriesgó la vida, se lastimó la espalda, para salvar al hermano del jefe. Fue un héroe.

—O tal vez la apariencia pesa más. Si tú hubieras salvado al jefe con tu cara... —dijo con gesto burlón, provocando risas a su alrededor.

Fei Huan conversaba con He Donghua a lo lejos. Su perfil seguía siendo tan atractivo que sentía ganas de lanzarse a él y besarlo, de ver si aún quedaban huellas suyas en su rostro.

He Donghua lo presentaba con entusiasmo a todos. Xu Luetao permanecía inmóvil, apretando los dientes, mientras todos lo rodeaban y lo saludaban.

Iba a acercarse, a reclamarle a ese traidor. Pero Fei Huan se volvió, lo miró y le asintió con educación.

Una cortesía que lo hizo rechinar los dientes.

No solo eso, sino que empezó a caminar hacia él, tranquilo y con una leve sonrisa.

Al dar el primer paso, el corazón de Xu Luetao se detuvo. Lo veía llegar, a quien creía perdido para siempre.

Todos se apartaban para dejarlo pasar; caminaba con seguridad y serenidad.

Se detuvo frente a él, lo miró a los ojos y preguntó con voz grave: —¿El señor Xu Luetao?

Xu Luetao sintió un espasmo, pero sonrió con aplomo: —Así es.

—Mucho gusto —dijo él extendiendo la mano—. Su nombre es muy conocido; el hermano He me ha hablado de usted.

—Me halaga. Pero no es la primera vez que nos vemos, ¿verdad?

Fei Huan se sorprendió: —¿Nos conocemos? —sonrió—. Si fuera así, no lo olvidaría. Alguien como usted no se olvida.

—¿Ah sí? —Xu Luetao le apretó la mano con fuerza—. Casi lo confundo con un viejo conocido. Ni siquiera me ha dicho su nombre.

—Es fácil de recordar: Zhang Xiaoqiang —dijo él con una risa amable—. Un nombre muy sencillo, así pasa cuando los padres no tienen estudios.

La rabia de Xu Luetao estalló; le apretó la mano con tanta fuerza que la sonrisa de él desapareció y frunció el ceño.

—A mí me gustaba más su nombre anterior —le susurró al oído, con tono que solo ellos entendían.

Antes de que respondiera, la voz de He Donghua se escuchó detrás de él.

—Hui, tengo algo que anunciar. ¿Listo? —lo tomó del hombro y recién entonces pareció notar a Xu Luetao—. ¡Ah, señor Xu! Bienvenido. ¿Por qué no me avisó? Disculpe la falta.

Lo saludó con calidez; se notaba que era un hombre decidido y ambicioso.

Xu Luetao soltó la mano de Fei Huan y sonrió: —Cómo no iba a venir, para apoyarlo.

Tras unas palabras, He Donghua se disculpó y se llevó a Fei Huan.

Xu Luetao siguió con la mirada fija a Fei Huan mientras He Donghua subía al escenario principal radiante de alegría.

He Donghua tomó el micrófono, tosió dos veces para llamar la atención y todo quedó en silencio.

—Estimados familiares y amigos, gracias por acompañarnos en el centenario de mi padre.

Capítulo 6

He Donghua tomó el micrófono, tosió dos veces para llamar la atención y todo quedó en silencio.

—Estimados familiares y amigos, gracias por acompañarnos en el centenario de mi padre. Hoy es un día maravilloso, ¡estoy tan feliz! —Su rostro brillaba; cerca de los cincuenta, se conservaba admirablemente, lleno de energía y esbelto. Sin embargo, palidecía junto a Fei Huan.

Fei Huan, de pie a un lado con calma, atraía todas las miradas. Todos escuchaban al anfitrión, pero la mayoría lo miraba a él.

—Hoy no solo celebramos el centenario de mi padre, sino que tengo una gran noticia —dijo poniendo una mano sobre Fei Huan y acercándolo—. Yo, He Donghua, tengo el honor de anunciar el matrimonio de mi hermana.

La noticia causó revuelo entre los presentes.

Lo felicitaron con entusiasmo:

—¡Doble alegría!

—¡Felicidades! ¡Brindaremos con el jefe!

He Donghua asentía radiante, más feliz que si fuera él quien se casara.

Xu Luetao estaba pálido entre la multitud. Lo miraba con furia, pero al verlo con la cabeza baja, indiferente, se calmó un poco. Si Fei Huan se hubiera mostrado dichoso como un novio, lo habría llevado a la fuerza.

Fei Huan pareció notarlo. Levantó la vista, le dedicó una leve sonrisa que hizo acelerar su corazón, y volvió a bajar la mirada, ignorándolo.

—Como saben, es a quien más quiero —dijo He Donghua dándose importancia—. Pero un hermano también se casa, y como hermano, no me queda más. Les presento a mi futuro cuñado: Zhang Xiaoqiang. La persona elegida por mi hermana. Todavía es joven, así que cuídenlo bien.

Lo llevó al centro del escenario: —Vamos, Hui, di unas palabras.

Al verlo, todos sospecharon lo que pasaba. Al ver que le pedía hablar, empezaron a murmurar; hasta los suyos le pedían que contara cómo conquistó a la joven de la familia He.

Fei Huan se quedó inmóvil, miró el micrófono con desgano y finalmente lo acercó a los labios.

Todo guardó silencio. Era un desconocido atractivo y todos querían escucharlo.

Sus palabras fueron breves:

—Iba a venir con Xiao Fang, pero se sintió apenada y no quiso asistir. Les pido una disculpa por ella. Tengan paciencia si comete algún error.

Palabras sencillas, pero dichas con voz agradable. Sin pedir nada, todos respondieron con amabilidad.

Miró entre el público; al cruzar la mirada con Xu Luetao no mostró reacción. Devolvió el micrófono a He Donghua, le susurró algo al oído y bajó del escenario.

Caminó hacia la salida. Al ser la nueva figura destacada, muchos lo felicitaron; él respondió con amabilidad.

Xu Luetao no lo perdía de vista. Se apartó del grupo y lo siguió.

Corrió por el pasillo para interceptarlo, pero alguien lo detuvo. Se deshizo de él y llegó a la puerta: Fei Huan ya no estaba.

La rabia lo invadió. Quería golpear a quien lo detuvo. Pero sabía dónde encontrarlo; no lo perdería.

Se calmó. Faltaba poco para terminar; llamó a Tan Feng: —Necesito toda la información sobre Dongtang. Especialmente sobre esa chica, la hermana de He Donghua. Lo más detallada posible.

Colgó y bajó al estacionamiento.

Estaba desierto y con luces brillantes. Rechazó al encargado y fue por su cuenta.

Necesitaba desahogarse.

La imagen de Fei Huan no se le iba: su sonrisa, su perfil, sus manos sosteniendo el micrófono... todo lo tenía presente.

Maldición, ¡hace como si no me conociera!

¿Acaso uno cambia solo por llevar un trozo de metal ridículo? ¿Me estoy volviendo loco por pensar en él?

Sacudió la cabeza. Al estacionar frente a su auto, no daba crédito.

Conducía un Ferrari rojo que casi nunca usaba; tenía demasiados autos de lujo y rara vez los sacaba.

Junto al auto estaba alguien.

Con media sonrisa, arrodillado junto a la puerta haciendo algo.
¡Fei Huan!

Casi grita, pero se contiene y se acerca en silencio.

—¿Qué haces? —preguntó con voz amenazante. Ya lo había visto: rayaba la pintura con una moneda.

La puerta, impecable antes, estaba llena de arañazos; habría que cambiarla.

No era para enojarse por eso. Aunque lo destrozara todo, no importaba.

Pero discutía con él por nada. Era algo sin importancia.

Fei Huan no se sorprendió. Volteó y le sonrió con naturalidad.

Se levantó, soltó la moneda y dijo tranquilo: —Creé la oportunidad para que hablemos. Señaló la puerta dañada—. Viéndolo así, ¿no me vas a llevar a castigarme?

—¡Tengo mucho que enseñarte! —dijo Xu Luetao tomándolo del cuello, empujándolo contra el cofre y besándolo con deseo.

Antes de llegar a esos labios, Fei Huan sonrió y le dio un rodillazo en pleno punto sensible. Xu Luetao no esperaba que supiera defenderse; la emoción lo distrajo. No fue con toda su fuerza, pero dolió y lo soltó llevándose la mano al sitio.

—¡Maldición! —masculló.

Fei Huan se acomodó, sonrió encantador y subió al auto, como esperando que él condujera.

Xu Luetao no entendía qué tramaba. Subió molesto y arrancó.

Quería llegar a un lugar apartado para arreglar cuentas.

¿Cómo castigarlo? Quizá con juegos más intensos...

Lo pensaba mientras conducía, mirándolo de reojo.

Fei Huan, en cambio, no se inmutaba por la mirada furiosa de él.

—Llévame con Tan Feng —dijo de pronto. Xu Luetao lo miró—. Si detienes a alguien que daña tu auto y tiene cierta influencia, ¿no se lo entregas a Tan Feng? Si me llevas a otro lado, He Donghua sospechará.

Una rabia lo invadió...

—Perfecto —dijo girando el volante—. Bien merecido tienes el trabajo encubierto.

—Sabes que soy policía.

—¡No te encontraba! Desapareciste sin dejar rastro.

—La misión me la asignó la sede internacional. Necesitaban a alguien con experiencia y cara nueva en Corea del Sur, y me ofrecí. Para mi seguridad, tomaron sus precauciones.

Los frenos chirriaron.

Xu Luetao frenó en seco; las llantas dejaron dos marcas grises en el asfalto.

Fei Huan salió despedido y dio de frente contra el parabrisas. Antes de que pudiera llevarse la mano, Xu Luetao se le echó encima como un tigre, inmovilizándolo.

—¿Precauciones? ¿Sabes cuánto tiempo te busqué? —rechinó los dientes, presionándolo.

Fei Huan recostado lo miró y sonrió: —¿Qué quieres conmigo?

—¡No me preguntes eso! —bramó—. Abandona esa misión ridícula y ven conmigo. Y no vuelvas a usar ese nombre absurdo —lo frotó contra él, haciéndole sentir su deseo—. Te dejaré en cama durante meses.

Fei Huan no mostró miedo; lo miró tranquilo.

—El nombre no me gusta, pero tengo un apodo. Si Zhang Xiaoqiang no te va, llámame así.

—No hace falta. Ya escuché a ese viejo asqueroso llamarte Hui —murmuró con voz ronca de celos, acercándose a sus labios.

Fei Huan apartó la cara con agilidad.

—Me dicen Gray. Como la ceniza —una sonrisa extraña—. ¿Suena bien?

«Ceniza» —la palabra lo hirió como un cuchillo. Detrás de la calma de Fei Huan había furia contenida desde hacía mucho tiempo.

Zumbó en sus oídos. Por un momento no pudo verlo con claridad. Se sentía sin fuerzas.

Ni siquiera una bofetada lo habría dejado tan mal.

Fei Huan sonrió con desprecio, lo apartó y se incorporó.

Se acomodó el cuello arrugado, dejando ver unos hoyuelos.

—He Donghua es muy astuto. Me costó acercarme a través de su hermano. He Dongfang dice serlo, pero es hijo de una relación extramatrimonial. He Donghua siempre ha desconfiado de él...

—He Donghua es muy astuto. Me esforcé mucho para acercarme a él a través de su hermano. Casarme con He Dongfang me abrirá las puertas al núcleo de Dongtang. Él finge ser rudo y bullicioso para engañar, así que me hice el tonto rayando tu auto, dejé que me golpearas y me gané fama de imprudente —lo miró y soltó una risita—. No lo subestimes. Tiene tratos secretos con el Grupo Lofusi y oculta mucho. Cuando comprenda cómo funciona todo, me acercaré a ellos.

—Me odias —soltó Xu Luetao de la nada, sin tono de pregunta ni reproche.

Fei Huan hizo una pausa y continuó: —Esto también te beneficia. El Grupo Lofusi es enemigo de Sheng Tong, ¿no? Por eso busco tu ayuda.

Se recostó en su hombro con su tono cariñoso: —¿Qué dices? Nos conviene. Entrégame a Tan Feng, castígame y luego envíame de vuelta. Así pensarán que el futuro cuñado es solo apariencia y nada de cerebro. Nadie me pondrá trabas para entrar.

Xu Luetao lo escuchaba aturdido. De pronto lo sujetó contra el asiento: — ¿Por qué ese nombre? ¿Por qué elegiste llamarte así? —respiraba agitado, con una intensidad que inquietó incluso a Fei Huan.

Fei Huan lo miró fríamente sin decir nada.

—Si te ofendí, te pido perdón —ya no quería castigarlo; solo entendía lo que había sufrido extrañándolo todo este tiempo—. Solo quiero tenerte conmigo.

Mirarlo, besarlo, recorrerlo todo con mis labios, escuchar tu voz...

—¿Perdón? —forzó una sonrisa—. No lo necesito.

—No digas eso. Me amas, lo sé. Aceptaste esto para acercarte al Grupo Lofusi, para llamar mi atención —lo besó con urgencia—. Yo también te amo. Sabes cuánto te extraño. Cuando no te veo, quiero borrar todo lo que me recuerda a ti... pero aun así —susurró—, te extraño muchísimo.

Fei Huan no esperaba esa confesión y se quedó sin palabras.

Lo había imaginado muchas veces, ensayó qué decir, pero nunca creyó que ocurriría así.

Xu Luetao... ese hombre altivo y vanidoso.

Decir «te amo» era algo impensable en él; siempre hablaba de deseo, no de sentimientos.

El silencio se prolongó.

Fei Huan respiró hondo para contener las lágrimas, y dijo suavemente: — Yo también te amo.

Esas palabras hicieron que Xu Luetao sintiera ganas de llorar de emoción. Suspiró aliviado, relajó el cuerpo y sonrió con ternura.

Pero Fei Huan no terminó.

—Seguiré en la misión hasta derribar al Grupo Lovers. Solo así demostraré que merezco estar contigo, y no ser solo... —lo miró con agudeza y añadió con ironía—: Un cenicero.

—No puedes seguir en la encubierta.

Fei Huan no retrocedió: —¿Prefieres que me quede en casa y siga siendo uno de tus ceniceros?

Xu Luetao se sintió vencido, pero insistió: —Tú no eres un cenicero, Fei Huan. Te amo; eres mi pareja.

—No te creo —dijo con firmeza—. Te amo, pero ya no confiaré en tus palabras bonitas. Ahora solo confío en mis acciones. No esperes que te mire hasta cumplir mi misión.

Lo miró con intención y rozó su cuerpo con las piernas: —Claro, puedes obligarme. No podría resistirme.

Xu Luetao calló; conocía bien su terquedad. Un año sin verlo le enseñó cuán inflexible era.

Frente a frente, dijo con angustia: —El Grupo Lovers es peligroso. Te arriesgas demasiado.

—Si las cosas se ponen feas, vendré corriendo a tus brazos —bromeó con desdén.

El viento agitaba los árboles; las estrellas se ocultaron. La noche coreana brillaba en silencio.

Xu Luetao no pudo detenerlo y suspiró por dentro.

Fei Huan tomaba un camino arriesgado para responderle. Su orgullo herido lo hacía sufrir y preocuparse sin descanso.

Pero no tenía motivos para oponerse.

Fei Huan le daba la última oportunidad. Si se negaba, quizá no lo volvería a ver.

Impotencia, temor... pero debía dejarlo ir. Una apuesta de confianza y orgullo, en un mundo manchado de sangre y drogas, comenzaba...

Capítulo 7

Al día siguiente, devolvieron a Fei Huan con He Donghua.

La sede de Dongtang, sin ser ostentosa, respiraba antigüedad; evocaba guerreros de Corea con espadas de la época de Goryeo.

He Donghua observaba fríamente desde su sitio a Fei Huan, atado de pies y manos.

Xu Luetao y Tan Feng esperaban tranquilos, esperando una explicación. Su futuro cuñado dañó el auto de Sheng Tong y lo avergonzó; debía repararse.

Fei Huan permanecía inmóvil en el centro, con las manos atadas y el rostro golpeado. Xu Luetao no quiso tocarlo; Tan Feng lo golpeó para que pareciera real.

—Jefe Xu, es culpa mía por no vigilarlo. Lo que pida por el daño, lo pagaré —dijo He Donghua con calma. Fei Huan sería esposo de su hermana; debía protegerlo. Dejó que él pusiera el precio, para que todo quedara en dinero y nadie saliera herido.

Era justo lo que Xu Luetao quería: que regresara sano y salvo. Solo era un espectáculo.

Miró de reojo a Tan Feng y le guiñó un ojo.

Tan Feng lo entendió y dijo tranquilo: —Hermano He, los jóvenes son imprudentes, no se preocupe. Ayer no sabíamos que era su cuñado y lo castigamos; afortunadamente no fue grave. Aquí lo tiene; cuídelo de ahora en adelante.

Al ver que Xu Luetao no insistía, He Donghua suspiró aliviado.

Qué lucha de poder. No esperaba que ambos rivales se pusieran de acuerdo para protegerlo.

Xu Luetao se tranquilizó un poco al saber que lo cuidarían. Esperaba que terminara pronto con esa locura y volviera con él. No era lugar para estar.

He Donghua pensó que no le importaba alguien tan insignificante y que les hacía un favor. Si algo le pasaba, ¿qué le diría a He Dongfang, su hija, presentada como hermana?

Pero debía dar una explicación.

Con calma, se acercó a Fei Huan, lo desató y le dio una bofetada. —¡Paf!

Antes de que reaccionaran, le llovieron varios golpes más.

Xu Luetao sabía que era teatro, para mostrar que no mezclaba lo personal con lo demás. De haber sido otro, lo habría hecho pagar caro. Pero era Fei Huan, y sentía cada golpe como una puñalada.

—Llevo un año sufriendo por él, sin que me corresponda, y jamás le levanté la mano. ¡Y tú te atreves a golpearlo!

Lo veía allí, obediente, con las mejillas marcadas. Quería lanzarse y golpear a ese viejo sin piedad.

Xu Luetao sonreía sentado, pero rechinaba los dientes.

He Donghua sentía lástima por él. Al verlo sonrojado, temió que He Dongfang se enfureciera. Tras golpearlo, gritó: —¡Maldición! ¿Quién te mandó causar problemas? Sirve el té y pide disculpas —lo miró a Xu Luetao; al ver que no insistía, se tranquilizó. Por ahora, Dongtang no buscaba conflicto con Shengtong—. Has avergonzado a todos —le dio una mirada para que pidiera perdón y lo callara.

Mientras todos lo veían golpear, solo Fei Huan estaba feliz.

Le ardía el rostro, pero vio perfectamente el susto de Xu Luetao. He Donghua también sentía dolor... no por él, sino por He Dongfang.

¿Seré masoquista? Hasta disfruto esto. Con tal de que Xu Luetao se preocupe... ja, qué bien.

Fingiendo resignación, lo miró con fingido enojo y sirvió el té.

Se acercó con humildad, sonriendo a la fuerza: —Hermano Xu, anoche fui imprudente. Tenga la bondad de aceptar este té.

Sabía que lo observaban. Aceptó el té con aire de superioridad.

Al tocar la taza, quiso llevárselo lejos, encerrarlo donde nadie lo viera y no padecer esta añoranza.

Fei Huan lo miró justo a tiempo, advirtiéndolo con la mirada.

«¿Quieres arruinarlo? Ya sabes cómo soy».

Bebió el té amargo y se despidió. He Donghua, encantado, lo acompañó a la puerta como si fueran amigos de siempre.

Solo en el salón, Fei Huan soltó la risa. Los demás lo miraban extrañados; pensaban que era excéntrico y que solo su apariencia lo mantenía allí.

Regresó He Donghua, sin saber si regañarlo o alabarlo.

Lo hizo por despecho, para bajarle los humos... nobleza de su parte, pero así no se llega a nada.

Lo vio el rostro hinchado y gritó: —¡Traigan hielo, rápido!

Mientras se lo ponían, dijo con seriedad: —Hermano, no se preocupe. Fue culpa de Xu Luetao. Si pregunta Xiao Fang, diremos que él me golpeó.

He Donghua, que no respetaba a su padre y tenía sus propios asuntos, temía a su hermana. Al escucharlo, se alivió: —Fuiste muy impulsivo. ¿Y si te mataba? ¿Qué sería de ella? Lo hice por tu bien.

—Lo sé, hermano le da su lugar a Xu. ¿Cómo no voy a entenderlo? — Amable, sincero, callado... así se mostraba.

Con ese rostro, todo sonaba mejor.

He Donghua le dio unas palmaditas: —Bien, así se hace. Piensa antes de actuar. Ya eres parte de la familia; de ahora en adelante, tú te encargas de lo importante.

Fei Huan asentía, pero pensaba: «Esa última frase es la clave. Si no fingiera ser tan ingenuo, ¿me dejarías acercarme al núcleo de Dongtang? Solo a los tontos se los domina».

Capítulo 8

Poco después llegó He Dongfang desde la residencia. Al verle el rostro hinchado, quiso ir a reclamarle a su hermano.

Aunque era su hermana, era muy joven. Era la niña de los ojos de su padre, nacida de su concubina cuando él tenía setenta y siete años. No era deslumbrante, pero tenía rasgos finos y piel clara; criada en la riqueza, tenía porte natural.

Se sentía unida a él desde que Fei Huan la cubrió de una bala; su valor y calma la conquistaron.

Al principio He Donghua no quería para ella a un desconocido, pero He Dongfang, aunque parecía dulce, era tan terca como él. No le quedó más remedio que aceptarlo; además, Fei Huan era capaz y le agradaba.

Fei Huan la tomó de la mano: —¿A dónde vas?

—A preguntarle a mi hermano por qué te hizo esto.

—No es culpa de él, sino del jefe de Sheng Tong —la sentó en sus rodillas y acarició su cabello.

—Creo que él te trató mal a propósito —le acarició el rostro lastimado, con lágrimas en los ojos, como si a ella le doliera igual.

Fei Huan sintió culpa por su preocupación.

Pero la misión continuaba. Aprovechó el momento: —No lo culpes por menospreciarme.

—Es que no sirvo para esto —sonrió con malicia y le susurró—. Te has sobrevalorado y has caído rendida.

He Dongfang se sintió halagada: —¿Quién dice que no puedes? Los secretos de Dongtang los manejan los de confianza. Eres mi esposo; si no tú, ¿quién?

—Nos casamos hasta el próximo mes y hay mucha gente. ¿Cómo me confiaría algo tan importante? Ni siquiera sabemos si confía en mí.

Fei Huan se sentía como un cortesano sembrando dudas; por dentro se decía: «Qué papel hago».

«Pero qué paciencia la mía», pensaba, a punto de soltar la risa.

Ella lo miraba con ternura, ajena a todo, pero firme con los demás: —¿Mi hermano no aceptaría? Somos familia. Yo dirijo el laboratorio de fórmulas; yo decido quién trabaja.

No era solo favor de su hermano; era médico brillante, experto en preparar y sintetizar los productos de Dongtang.

El tráfico de sustancias era su gran negocio. No solo se necesitaban materias primas, sino procesos y fórmulas para aumentar la adicción y elevar las ganancias.

Fei Huan sintió alegría; así controlar ese mercado sería fácil. Así conectaría con el Grupo Lovers y llegaría a su meta.

La llenó de besos, ocultando su inquietud.

—Cuando nos casemos, iremos donde tú quieras —lo suyo eran las palabras cariñosas.

«Si voy a infiltrarme... ¿por qué de esta manera?», se decía.

No era capaz de fingir sin sentir; la miraba con culpa y tristeza.

Volvió a pensar en Xu Luetao. Un año de sufrimiento para ambos. Cuántas veces quiso correr a su lado, pero no olvidaba lo de los «ceniceros».

«Cuando logre entrar, destruiré al Grupo Lovers. Veremos quién es el cenicero».

¿Cuándo llegaría al centro del Grupo Lovers?

Xu Luetao lo acompañó de vuelta, inquieto. Ordenó vigilar todo, recabar información y no perderlo de vista.

—Si algo sale mal, rescátalo.

Aunque todo estaba dispuesto, se quedó en su oficina, preocupado.

Sin embargo, la venganza de Fei Huan era la estrategia correcta. Pensar en lo que les ocurre a los agentes descubiertos lo helaba la sangre.

No solía ser así, pero tras un año sin verlo, lo extrañaba profundamente. Y ahora, apenas reunidos, debía enviarlo al peligro.

Así es el amor: anhelo y temor mezclados. Lo inalcanzable es lo que más se graba.

Cuando desapareció, Xu Luetao lo repasó mil veces; todo venía de «cenicero».

Por eso, al oírlo decir «Ceniza», lo entendió de inmediato.

Lamentaba esas palabras, que hirieron su orgullo y su confianza. Nunca imaginó que un año después sufriría tanto por tres palabras.

Me duele el alma. ¿Será lo mismo que sintió él? Se ha cobrado su venganza.

Todo marcha bien. He Dongfang es formidable.

He Donghua ya quería integrarlo al círculo íntimo, pero los caprichos de ella lo complicaban.

Al final, tras toda una tarde de ruegos y berrinches, aceptó.

Fei Huan quería aceptar, pero fingió dudas:

—Hermano, es algo tan importante... —se sentó, miró a todos y frunció el ceño con preocupación.

He Dongfang, sentada junto a su hermano, demostraba su peso: —¿De qué tienes miedo? No es difícil cuidarla, lo difícil es en quién confiar. Yo la elaboré; tú la protegerás. ¿La divulgarías?

Hubo murmullos. Daba a entender que no confiaba en nadie más que en él.

Ella controlaba todo eso; su hermano y ella tenían el poder y nadie se atrevía a objetar.

Lo miraban con envidia. ¿Quién era él para decidir el destino de todos?

Dos protestaban. Long Yuxing, tío de ella, subió por influencias, pero no tenía el favor de Fei Huan.

He Xitong, sobrino legítimo, era quien más se oponía; desconfiaba de su origen, pero no halló nada en su contra. Fue quien más resopló.

—Es cierto —dijo He Donghua—. ¿No confiarás en el esposo de Xiao Fang? —los miró con advertencia.

Long Yuxing bajó la mirada asustado. He Xitong, en cambio, lo sostuvo un instante y luego apartó la vista con arrogancia.

Fei Huan sonrió con timidez a He Dongfang y luego dijo a He Donghua: — Lo que usted decida está bien.

Soportó las miradas clavadas en su espalda. Xu Luetao, he avanzado más...

La reunión terminó. He Dongfang se quedó a hablar con su hermano. Fei Huan salió, tomó un puñado de arroz y se puso a dar de comer a los pájaros en la jaula grande del jardín.

Alguien se acercó por detrás.

Fei Huan sonrió con desdén y siguió echando el grano. Los pájaros no le tenían miedo y revoloteaban cerca de su mano.

—Felicidades —dijo la voz, sin aclarar si era sincera o no.

Lo ignoró sin ganas de descifrarlo. Se quedó tranquila junto a la jaula.

—No pensé que entrarías tan fácil —dijo He Xitong—. No creas que He Dongfang te quiere de verdad. Solo te usan para afianzar su poder.

Dongtang era un asunto familiar. He Donghua mandaba, pero debía tener en cuenta a quienes, como He Xitong, tenían derechos por linaje.

—No lo entiendo —lo miró con sonrisa burlona—. Tal vez soy ingenuo, pero ¿qué tengo que ver yo con eso?

—Pocos conocen la fórmula. Alguien más de su lado da más seguridad.

Fei Huan soltó una risa: —¿Y de qué lado estás tú?

He Xitong arrojó el arroz de golpe; los pájaros salieron espantados. Se acercó al oído: —No confíes en que te protejan. Un error y convoco a todos para eliminarte.

—¿Me amenazas? —le aparecieron los hoyuelos—. No sirve de nada. El poder está en manos de mi hermano. Si te precipitas, serás tú quien caiga.

—Qué mezquino quien se siente poderoso...

Se marchó con esas palabras. Fei Huan se quedó pensativo. He Xitong no era impulsivo; algo ocultaban sus palabras.

¿Qué secretos habría detrás?

Capítulo G

—Tenlo con cuidado, mucho cuidado —He Dongfang le entregó algo con una sonrisa traviesa e infantil.

Pero Fei Huan sabía lo que significaba.

La fórmula de las sustancias de Dongtang. Cuántas vidas se cobró, cuánta felicidad destruyó... y cuántos lo perdieron todo por conseguirla.

Miró la sonrisa dulce de ella y le costaba creer que la hubiera creado.

—¿Qué tienes? —notó su cambio de actitud.

—¿Nada? —recuperó la compostura—. Es que no entiendo nada.

Ella rió y lo abrazó: —No seas tonto. Solo mi hermano y yo la tenemos completa. Tú tienes ingredientes y cantidades; el procedimiento lo tiene He Xitong. Memorízalo y luego quémalo.

«Así que solo tengo la mitad», pensó, sintiéndose pequeño.

Lo aprendió rápido, lo quemó ante ella y bromeó un rato. Luego salió con una excusa.

Sabía que no debía llamar a Xu Luetao, pero la emoción era más fuerte que la prudencia.

Desde una calle concurrida, marcó el número.

—¿Diga? —No era Xu Luetao; era Tan Feng, quien siempre atendía cuando él estaba ocupado.

Fei Huan se desanimó: —Tan Feng, soy Fei Huan.

—¿Tú? —bajó la voz, alarmado—. ¿Estás loco?

—Nadie me sigue, usé un teléfono público.

—No debiste arriesgarte. ¿Pasa algo?

Calló un instante. No pasaba nada; solo quería oír su voz, aunque fuera para discutir. Pero no se lo diría a Tan Feng.

—Dile a Xu Luetao que conseguí parte de la fórmula.

—Está en una reunión. ¿Quieres hablar con él?

—No, no hace falta —se le apagó el ánimo. Sabía que eso era imprudente—. Dile que no se preocupe. Me cuido bien.

Colgó y se arrepintió de no pedirle que los viera. Tan Feng lo habría logrado sin que nadie se enterara.

¿Qué haría Xu Luetao si lo viera?

Fei Huan caminaba por la calle y varias jóvenes lo miraban con admiración.

«Ese que solo piensa con lo de abajo», sonrió al recordar la impaciencia de Xu Luetao.

Pero lo defendía por dentro: «Es capaz; solo se muestra así conmigo».

Recordó los días en el apartamento; sentía aún el roce de sus dedos.

Aquellas caricias que lo recorrían...

Le ardía el cuerpo. Nadie lo tocaba desde hacía tiempo, ni siquiera He Dongfang; no habían consumado nada. Llegó a creer que le asqueaba el contacto, hasta que entendió que era por Xu Luetao.

¿Terminó la reunión? ¿Qué pensaría Tan Feng si supiera que llamé?
Vio cabinas vacías y dudó si volver a llamar.

Se contuvo. Recordó lo de «cenicero». «¿Acaso solo me usaste para mantenerte concentrado?»

Se quedó mirando la cabina y siguió su camino.

Como esperaba, Xu Luetao ya sabía y estaba impaciente, casi lo sacude:

—¿Qué dijo? Fei... —se detuvo y corrigió—: ¿Llamó?

Tan Feng asintió.

—¿Por qué no me llamó a mí? —se alteró.

—No era urgente; no era para interrumpir —lo vio irritarse y añadió—:
Además, se emociona con facilidad y eso lo pone en riesgo.

—¿A qué te refieres?

—Si le contesta, querrá verte. Y si se ven... se dejarán llevar y dejarán huellas. Es el prometido de He Dongfang; si lo descubren, mal asunto. Y sé que él también quiere verte. Dos emociones juntas no convienen.

Xu Luetao suspiró profundamente.

Le inquietó saber que Fei Huan también lo extrañaba. «Si lo veo, lo calmo y lo cuido... lo abrazo y no lo suelto. No me importa qué sea», se dijo frustrado.

Tan Feng lo interrumpió: —Me pidió decirte que consiguió parte de la fórmula.

—¿Entonces podrá salir pronto?

Tan Feng no respondió; lo veía imprudente para esta misión.

Pero no lo dijo.

Xu Luetao lo entendía igual.

—Vigila todo lo que ocurra en el Salón. —Ya lo hacemos.

En la sede de Dongtang no estaba He Dongfang. Seguramente terminó y fue a verlo.

Fei Huan negó con la cabeza. Esa chica siempre inventaba algo; capaz de haberse ido a causar problemas.

Pasos se acercaron. Se puso de pie, alerta. Era una voz grave, de hombre.

Entró He Xitong.

Lo miró desafiante un instante y señaló la puerta: —Hui, el jefe He te busca.

Su actitud era extraña; Fei Huan se tensó.

—¿Para qué? —apretó disimuladamente el cuchillo sobre la mesa.

—Allá lo sabrás. ¿Vas o no? —lo miró con desprecio—. Ya entregué el mensaje. Tú decides. Ni siquiera te has asentado y ya te das ínfulas. Se fue resoplando, como si el lugar lo manchara.

Fei Huan soltó el cuchillo, sorprendido. Se había lastimado la mano de tanto apretarlo.

Respiró hondo. ¿Qué querría? ¿Me descubrieron? He Xitong no lo daba a entender.

Su mente era un caos. «Maldito Xu Luetao, me distraes».

Pensó en Tong Ping, su antiguo compañero. Él sí habría sabido manejarlo. Agudo, rápido, capaz de leer lo que otros piensan.

«Tengo que ir». Se levantó.

La sonrisa de He Donghua lo tranquilizó de inmediato.

—Siéntate, Hui —lo observó pálido—. Sé que estás molesto. Xiao Fang cenó con un viejo conocido, pero ya pasó. Eres tú quien ocupa su corazón.

Lo entendió a medias. Probablemente se encontró con alguien del pasado.

—Hermano, ¿crees que soy tan mezquino? —sonrió, aliviado.

—Así me gusta —se puso serio—. Necesito que hagas algo.

El corazón le dio un vuelco, pero no se notó: —Dígame qué.

—No es difícil. Quiero que te reúnas con el líder del Grupo Lovers.

Fei Huan se puso de pie de golpe...

Capítulo 10

Fei Huan se puso de pie de golpe.

—¿El líder de Lovers? —le temblaba la voz de emoción—. ¿Quieres que vea a Perad?

—¡Perfecto!

—Sí. Creí que tardaría mucho en acercarme a él. Xu Luetao, parece que doy un paso más —le dio una palmada en el hombro—. Los jóvenes tienen prisa. Esta vez, muéstrale los nuevos productos de Dongtang.

Antes iba Xitong, pero cada vez se porta peor. No respeta a nadie —resopló—. Perad es alguien importante; no nos quedemos mal. Fue Xiao Fang quien pidió la oportunidad; no la defraudes. Así entendió por qué He Xitong estaba tan molesto.

Contuvo la alegría: —Despreocúpate, hermano. Todo está listo.

—Voy ahora mismo.

—Hui —lo detuvo—. No hace falta decirle a Xiao Fang; ya lo sabe. Dale la sorpresa a tu regreso.

—¡De acuerdo!

Apenas bajó del avión, sentía emoción.

Se acercaba a su objetivo: alguien peligroso, astuto, de gran prestigio.

Perad, del Grupo Loto.

Vio las cabinas telefónicas y pensó en Xu Luetao.

¿Qué pensaría si supiera que ya estoy en Francia, a punto de ver a Perad?

Se contuvo y salió. —¿Señor Zhang? —se acercaron varios hombres bien vestidos. Notó bultos en sus cinturas. Ni siquiera se escondían.

—¿Vienen por mí? —sonrió amable.

Lo miraron como si debiera algo. Uno abrió la puerta: —Suba, señor Zhang. A Perad no le gusta esperar.

«Qué arrogancia», pensó al subir.

Le pusieron un paño negro: —Póngase esto en los ojos —dijo una voz rígida.

«Qué precavido». Se lo aceptó. ¿Tendría que soportar esto cada vez que viniera He Xitong?

Todo quedó oscuro. Solo pudo calcular la distancia por el movimiento del auto.

—¿Perad se esconde por miedo? —sabía que era arriesgado, pero si no reaccionaba, pensarían que ocultaba algo.

Prefería que lo creyeran imprudente.

El silencio fue la única respuesta.

Fei Huan esperó un instante, aburrido, y se quedó quieto. El trayecto era largo y lleno de baches, sin señal de detenerse.

La oscuridad invita al sueño. Se recostó en el asiento de cuero y se quedó dormido.

Dormía profundamente cuando una voz lo despertó: —Duermes muy bien.

Abrió los ojos y vio un rostro de porte distinguido.

Era un hombre de tez pálida, vestido con elegancia, pero su apariencia refinada ocultaba algo inquietante, peligroso.

¿Perade?

Se incorporó de inmediato, incómodo bajo su mirada.

Ya no estaba en el auto, sino en una sala inmensa.

De estilo europeo, con alfombras lujosas y una chimenea imponente.

Fácilmente imaginaba a Perad y sus acompañantes junto al fuego en invierno.

El sofá encajaba con su aire opulento.

Pero no era eso lo que lo inquietaba. ¿Por qué no lo despertaron? ¿Tan lento reacciono?

¿Cuánto tiempo llevaba allí?

¿Cuánto tiempo lo había observado Perade?

Él sonrió, como adivinando: —El perfume del auto tiene un efecto sedante.

¿Sería verdad? Sus compañeros de Interpol lo seguían. Antes de viajar, envió un mensaje a sus superiores. Si confirmaba su presencia y actuaba al recibir la muestra, todo terminaría.

Quizá lo dijo sin malicia.

—Gracias por su hospitalidad. Dormí excelente —sonrió, procurando ser encantador.

Una chispa brilló en los ojos de Perade.

—Vayamos al grano —sacó de su ropa un sobrecito—. Es la obra maestra de Dongtang. Aumenta la sensibilidad corporal sin nublar la mente, y su efecto dura mucho.

Perade sonrió con malicia: —Los hombres pagarían fortunas por esto. La sonrisa en su rostro impecable helaba la sangre.

—Así es —asintió—. Les gusta dominar. No deja secuelas, pero embriaga. Si no fuera tan difícil de detectar, ya estaría en el mercado.

—No solo para mujeres. A mí me interesa más usarlo con hombres.

Fei Huan se quedó rígido. En lugar de tomar la muestra, la mano de Perade fue a su cintura.

—Señor Perade —dijo con sonrisa amarga—, creí que alguien de su talla daría prioridad a los asuntos.

—¿Ah sí? —lo miró con burla y tomó la muestra.

Ya la tenía en su poder.

«¡Vengan ya! El delito se cometió», pensó, esperando las sirenas. Pero todo estaba en calma.

—Trato hecho. Hablemos de otra cosa —dijo Perade—. ¿Quién me perdió la pista? ¿Interpol? Ni siquiera llegan a la altura de la prensa de Hong Kong.

«Podría haberlo tendido una trampa», pensó mientras las manos de él recorrían su cintura—. Tengo algo que decirle.

—¿Qué cosa? —su tono se volvió ambiguo, cerca de su oído.

—El próximo mes me caso con la familia Dongtang. Espero su presencia —dijo con frialdad.

En lugar de apartarse, la mano bajó por su espalda.

—Felicidades. Lástima que un cuerpo tan hermoso se desperdicie con mujeres.

Fei Huan lo empujó, sacó el arma y la apoyó en su frente.

«Lo elimino ahora mismo», pensó.

—Tranquilícese —Perade no se alteró—. Aún no llegan los suyos. ¿No es imprudente?

Lo llamó por su nombre. Disparó, pero el arma estaba descargada.

Arrojó el arma y buscó el cuchillo del tobillo, pero Perade lo abalanzó sobre él y lo golpeó.

Se levantó limpiándose la sangre y vio que su cuchillo estaba en manos de Perade.

—Bien afilado. No se lastime —dijo jugando con él.

Varios guardias aparecieron en la puerta.

Respiró hondo y sonrió: —Tratar así a un invitado de Dongtang... no es educado.

—Invitados y enemigos no se tratan igual.

—¿A qué se refiere?

—Sabe bien, agente encubierto.

«¿Dónde fallé? ¿La llamada a Xu Luetao? ¿Hay un traidor?»

Saben quién soy.

«Dios, que no se entere de lo nuestro».

—Siempre hallas una excusa. Te entregué lo que pediste y me acusas de ser agente encubierto.

Perade negó con diversión: —Ni a punto de morir confiesas. Te presentaré a un viejo conocido.

Fei Huan se quedó helado.

Entró alguien y se puso a su lado. Vestía de civil, pero en su rostro se notaba la firmeza de quien sirve a la ley.

Tembló de asombro y apretó los dientes:

—¡Tú! Eres un traidor.

—Soy yo, Fei Huan —Lin Tongxue sonrió con dulzura—. Ha pasado tiempo. Sigues igual de hermoso, o más.

—Traidor —repitió él.

—Lo supe por casualidad. Te vi en la fiesta del patriarca He y me sorprendiste. Te buscaba y no sabía que habías aceptado la misión. Pero no me miraste; solo tenías ojos para Xu Luetao.

Dongtang y el Grupo Loto se entienden bien. Tuve que avisar a Perade —sonrió—. Somos amigos, ¿no?

—Amigos que hacen negocios juntos —brindó Perade.

Fei Huan retrocedió: —¿Fui descubierto por pura mala suerte? —
Comprendió por qué He Dongfang no se despidió. Sabían desde antes. Lo enviaron a caer. He Dongfang, preocupada, seguramente está bajo vigilancia.

Perade sonrió con malicia: —Te pedí a He Donghua no por ser agente. Me interesas por ser de Xu Luetao.

Se acercó: —Me divierte ver cómo cambias de expresión.

Lo rodearon.

Fei Huan golpeó a uno con el puño y a otro con el codo en el estómago.

Ellos miraban tranquilos: —Cuidado, no le arruinen la cara.

Lo golpearon por la espalda; le costaba respirar. Respondió con golpes, pero lo hirieron en la pierna.

Cayó de rodillas e intentó levantarse.

Lo golpearon en el hombro.

Todo se volvió borroso. Tambaleó y cayó al suelo.

Cesaron los golpes.

Lo arrastraron ante Perade. La sonrisa burlona de él se difuminaba.

Sintió un pinchazo en el cuello, como de agujas. El corazón le dio un vuelco.

—Siéntete afortunado —dijo la voz de Perade—. Pruebas un fármaco exclusivo.

La voz se oía más nítida y la vista se aclaraba. El efecto comenzaba.

Capítulo 11

—Siéntete afortunado de probar este exclusivo fármaco.

La voz se oía nítida y todo se veía más claro. El efecto comenzaba.

Gotitas de sudor le recorrían la frente.

Respiraba con lentitud; los golpes dejaron marcas profundas.

Perade hizo una seña y lo soltaron.

Agotado y herido, cayó desplomado; Lin Tongxue lo sostuvo antes de que tocara el suelo.

—Demasiado hermoso para ser policía —murmuró él.

—Lo único bueno —dijo con voz débil—: no me dejará indefenso. De pronto reaccionó con agilidad y buscó el arma bajo el brazo de él.

Sonrió, pero la sonrisa se borró al tocar la funda.

Estaba vacía. Recibió un golpe en el bajo vientre y salió despedido hacia atrás.

Perade lo esperaba detrás y le bloqueó el paso.

No tuvo más remedio que recibir el golpe con todo el cuerpo.

Casi le estallaron las vísceras. Saboreó la sangre y cayó de rodillas.

Lin Tongxue le alzó el rostro: —No dolió, ¿verdad? A Perade no le gusta que lo miren con armas.

Lo miró con desprecio y escupió. No dio en el blanco; manchó la alfombra.

Le tiró del pelo hacia atrás, dejando expuesto su cuello.

—Piel más fina que la de una mujer —lo recorrió con la lengua—. Delicada como el papel de seda.

Un hormigueo le recorrió todo el cuerpo. Se sentía extraordinariamente sensible.

Lo maldijo e intentó golpear a Lin Tongxue, pero falló.

—Orgullosa. Me gusta —le torció el brazo con fuerza.

Se oyó un crujido seco.

Gimió con dolor, mirándolo con rencor.

Lin Tongxue lo acarició, aprovechando que lo tenía sujeto. La piel se veía sonrosada.

—¿Recuerdas lo acordado? —dijo él.

Perade sonrió con malicia: —Cómo olvidarlo. Esta noche es tuyo. Con razón insististe tanto.

—¿Después de esta noche no será tuyo? —Lin Tongxue lo miró y sintió de pronto un remordimiento.

—Disfrútalo con calma. ¿Quieres que te preste unas esposas? —Perade lo soltó y se levantó.

—No olvides que soy policía —lo sujetó mientras él intentaba resistirse; sus ojos brillaban de emoción.

Perade asintió y salió, dejándolo a solas con él.

—¡Aléjate! —No logró morderlo y lo amenazó con voz ronca—: Te mataré.

Él soltó una risa.

El cuello empapado de sudor se veía más rosado y vulnerable bajo el cuello blanco de la camisa.

—Hace tiempo quería probarte —lo sujetó las manos y se acercó, lamiéndole la mandíbula.

Un escalofrío lo recorrió. «Asqueroso». La rabia le dio fuerzas y le dio una patada.

Por suerte lo tomó por sorpresa y lo hizo retroceder.

Aprovechó para golpearlo en el rostro. No se sabe si el fármaco lo hizo lento, pero antes de tocarlo recibió un golpe en la barbilla.

Cayó de lado, retorciéndose de dolor.

Al intentar levantarse recibió un golpe en el estómago y rodó por el suelo.

Lo golpeó en puntos vitales hasta que tosió sangre y ya no pudo levantarse.

—Soy campeón de sanda —dijo con orgullo y lo arrojó al sofá.

—Si me tocas te mato —lo advirtió con sangre en los labios, sin saber que eso lo excitaba más.

—Mejor pido las esposas. No quiero que me golpees —desgarró la cortina en tiras.

Lo miró con desafío y reunió fuerzas para lanzarse contra él.

Lo alcanzó con el puño, pero recibió un rodillazo en el estómago y lo empujó contra el respaldo. Las piernas le fallaron.

Lo ató con la tela con enojo.

—Resistirse solo empeora todo —le quitó la ropa.

Tembló al sentirse desnudo y expuesto. Solo Xu Luetao... solo él podía verlo así.

Solo Xu Luetao... —¡Suéltame! —bramó Fei Huan, y la rabia le dio un tono radiante a la piel. Entrecruzó las piernas, rechazando que lo mirara así.

—No te imaginaba tan tímido. El príncipe de hielo de la policía resulta encantador.

Le separó las piernas y vio su rostro contraído de vergüenza. Era peor que los golpes.

—Xu Luetao te enseña bien, ¿verdad? —le acarició la entrepierna—. Te haré sentir muy bien.

Lo vio caer sin fuerzas y fue más rápido: —Yo también sé hacerlo bien.

Lo miró con odio y le escupió sangre. Él se apartó sonriendo.

El fármaco lo hacía hipersensible. El cuerpo, sin caricias tanto tiempo, reaccionaba a cada roce.

Vio el deseo en sus ojos y sonrió satisfecho. Se mostró ante él, imponente.

—¿Tan ansioso? —le ató el cuello con una tira... justo cuando estaba por ceder...

—¡Ah! —lo miró con furia, sintiendo el fuego que no podía apagar, dolor y sed insoportables.

—¿Me conviene enfadarte ahora? —se burló.

Lo tocó y sintió que estaba a punto de culminar, pero no quería terminar todavía.

Su resistencia lo incitó a ser más cruel.

—Juguemos algo mejor —tomó una jeringa con sonrisa malvada.

Le clavó la aguja en el brazo, hondo, y la retiró despacio. Gotas de sangre realzaban la escena.

Apretó los dientes. El dolor, multiplicado por la droga, era insoportable.

—¡Ah! —Gritó al sentir la aguja en el pecho.

Sudaba, pero la mirada seguía firme. Lo incitaba a seguir.
Las marcas bajaban por el pecho, el vientre, la cara interna de los muslos.

—Maldito... —gimió, sin poder contenerse.

Manchas de sangre en el muslo que solo Xu Luetao debía tocar. Cada pinchazo dolía en el alma.

—¿Y qué? —Sudaba, fascinado por su entereza. Quería verlo rendirse. Lo alzó y clavó la aguja en lo más sensible.

—¡Ah! —gritó Fei Huan.

Luchó por zafarse las manos atadas, desesperado por defenderse.

Lin Tongxue se excitó más y presionó para hundir la aguja.

Fei Huan se retorció. El dolor, ya insoportable, se multiplicó por el efecto de la droga.

—¿Se siente bien? —lo besó, gozando del gemido.

Retiró la aguja y lo sintió temblar. —Ahora voy de verdad. Le separó las piernas y se desabrochó el cinturón.

—No... —comprendió el peligro real. Ser ultrajado así era peor que cualquier tortura.

Se debatió con todas sus fuerzas; las manos atadas sangraban por la fricción.

Los dedos lo rozaron y él sintió el contacto como mordedura de serpiente.

La desesperación le dio fuerzas y la atadura aflojó. Encontró la manera de soltarse.

—Tan tentador... ¿quién se resiste?

Lin Tongxue dejó a un lado toda dignidad. Lo exploró y lo penetró con tres dedos, forzando la entrada.

Capítulo 12

El calor de su cuerpo lo excitó aún más.

Lo tentaba la resistencia y el cuerpo que se estremecía. La penetración sería aún mejor.

Le subió las piernas a los hombros para embestirlo.

Justo en el momento de hacerlo, Fei Huan reaccionó.

El dolor y la ofensa lo fortalecieron. Se movió con asombrosa rapidez.

Le dio una patada en pleno rostro y él casi pierde el sentido.

Retrocedió tambaleándose. Al incorporarse vio que Fei Huan venía hacia él.

Lo golpeó con el puño empapado en sangre, cargado de ira. Lin Tongxue respondió por instinto de campeón, pero lo subestimó.

Era imparable. Una serie de ganchos izquierdos lo dejaron sin visión.

Recordando la humillación y la ofensa, Fei Huan estalló. Se lanzó hacia él y lo aferró del cuello.

Ambos rodaron por la alfombra, forcejeando.

Golpes llovieron de ambos lados; el olor a sangre llenó el cuarto. Nadie daba tregua. —¡Ah! —un grito resonó.

Lin Tongxue estaba a punto de consumir su acto cuando Fei Huan apretó con tanta fuerza que lo mareó.

Poco a poco él aflojó la presión y finalmente lo soltó.

La pelea se desplazó hasta la chimenea.

El pecho de Lin Tongxue empapado en sangre tenía un atizador clavado en la espalda. ¿Un accidente en la refriega?

Fei Huan, casi sin aliento, se apartó para no caer sobre él.

Recobró el aire y se levantó con dificultad.

Lo miró tendido y le dio un empujón con el pie.

—Maldición... —Se desató y se cubrió, maldiciendo.

El dolor le recordó lo sufrido y que el efecto del fármaco no había pasado.

Se recompuso como pudo y miró a su alrededor.

Le quitaron el equipo de comunicación. ¿A quién confiar? ¿Quién en Interpol trabaja para Perade?

Se sentía atrapado.

Afuera lo esperarían guardias.

Si tuviera un arma...

La funda estaba vacía. Maldijo la norma de Perade.

¿Qué hacer?

Vio su cinturón. La hebilla metálica le llamó la atención.

Xu Luetao le convenció de poner un transmisor de emergencia ahí.

El modelo más nuevo: funcionaba incluso en recintos blindados.

Se había prometido no pedirle ayuda, pero ahora eso no importaba.

Se sentó y revisó el objeto que nunca miró.

Quitó la hebilla y vio el aparato, diminuto y camuflado. Pasó desapercibido mientras estaba inconsciente.

—Ojalá lo estén monitoreando todo el tiempo.

Fei Huan presionó el dispositivo y una lucecita verde parpadeó.

—¡Fei Huan! ¿Qué pasó? —La voz de Xu Luetao se escuchó de inmediato, tan angustiada que lo sorprendió.

Creyó que por ser tan pequeño el volumen sería muy bajo y lo acercó al oído.

Pero sonó tan fuerte que le zumbó el oído y lo alejó rápido.

Para nada. Es lo último de Tan Feng; calidad impecable.

—¡Responde! —casi grita Xu Luetao. Se le notaba desesperado.

Fei Huan se tranquilizó y dijo con calma: —No te alteres. ¿Por qué eres tú quien atiende?

—Es un equipo de emergencia —respondió él, algo incómodo—. Debo tenerlo siempre para protegerte.

—¿Proteger? —Fei Huan hizo una mueca y estiró las piernas, pero el dolor regresó y lo hizo quejarse.

—¿Qué te pasa? —preguntó Xu Luetao preocupado.

Miró la puerta cerrada y se sintió avergonzado: —Te advierto: si te ríes, te mato.

—No me río —se rió él—. Sé bien de lo que eres capaz.

—Estoy atrapado por Perade. Necesito ayuda —dijo con tono suave.

Hubo silencio y luego ruidos fuertes, como si derribaran muebles.

—¿Qué dijiste? ¡Repítelo! —gritó él, con la voz aguda por la sorpresa.

—En legítima defensa... maté a un oficial de alto rango —dijo con serenidad, ocultando los detalles de Lin Tongxue.

—¿Dónde estás? —preguntó alarmado.

—Francia. No sé el lugar exacto.

—Escóndete bien. Ya voy para allá. El aparato marca tu ubicación; no lo sueltes. No pierdas contacto y no te arriesgues...

La voz se distorsionó y bajó de volumen.

Lo acercó al oído: —¿Me escuchas? ¿Se te olvidó cargarlo?... ¿Fei Huan?...

La comunicación se cortó por completo.

Fei Huan miró la lucecita verde parpadeando. ¿Se le habrá agotado la batería?

Recordó lo que le dijo Tan Feng al instalárselo:

El aparato tiene dos sistemas de energía: uno para localización, que dura mucho tiempo, y otro para comunicación, que debe recargarse cada dos meses.

Como no pensaba usarlo, nunca le prestó atención ni lo cargó.

El silencio volvió a la habitación.

Comprendió que estaba en la guarida de Perade y sin armas. La calma lo abandonó.

Sin la voz de Xu Luetao se sintió desprotegido.

—No te arriesgues... escóndete... —Repasó todo con la mirada, calculando cuánto tardaría en llegar.

No era consciente de lo mucho que confiaba en él.

El cuarto era amplio, sin ventanas. No se veía afuera. Todo era falso. La única salida, la puerta, estaba cerrada.

La tocó: era pesada, de metal macizo. Imposible abrirla sin ruido. Y afuera, seguramente los esperaban.

Salir ahora solo los alertaría.

Lo mejor era esperar y ganar tiempo.

Lin Tongxue pidió la habitación para la noche; nadie vendrá hasta el amanecer.

Revisó el cuerpo rígido de él buscando algo útil. —No trae ni unas tijeras —se quejó.

Al levantarse, el dolor lo recorrió todo de nuevo.

Un pinchazo en el hombro... la misma sensación de antes.

¿Por qué sigue doliendo?

Se tocó la espalda. La vista se nubló y todo se volvió confuso.

Cayó desplomado y, antes de perder el conocimiento, comprendió: el dolor no era de la herida.

¡Maldición!

Lo anestesiaron otra vez.

Si querían probar su equipo, era la ocasión perfecta.

Tecnología de punta, personal experto, despliegue rápido... todo listo.

Una hora después llegó Xu Luetao con su equipo de élite, derribó la puerta y se enfrentó a todo el grupo para rescatarlo. Todos quedaron atónitos.

Se tensaron las armas.

Los cañones se apuntaron unos a otros. Parecía el inicio de un enfrentamiento a muerte.

Todos se quedaron inmóviles, armas en mano.

Dos grupos de élite se encontraron cara a cara: el equipo de Xu Luetao y agentes de la Interpol.

En medio estaba el cuerpo de Lin Tongxue, desordenado, evidentemente asesinado y registrado.

Tan Feng reaccionó primero: —¡Bajen las armas! —ordenó a los suyos.

Los hombres de Sheng Tong obedecieron, incluido Xu Luetao; confiaban en su criterio.

Los agentes llegaron por una llamada anónima. No recibieron el aviso de Fei Huan y lo investigaban.

Se aclaró el malentendido.

Sin vínculos con el narcotráfico, la influencia de Sheng Tong evitó detenciones masivas.

Sin rastro de Fei Huan, Xu Luetao ardía en angustia.

—¿Cómo lo protegieron? —sujetó del cuello al responsable—. ¡Díganme!

Tan Feng lo apartó con prontitud.

—¿Dónde está? —la desesperación lo consumía—. Solo encontraron el comunicador... en el cuerpo de Lin Tongxue.

El aparato estaba entre la ropa de élite, expuesto. Los presentes lo vieron con incomodidad.

Xu Luetao y Tan Feng comprendieron la implicación. Les recordó a su enemigo y el significado fue inquietante.

Si afectaba a Fei Huan, la inquietud se volvió temor.

Con manos temblorosas, movilizó todos los recursos para buscarlo.

Recordó la desaparición anterior. Pensó que volvería pronto, pero la espera fue larga.

Al menos entonces no corría peligro.

Intentó mantener la calma. Enfrentarse a Perade requería extrema prudencia.

Pero no había rastro de ninguno. Ni del grupo ni de Fei Huan. Al día siguiente Tan Feng le entregó el informe:

—Parte de la sangre encontrada... es de Fei Huan.

Sintió que lo atravesaban. Se dejó caer en el sillón y se cubrió el rostro con las manos.

Capítulo 13

La oscuridad también es hermosa: nebulosa, suave, calma los nervios.

Al entreabrir los ojos y entrar un rayo de luz, la tiniebla se disipó.

¿Xu Luetao?

Recordó el pinchazo antes de perder el conocimiento. No llegó a tiempo.

Si lo hubiera rescatado, lo habría encontrado furioso.

—Inútil —murmuró, intentando incorporarse.

Unas manos fuertes lo sostuvieron. Una voz dijo: —¿Quién es inútil? ¿Yo?

Al girarse, vio a Perade.

Rasgos de noble cuna, familia de abolengo. Manchado de sangre y muertes por sus drogas, sin embargo irradiaba elegancia y autoridad innatas.

Una sonrisa contenida y pícara, fascinante.

Luces tenues en las paredes, reflejos en espejos, todo suave y cálido.

En la cama, Fei Huan se volvió el centro de la mirada de él: labios, cuello, clavícula... todo lo recorría con la vista.

Ningún gesto se le escapaba.

—¿Vas a despedazarme? —Se estiró sin temor y bostezó con calma—. No lo creo. Si no, para qué tanto esfuerzo.

La belleza lo atrajo y dio un paso adelante. Fei Huan sonrió, alerta como un halcón.

Se detuvo antes de tocarlo. —Una presa peligrosa se trata con cuidado. Lo de Lin Tongxue fue una lección.

¿Quién es la presa? —pensó él con frialdad.

—Ten cuidado. No soporto la grosería —dijo con media sonrisa.

—Esa seducción es vulgar. ¿Funciona?

Perade lo miró con desdén: —¿Crees que caigo?

Se apoyó en sus manos, imitándolo: —Caerás.

Él soltó una carcajada, divertido.

—Tienes agallas —se acercó con brillo en los ojos—. Me gustas. Ven aquí, tigre.

Fei Huan sonrió con más brillo, resaltando sus facciones esculpidas. La mano, oculta tras la espalda, apretaba tiras arrancadas de la sábana.

Bien. Un capo estrangulado con una sábana... muerte digna.

Lo miró acercarse; en los ojos, un brillo de alerta.

—Seré suave —dijo Perade rozándole la mejilla.

Al extender la mano, Fei Huan hizo lo mismo.

Veloz, le rodeó el cuello con las tiras. Toda su fuerza en las manos.

—¡Ah! —Soltó un grito, lo soltó y cayó en la cama retorciéndose.

Un dolor abrasador lo recorrió todo, insoportable.

Cesó de golpe, dejándolo al borde del espasmo.

—¿Qué tienes? —preguntó con tono falso y lo alzó la barbilla.

Lo miró con ojos oscuros y firmes, los labios apretados manchados de sangre. Belleza que conmovió.

—Xu Luetao tiene buen gusto —lo besó suavemente.

Sus ojos destellaron y el puño se cerró. —¿Quieres más dolor? —le mostró un control remoto—. Si lo aprieto, sufrirás.

Lo miró asustado pero desafiante.

Perade sonrió triunfal y lo besó despacio.

Su aroma lo embriagó. Lo acarició, fascinado por la resistencia del agente.

Fuego y belleza... lo atraían como nada.

Lo besó con rabia. Detestaba que lo tocara quien debía estar preso.

Lo invadió por completo, atrapándole la lengua, gozando de ella.

Casi lo asfixia de rabia. Sin dudar, en el momento justo, mordió con fuerza.

Vio con satisfacción cómo Perade retrocedía, solo para recibir otra descarga de dolor insoportable. Tembló y cayó sobre la cama.

El dolor le nubló la vista.

Apretó las sábanas con fuerza, los dedos pálidos por el esfuerzo. El sudor le recorría la frente.

—Duele, ¿verdad? —Perade no cesaba—. El aparato emite corrientes que te destrozan.

Le mordió el lóbulo y amenazó: —Lo probé con un traidor; murió lentamente. A ti no te haré eso —sonrió y le acarició los labios temblorosos.

Desvestirlo fue un deleite.

Ver su cuerpo desnudarse lo embelesó. Lo recorrió con la mirada y las manos, fascinado.

Su figura firme y hermosa lo hechizaba.

Lo acarició con lentitud. Las marcas de lo sufrido antes aún estaban ahí.

Lo tocó y lo estimuló sin tregua. Sin fuerzas por el dolor, no pudo apartarlo.

El dolor se intensificó, lento y cruel. Perade se burló y luego apagó el aparato.

Calmó al fin. Quedó inmóvil, sin fuerzas.

Lo volvió a tocar. Abrió los ojos: Perade estaba desnudo entre sus piernas. —¿Agotado? —lo recostó—. Apenas empezamos, precioso.

Capítulo 14

—¿Agotado? Con tan poca fuerza, ¿cómo eres policía? —lo recostó de nuevo—. Apenas empezamos, cariño.

Le mordió el pecho, gozando de sus temblores.

—Maldito... —golpeó la cama con los puños, débil y sin aire.

Perade sonrió y, sin aviso, lo penetró de golpe con tres dedos.

El cuerpo se tensó de inmediato.

En lugar de gemir, Fei Huan se incorporó y lo abofeteó con fuerza.

Perade perdió el equilibrio. Antes de accionar el control, recibió un golpe en la entrepierna.

—¡Ay! —retrocedió adolorido. Lo vio acercarse, furioso, listo para rematarlo.

Como un águila, parecía brillar con determinación.

—Xu Luetao... lo libraré de él —pensó, sin planear la huida.

Al tocar el suelo, todo le dio vueltas. Las piernas flaquearon y cayó de rodillas.

Se aferró a las sábanas, desesperado.

—¡Tan cerca! ¿Cómo pude fallar?

Al intentar levantarse, una voz fría lo detuvo: —Rápido y valiente, pero débil. Para noquear, se golpea aquí...

Un golpe seco en la nuca.

Todo se oscureció y cayó inconsciente.

La luna creciente brillaba afuera. Junto a la ventana, alguien observaba con pesadumbre.

—Debería afeitarse, joven amo.

—No tengo ganas de bromas, Tan Feng —respondió la voz, helada.

—No bromeo. Necesita descansar y arreglarse —insistió él con sinceridad.

Xu Luetao, demacrado, señaló los informes: —¿Cómo descansar? Ninguna pista... Fei Huan parece borrado del mapa. La furia lo desbordó.

Barró los papeles y volcó la mesa: —¡Dos días! ¿Cómo puedes decir eso?

—Solo dos días —respondió Tan Feng con calma—. Hacemos todo lo posible. No se desespere.

—¡Dos días son eternos! —se hundió en el sillón—. Si Perade lo atrapa... no quiero ni pensarlo.

—El Dongtang cayó, pero He Donghua no habla.

—¿Nadie más sabe algo?

—He Xitong, el enlace con el grupo, fue asesinado. No quedaron testigos.

—Entonces hablaré con He Donghua —dijo Xu Luetao con frialdad.

Al verlo entrar, apenas lo reconoció.

El antiguo líder, astuto y ambicioso, era un despojo humano.

Miembros torcidos, heridas sangrantes, un ojo ciego... solo quedaba uno inyectado en sangre.

Lo sentaron, pero cayó de lado. Se oían crujidos: tenía el cuerpo destrozado.

Xu Luetao frunció el ceño.

—No esperaba esto, ¿verdad, jefe He?

Gimió y lo miró con el ojo sano.

Se agachó junto a él: —Sé que tiene principios. Diga dónde está Gray y lo dejaré ir.

—¿Gray? —rió con voz lúgubre—. Perade dijo que era suyo... ¡y es verdad!

—Piense en su hija —insistió Xu Luetao con paciencia.

—No me mienta —escupió él—. Xiao Fang ya escapó. Y Gray... está en manos de Perade.

—¿Cómo voy a saber dónde lo escondió? Nadie le impide buscarlo como él... ¡Alivio! —Rió hasta toser sangre, retorciéndose de dolor.

Xu Luetao lo sujetó del cuello: —¿Cree que su hija escapará? Hable y la dejaré en paz. Conozco los refugios de Perade, cómo localizarlo... Diga todo y ambos vivirán.

La sangre manaba de sus heridas, encharcando el suelo.

Cerró los ojos y dijo con voz débil: —No sé dónde está, pero sé cómo se encuentra.

—¿Cómo está? —se acercó ansioso—. ¡Hable y perdono a los suyos!

—Míreme a mí y sabrá su estado —respondió él con suavidad.

El corazón se le detuvo. La esperanza se volvió hielo en las venas.

—Antes de destruirlo... Perade lo disfrutará. Es su precioso tesoro —rio con malicia.

Xu Luetao lo pateó con furia, callándolo: —¡Cállate! —lo golpeó una y otra vez. Los huesos crujían.

—¡Joven amo! —Tan Feng lo detuvo—. Está muerto.

¿Muerto?

El cadáver quedó destrozado, con una sonrisa maliciosa grabada en el rostro.

Xu Luetao se sintió desfallecer. Las palabras lo atormentaban: mírame y sabrás su suerte.

—¡Llévenselo! —ordenó, apartando la vista del cadáver.

Tan Feng lo consoló: —No se preocupe. Perade no lo matará tan fácil.

No sirvió de nada. Apretó los puños, queriendo acortar la distancia de un golpe.

Recordó su sonrisa, su cabello, sus hoyuelos, su voz... todo lejano, inalcanzable.

A punto de arrodillarse y llorar bajo la noche oscura, murmuró:

—Me encanta su carácter: apasionado, ardiente, como fuego que nunca se apaga. Ojalá fuera más dócil y prudente... para poder sobrevivir.

¿Dócil y tímido?

Muy lejos de eso, Fei Huan mostraba su entereza frente a quien tenía su vida en sus manos.

A un costo muy alto.

Capítulo 15

¿Dócil y tímido?

Al contrario, Fei Huan mostraba su valentía frente a su captor.

Pero pagó un precio terrible.

El sudor recorría su espalda tensa, deslizándose hasta el suelo frío.

Las manos que golpearon a Perade ahora colgaban encadenadas del techo. Los pies sujetos al piso, abiertos.

Frente a él, un espejo enorme le mostraba el rostro de Perade detrás suyo.

—Se siente bien, ¿verdad? —lo abrazó por la cintura, mirándose ambos en el reflejo.

Un dispositivo, lubricado, se movía dentro de él una y otra vez. Perade lo sostenía y lo observaba.

Al tocar su punto más sensible, Fei Huan no pudo evitar estremecerse y luchar.

—Aquí está, ¿verdad? —preguntó Perade, mientras seguía estimulándolo con el aparato.

—Hmph —se sacudió el sudor frío—. Solo sabe usar artilugios. ¿Mi patada lo dejó inválido?

—Jajaja... —lo apretó contra sí—. ¿Cree que fue tan fácil? Su golpe no sirvió de nada.

Le mordió la oreja y dijo con lascivia: —Es hermoso. Veré cuánto me aguanto. Yo tengo voluntad, pero dudo que Xu Luetao se contuviera.

¿Xu Luetao? Bajó la mirada.

Es verdad... él solo pensaba en eso. Desde el primer momento lo quiso. Parecía no desear nada más.

Su calor, sus besos, su manera de ser...

La nostalgia lo enfureció a Perade.

Lo retiró de golpe y se introdujo en él con fuerza.

Lo miraba en el espejo, poseyéndolo por completo.

Sentía un placer inmenso, como flotar.

Fei Huan tembló, viéndose indefenso. Rabia y vergüenza lo inundaron.

Esa intimidad... antes solo pertenecía a Xu Luetao.

No sabía a quién culpar. Ser tratado así era peor que cualquier golpe.

Quiso gritar e insultar, pero al ver su triunfo, se mordió los labios. No se rendiría.

Su resistencia lo encendió más. Lo tomó con descontrol.

—Tan delicado... podría romperlo —susurró con voz ronca.

Sin clemencia, se adentró en él. Fei Huan, débil y suspendido, soportó cada embestida.

Pero Fei Huan guardó silencio. No apartó la vista; con los ojos abiertos, miró la escena en el espejo.

Una luz firme y orgullosa brillaba en su mirada, haciéndolo resplandecer incluso en esa humillación.

Como un suplicio sin fin, reprimió el desmayo, negándose a perder el conocimiento ante la brutalidad.

Las embestidas profundas y repetidas casi le arrancaron un grito.

Perade lo recorrió entero, retirándose para volver a entrar con más fuerza, hasta lo más íntimo. Todo terminó en una oleada final.

Permaneció mudo, soportándolo todo. Perade se sorprendió: ni un gemido.

Al borde del desmayo, se mordió los labios, desafiante.

—Tan callado... ¿no le basta? —lo contempló—. Parece fuerte por fuera, pero es delicado.

Lo acarició con burla: —¿Con qué frecuencia lo hace Xu Luetao? Yo iré más allá y no resistirá.

Esbozó una media sonrisa: —No está a su altura.

Perade se ensombreció. Lo tomó del rostro y besó sus labios ensangrentados: —Nunca lo han tratado así, ¿verdad? —lo tomó con violencia—. Pues ahora lo haré.

Lo prolongó con crueldad. Las marcas se multiplicaron.

Sus miradas se cruzaron en el espejo; sus ojos brillantes se apagaron poco a poco y se cerraron.

Al terminar, Perade se veía frágil, agotado.

Él colgaba inerte, vencido.

Le acarició el rostro: —Xu Luetao... debe quererlo mucho. Pues no se lo devolveré.

Recorrió con la lengua sus labios apretados, saboreando un rastro de sangre.

—Es mío —sonrió Perade—. Ahora me pertenece.

Capítulo 16

Una premonición lo atormentaba. Xu Luetao estaba al borde la locura, inestable como una bestia herida.

—¡Que salga de su escondite! —apagó el cigarro con rabia—. Destruyan su red, corten todo negocio.

—Lovers no es como Dongtang —le advirtió Tan Feng—. Un choque directo así nos destruiría a ambos.

—¡Que así sea! —replicó con firmeza—. Rescatémoslo a toda costa. Sheng Tong y Lovers declararon la guerra.

En una mansión apartada y lujosa, bajo el sol de primavera, los guardias rodeaban la sala. El jefe se acercó con inquietud:

—Lo siento. Tratamos de no lastimarlo, pero es demasiado feroz...

Perade lo detuvo con un gesto y miró a quien estaba frente a él. Su presencia era imponente, pero aquel no se inmutó. Su porte era aún más altivo, la mirada desafiante.

Un moretón en el labio revelaba su fuerza y terquedad. Y, pese a todo, seguía siendo hermoso.

Al ver la camisa, rasgada en la pelea, Perade negó con la cabeza y sonrió con amargura.

—La séptima vez —dijo, acariciándole la piel—. ¿Cuántas veces huirá y será traído de vuelta antes de rendirse?

Fei Huan lo miró con desdén: —Depende de cuándo logre escapar. Si es a la octava, solo intentaré ocho veces.

—Parece olvidar el castigo por ser atrapado —le recorrió el cuerpo con las yemas.

Apartó el rostro: —Considérelo una mordedura de perro.

Perade rio y lo golpeó de pronto: primero en la espalda, luego en el abdomen.

El dolor fue agudo, como si los huesos fueran a romperse. Cayó sobre el sofá. Perade se le acercó, besándole el cuello con distinta intensidad.

Los guardias se retiraron.

Le bajó la cremallera y lo penetró. El dolor punzante le recordó la noche anterior.

—Ese perro lo dejó mal, ¿no? —su sonrisa lo enfureció.

No tenía fuerzas para golpearlo. Lo maldijo por dentro, sin aliento.

—Maldito... —gimió entre dientes. El sudor frío le resbalaba.

Lo que aún no sanaba dolía más que los golpes.

Perade vio el dolor en su rostro y sonrió.

Fei Huan apenas podía sostenerse. Ni Xu Luetao había sido tan intenso.

Pero esa fragilidad lo fascinaba. Lo vio vulnerable y el deseo lo inundó.

—Nadie busca el dolor así —le acarició la nuca—. Le quité el control remoto.

—¿Duele? —lo admiró y siguió. Lo tomó con fuerza, lastimándolo.

Era como ser torturado lentamente.

Fei Huan preferiría cualquier golpe antes que eso: justo donde era más sensible, donde más gustaba atormentarlo.

—¿Alguna vez lo han hecho así? —cuatro dedos lo traspasaron. Era su límite. Perade rio con voz grave.

—Loco... —se tensó de golpe, el rostro desfigurado por el rencor.

Perade lo miró fijamente: —Me encantaría verlo rodear mi puño. Qué expresión tendría... ansío verla, Fei Huan.

¡Degradado!

No pudo responder. Las heridas internas se reabrieron de golpe. Apretó los dientes, luchando contra el dolor.

—¿Le duele? Es tan frágil... tan apretado... tan cálido... —se movía con ritmo—. No quiero lastimarlo, pero anhelo verlo vulnerable. Qué contradicción.

Su cuello se arqueó con elegancia, como un cisne, pero más cautivador.

Lo besó en la garganta y mordió suavemente. —Ah... —se le escapó un gemido entre dientes.

Maldijo en silencio, deseando que fuera Xu Luetao; quizás así dolería menos.

Perade disfrutó de su cuerpo, de su temblor, de su resistencia. Luego se apartó. Fei Huan suspiró, aliviado.

—No estuvo mal, ¿verdad? —lo miró pálido y empapado de sudor.

Recuperó fuerzas y respondió con sarcasmo: —Bien. Mejor que con un perro.

—Usted... —sus ojos se oscurecieron—. No me tienta. —Rio—. No tema. Solo quiero verlo orgulloso y rendido, suplicando.

—¿Suplicarle? —sonrió con frialdad.

—No aprende —negó con la cabeza—. ¿Cómo lo soportaba Xu Luetao?

—Le asestamos un golpe fuerte a Lovers. Perdió mucho. ¿Apareció?

—Todavía no. Seguimos hasta que salga.

Tan Feng asintió: —Comprendido. Perade disfruta de su presa. No lo presione.

Fei Huan vio, impotente, cómo Perade sostenía la cadena en su mano.

Una perla. Una aguja larga y fina con una perla redonda en un extremo. En manos de Perade, tenía un aire amenazante.

—Esto lo excitará —recorrió su cuerpo desnudo con ella, viéndolo estremecerse.

—Parece que el emocionado es usted —se burló Fei Huan.

—Es verdad, lo estoy —reconoció sin rubor. Acarició la punta y la señaló—. Así lo haré.

Fei Huan contuvo el aliento.

—Supera a Xu Luetao —dijo sacudiendo la cabeza—. Él no es tan retorcido.

—Sabe cómo enfurecer... —guiñó un ojo—. ¿Por qué regresó? ¿Dónde tiene a su belleza escondida?

—¡Eso no importa! ¿Sabe lo que está perdiendo Sheng Tong? ¿Cuántos han muerto? Ya se están vengando —lo interrumpió Xu Luqing—. ¡No me importa! —se adelantó Xu Luetao—. No pararé hasta hallarlo.

Xu Luqing lo miró, demacrado y alterado: —Está enamorado, ¿verdad?

Se quedó inmóvil y miró por la ventana.

—Lo entiendo. Si desapareciera Lin Lin... —suspiró—. Pero piense: si lo tiene, ¿por qué no aparece? ¿No convendría negociar?

Alzó la vista.

—Dos razones —continuó—. O no lo cambia por nada y lo mantiene vivo... o... —se calló.

—Dígalo de una vez.

—O ya lo mataron. No puede entregarlo, así que no le queda más que la guerra.

Esperó su reacción. Xu Luetao se sentó con cansancio: —No morirá. No lo diga más.

Lo miró con firmeza: —Si falta un día, lo buscaré un día. Toda la vida si hace falta.

Los gemidos llenaron la habitación y se oyeron fuera, entre los barrotes de hierro.

Una aguja larga atravesaba su cuerpo, la perla teñida de rojo. Perade lo observaba con frialdad.

La sangre bajaba por sus muñecas, suspendidas en el aire. El cuerpo, empapado, temblaba.

Músculos definidos, piel suave, hombros anchos, pecho firme, abdomen tenso, piernas largas.

Manchado de sangre y con la perla brillando, exhibía una belleza cautivadora.

Pero más que eso: su frente fruncida, los dientes apretados, la fragilidad mezclada con orgullo... eso era lo que lo obsesionaba.

Debería serme fiel. A mí. No a Xu Luetao.

Lo limpió con un paño, sintiendo su olor.

¿Por qué esa mirada perdida? ¿Alguna vez lloró así ante él?

Los celos lo mordieron. Lo besó profundamente: —Conmigo es distinto. ¿Qué le da él? Yo jamás lo dejaría.

Lo abrazó y se adentró en él, cediendo al deseo.

Recuperó el sentido un instante y murmuró: —Xu Luetao... —buscando alivio en su nombre.

En Sheng Tong reinaba la tensión. Tan Feng entró corriendo: —Perade dio la cara.

Xu Luetao se puso de pie.

—Pide condiciones para entregarlo.

Tomó la nota y la leyó: —Sabía que estaba vivo.

—¿Está malherido?

—Ya lo veremos. Acepto todo con tal de que regrese.

Los intentos de huir cesaron. Quedó sujeto. Su cuerpo mostraba señales. Atado y expuesto, completamente a su merced.

Las perlas que habían atormentado a Fei Huan día y noche, y la larga aguja incrustada en él, seguían allí adheridas, causándole un dolor incesante.

—Xu Luetao reunió todas sus fuerzas para causar problemas a Lovers.

Perade suspiró: —Lovers y Sheng Tong sufrieron pérdidas graves; ambos bandos quedaron muy debilitados.

Los ojos de Fei Huan brillaron con esperanza, pero la reprimió de inmediato: —Xu Luetao es un experto en causar problemas.

—Maldición —levantó la vista hacia Perade—. Ofenderlo fue tu error.

—No le tengo miedo. Solo me pregunto cuánto estaría dispuesto a pagar por ti.

Los ojos de Perade volvieron a brillar con deseo. Se arrodilló entre las piernas abiertas de Fei Huan y lamió suavemente su miembro.

—Uf... pervertido —murmuró Fei Huan con los ojos entrecerrados. Los músculos de sus brazos se contrajeron de golpe y las cadenas tintinearón.

—¿Eh? Rara vez recibe esto, ¿verdad? Xu Luetao no hace esto.

La lengua húmeda de Perade lamió la pequeña perla en su cuerpo y luego tomó todo el miembro delicado en su boca.

Lo acarició con los dientes, lo lamió con la lengua y lo succionó con los labios.

Su bajo vientre se iba calentando poco a poco: ni la voluntad más fuerte puede resistir la reacción natural del cuerpo.

Fei Huan luchó, arqueando el cuello, con el rostro entre la ira y la confusión.

—Se siente bien, ¿verdad? —continuó succionando el miembro que se iba endureciendo, masajeando los testículos.

El placer invadió todo su cuerpo, concentrándose en su vientre ardiente, solo para ser bloqueado sin piedad.

El placer se convirtió al instante en un dolor punzante y molesto. Fei Huan tembló.

Luchó, intentando zafarse de las manos de Perade.

—¿Quiere eyacular? —se burló Perade con paciencia.

Su miembro erecto temblaba, destilando un líquido transparente, pero la larga y cruel aguja seguía profundamente clavada, impidiendo la liberación.

—¿Todavía no me pides nada? —lo miró a la cara, recorriendo con los dedos la base de su miembro y haciéndolo jadear—. Me gusta que no supliques. Me gusta así, Fei Huan.

Siguió estimulándolo, luego mordió la perla y retiró lentamente la aguja de su cuerpo.

—¡No! Uf... —el dolor agudo del objeto mezclado con el placer lo hizo gemir y retorcerse.

Sintió vergüenza, rabia y un dolor insoportable que no lograba aliviar. La excitación tiñó de rosa su piel suave.

—¡Ah! ¡Ah! —al retirar la aguja, ya no pudo contenerse y gritó con voz ronca.

El líquido blanco brotó de la punta y cayó sobre el pecho y el rostro de Perade.

—Es cuando más te quiero: perdido, vulnerable, sin rumbo, y sin embargo orgulloso, sin llorar.

Imperturbable, Perade lamió despacio el líquido de su cuerpo, saboreándolo.

Lo atrajo hacia sí, inerte, y se adentró profundamente en él sintiendo cómo temblaba.

—Está empezando a gustarme, Fei Huan —dijo mientras embestía con más fuerza—. Xu Luetao debe estar destrozado sin ti. Nadie te iguala.

Fei Huan sentía un dolor tan intenso que se sentía desfallecer, como si los huesos fueran a romperse. Apretó los dientes y mordió la boca que lo invadía, pero fue inútil. Solo pudo mirarlo con debilidad.

Para su sorpresa, Perade se excitó aún más. Lo levantó por la cintura y lo hizo descender sobre sí, penetrándolo con fuerza.

—¡Ah!

Gritó de dolor y se desplomó en sus brazos.

Perade suspiró: —Con lo débil que eres, no deberías ser tan terco.

Lo besó una y otra vez mientras yacía sin sentido, susurrando: —No sé por qué, pero no quiero soltarte ni un segundo. Eres tan hermoso, Fei Huan.

Capítulo 17

En la oscuridad, los sonidos del acto llenaban el ambiente. Rápidos e incesantes, resonaban por todo el techo. Gemidos ahogados y jadeos escapaban sin control de sus hermosos labios.

Perade se entregaba a él con frenesí mientras permanecía encadenado, y su voz seductora y profunda vibraba en sus oídos.

—No creí que Xu Luetao haría tanto por ti —dijo, y su enojo se transformó en calor que se transmitía en cada embestida, haciéndola aún más feroz—. De verdad le importas.

Fei Huan apenas lograba oírlo. Lo más íntimo de su cuerpo era recorrido una y otra vez hasta arder, mezclando un dolor punzante insoportable con un placer que lo hacía apretar los dientes con rabia.

Todo se descontroló; perdió la noción de todo, sin oír ni sentir la brisa fresca que entraba en la habitación.

Solo sentía su cuerpo sometido. El ritmo, el calor, el dolor... la sangre se le agolpaba donde era sostenido con fuerza. Una oleada de calor, ansiosa por liberarse, chocaba en su vientre con el frío que subía por su columna, como si todo estallara en un instante.

—Exigencias tan desmedidas... y las aceptó por ti.

Lo besó en los labios, que ya no podían huir: —No soporto la idea de devolvarte. Eres mío. Cada centímetro, cada cabello tuyo... todo me pertenece.

Como una bestia incansable, lo embistió con fuerza y desmedida.

Fei Huan ya no podía resistir. Ni siquiera tenía fuerzas para cerrar la boca; estaba inerte, con la mirada perdida y los ojos entreabiertos.

Por fin hubo noticias. Sabía que el precio sería altísimo, pero Xu Luetao estaba sinceramente aliviado.

Reunió todo lo pedido: información confidencial, sumas cuantiosas y la cesión de territorio. Esperaba ansioso el día del intercambio.

Pasó todo el día junto a la ventana.

Tan Feng y Xu Luqing lo vigilaban, intercambiando miradas, temiendo que estallara si Perade no cumplía.

De pronto, el teléfono sonó con fuerza.

Los tres dieron un respingo. Xu Luetao se giró bruscamente, temblando.

Xu Luqing lo miró, se acercó y contestó: —¿Sí? Habla Xu Luqing.

Escuchó con atención.

—Ya veo. Entiendo.

Xu Luetao lo observó. Algo en su mirada lo inquietó; sentía un presentimiento, una angustia que no lograba explicar.

Tan Feng se acercó en silencio al otro lado del escritorio y miró a Xu Luqing con interrogación. —Suspiro... —suspiró suavemente Xu Luqing.

Ambos se tensaron de inmediato. Xu Luetao casi se abalanzó sobre él: — ¿Qué pasó?!

Al ver la expresión aterradora de su hermano mayor, Xu Luqing comprendió que no era momento de bromas y recuperó el color.

—Hotel Guolin, habitación 707. Perade dice que ahí está —una sonrisa burlona asomó en sus labios, pero duró poco. Xu Luetao lo golpeó con fuerza en el rostro—. ¡Vete! Ya hablaremos después —dijo, y salió disparado hacia el lugar, como si volara.

Tan Feng lo vio partir y marcó de inmediato: —Hotel Guolin, habitación 707. Protejan al joven con esmero.

Colgó y miró a Xu Luqing, que sangraba por la boca, meneando la cabeza con desaprobación.

Este lo miró con peligro y luego rio levemente: —No sabía que el mayor era tan sensible.

—Segundo joven —respondió Tan Feng con calma—, ¿y si alguien bromease sobre Ling Lin?

—Basta —al nombrarlo, su sonrisa desapareció. Se giró hacia la ventana—. Sabes bien cómo provocarme.

Tan Feng se asustó y pidió disculpas: —Lo siento, no fue mi intención.

Xu Luetao llegó sin esperar el elevador y subió corriendo los siete pisos.

Sus hombres lo esperaban fuera de la habitación: —Lo revisamos. Está adentro, dormido. No sabemos si le dieron algo.

Asintió con anhelo, giró la perilla con cuidado y entró.

Lo que vio pareció iluminarlo todo. Estuvo a punto de llorar.

Allí, durmiendo tranquilo, estaba su único ángel.

Labios hermosos, la frente alta, una nariz firme. A pesar de los moretones, su rostro seguía irradiando un encanto ardiente.

Por fin descansaba tras tanto sufrimiento. No quiso despertarlo; se arrodilló y tomó su muñeca marcada, besando suavemente las heridas de las cadenas.

Solo ahora comprendió cuánto lo amaba. ¿Por qué tuvo que estar a punto de perderlo para darse cuenta?

¿Por qué no lo valoró cuando lo tenía? Cuando él lo amaba, lloraba por él, lo celaba y ansiaba su compañía.

Las lágrimas cayeron sobre sus heridas. Si tocaran su alma, ¿podrían sanar también lo que le dolía por dentro?

Lo tomó en brazos con suma delicadeza y lo llevó a casa, como el tesoro más valioso.

Xu Luqing y Tan Feng, que ya lo suponían, esperaban en la residencia de Xu Luetao.

Xu Luqing no lo había visto en persona, pero al asomarse entre los brazos de su hermano, silbó: —Qué belleza.

Xu Luetao lo ignoró por completo; lo llevó con ternura hasta la habitación y lo acomodó en la cama.

Mirando su espalda, Xu Luqing le dijo a Tan Feng: —Siempre sospeché que había algo raro en que Perade lo soltara así nomás.

Tan Feng asintió: —Es verdad. Pagamos mucho, pero Perade no es de los que sueltan sin más. Sería extraño que no tramara algo.

—¿Y si no despierta? ¿Le mandó un vegetal?

—El médico ya lo revisó —respondió Tan Feng—. Tiene tratamiento.

No mencionó las terribles marcas de abuso en su cuerpo. —¿Se lo decimos?

—¿Ahora?

—Tal vez —lo pensó un instante y negó—. Esperemos un par de días.

Xu Luetao también vio las marcas. El médico hizo lo posible, pero eran tan graves que apretó los dientes de rabia.

Contuvo el impulso de ir tras Perade y se sentó junto a él.

Quiso ser lo primero que viera al despertar.

Imaginó la sorpresa y la alegría en sus ojos. Esperaba con anhelo, y el corazón se le llenó de dulzura.

Se oyó un sonido. Afuera brillaba el sol y cantaban los pájaros. Sus pestañas largas se movieron levemente.

—¿Fei Huan? —se inclinó y llamó suavemente.

Como si lo oyera, giró la cabeza y entreabrió los ojos, encontrándose con la mirada radiante de Xu Luetao.

—¿Despertaste?

Estaba tan emocionado que apenas pudo hablar. Lo abrazó con fuerza y luego lo soltó con cuidado, temiendo lastimarlo.

Estaba tan delgado... su cuerpo frágil le partía el alma. —Ya estás aquí. Todo está bien.

Sonrió: —No te dejaré irte jamás. Ni un segundo.

Fei Huan lo miró fijamente, sin expresión. Algo en su mirada lo inquietó.

De pronto, un grito desgarrador rompió el silencio: —¡Ah! ¡Ahhhhh!

El grito le heló la sangre. Lo abrazó con fuerza: —Estoy aquí. No tengas miedo. Estoy contigo.

No cesó. Gritaba con desesperación, como si le rompiera la voz.

—¡Pum!

La puerta se abrió de golpe.

Entraron Xu Luqing y Tan Feng, mirándose con inquietud ante lo que veían.

Xu Luetao gritó con angustia: —¡Tan Feng! Haz algo, llama al médico. El doctor llegó entre los gritos de Fei Huan.

Xu Luqing lo apartó a la fuerza para que no se alterara. Tan Feng se quedó con el médico vigilando su estado.

Los alaridos parecían no tener fin. Xu Luqing esperaba en el pasillo, oyendo cada grito desgarrador.

Xu Luetao quiso entrar, pero su hermano lo detuvo: —Hermano, cálmate. —¿Cómo calmarme? ¿Por qué está así?

Gritó angustiado y luego preguntó con temor: —¿Hay algo que no sepamos? ¿Le duele algo? ¿Le hizo algo Perade? ¿O...?

En ese instante, los gritos cesaron. Se calló de golpe y esperó con el corazón en la mano.

La puerta se abrió y salieron el médico y Tan Feng.

El médico no soportó su mirada: —Físicamente está bien, solo que... —lo miró con aprensión—. Parece que recibió un estímulo excesivo y...

Sudaba frío y buscó ayuda en Tan Feng.

Este hizo una seña para que se retirara y dijo: —Le dimos un sedante. Está confundido por lo que vivió.

—¿Perdió el juicio?

¿Qué pudo romper así al Fei Huan tan orgulloso y firme?

Se quedó inmóvil, deslumbrado. Recuperó el equilibrio y dijo con frialdad: —Está loco, ¿no?

Xu Luqing sintió un nudo en la garganta. Tan Feng bajó la mirada sin responder.

—¿Perdió la razón? —repitió con calma inquietante.

—Puede ser desvarío pasajero —respondió Tan Feng—. Debemos consultar al neurólogo...

—No hace falta —lo interrumpió, mirando la puerta—. Si no lo hubiera roto por dentro, no me lo devolvería así.

Hablaba con una calma que daba miedo. Xu Luqing se acercó, temiendo que estallara.

Pero no lo hizo. Comprendió la preocupación de su hermano, negó suavemente, entró y cerró la puerta.

Xu Luqing quiso acompañarlo, pero Tan Feng lo detuvo.

Xu Luetao asintió: —Déjalo descansar. Me haré cargo de los asuntos de los grupos. Prepara todo, Tan Feng. No dejaremos impune lo que Lovers nos hizo.

Se sentó junto a él, con el corazón destrozado.

Su ángel yacía ahí, llorando. Ni él mismo sabía que podía llorar tanto.

—Es mi culpa.

Recordó al Fei Huan indomable, al Fei Huan apasionado.

Una sola llamada despertaba todo en él; una sola caricia arrancaba gemidos seductores de esos labios hermosos.

Cada palabra lo divertía; cada gesto le hacía latir el pecho con impaciencia.

Aunque ahora yacía débil, su altivez natural seguía presente, burlándolo hasta hacerlo apretar los dientes.

—Que Dios me castigue, solo te pido que vuelvas —susurró besando suavemente su rostro—. Me duele el alma.

Muéstrate tal eres, impetuoso y arrebatado. Dime algo que me desafíe una vez más.

Estiró las piernas junto a la cama y dijo con tono provocador: —Inténtalo. Te echo de la cama.

Tu piel era tan suave... ni las heridas más horribles pudieron borrar tu belleza.

—Es mi culpa. Te perdí —lo abrazó y rompió a llorar sin consuelo.

Si aquel día te hubiera llevado a caminar por la calle...

Si hubiera aceptado ir al cine cuando me lo pediste...

Si no te hubiera comparado con un cenicero... esa frase que me arrepiento día y noche...

Debimos estar juntos, siempre.

Debiste dormir a mi lado, cada noche, dejándote ver caer el sueño.

Debiste estar protegido, brillando con tu orgullo y tu fuerza, no escondido en la oscuridad con la vida en peligro.

El arrepentimiento llegaba tarde.

—Nadie te iguala. Tienes derecho a caminar junto a mí. No necesitas probar tu valor enfrentándote a Lovers. No hace falta.

Las mujeres son encendedores, los hombres ceniceros. Hasta el peor se lleva consigo.

¿Pero quién carga con el mejor cenicero?

Alguna vez se lo dijo. ¿Quién carga un cenicero?

Recordó cómo se enfureció y se lo lanzó. Él se rio y esquivó el golpe. Se hizo añicos contra la pared.

Pensó que se le pasaría, que volvería a ser el de siempre. No sabía que su orgullo se había roto junto con el cenicero.

Si aquel cenicero me hubiera golpeado... ¿habría cambiado el destino?

¿Te habría ahorrado tanto dolor?

Ya no tenía lágrimas. Lo miraba con infinita compasión.

—No importa qué seas, siempre serás Fei Huan —lo acarició con mirada feroz—. Te vengaré.

Y pronunció el nombre con rencor: —Perade... maldito Perade.

De la boca de Xu Luetao. El sonido de dientes rechinando resonó levemente en el aire.

El clima en el Mediterráneo era agradable, con una brisa suave que refrescaba el ambiente.

En el lujoso yate fuertemente custodiado, el hombre a quien Xu Luetao odiaba con toda su alma se hallaba de buen humor.

Cruzó las piernas imaginando la cara de Xu Luetao y le dijo al hombre frente a él: —Me pregunto qué furia sentiré. Qué lástima no poder verlo en persona —hizo un gesto de pesar.

—Felicidades. Por fin lo has enfurecido de verdad —respondió el otro con frialdad.

Perade entrecerró los ojos mirando al hombre hermoso que apenas se reponía de un día entero de tormento.

Con apenas unas fuerzas recuperadas, esos labios hermosos proferían palabras desafiantes y esa expresión serena daban ganas de sujetarlo y desahogarse.

Su cuerpo recostado contra la cabecera, las manos tras la espalda, no parecía inmutarse ante las cadenas que lo ataban.

Tampoco él lo tomaba en serio.

—¿Qué nombre ponerte? —se acercó con peligrosa lentitud—. Fei Huan ya está con Xu Luetao. Deberías cambiarte el nombre.

—Soy Fei Huan.

—¿Ah sí? Pues él no lo cree así. Dejó de buscarte —se burló—. Debe estar destrozado, abrazando a ese loco y llenándolo de besos.

Una sonrisa de desprecio asomó en sus labios: —Si lo besa así, se dará cuenta de que no soy yo.

Temía que ese tonto solo llorara y no notara cuánto más delicado era su cuerpo ahora.

—No te confíes tanto —sacudió la cabeza aprovechando que no podía moverse—. Me esforcé mucho por encontrar a alguien igual a ti. Con cirugía avanzada, son idénticos. Y además... fue maltratado por muchos hasta perder la razón; tiene tantas marcas que ni Xu Xiao Tao sabría distinguirlo.

—Te aconsejo cuidado —alcanzó a decir antes de morderle y chuparle repetidamente. Se mordió el labio inferior.

El brote se alzó firme bajo el roce de su lengua.

Terminó con uno y pasó al otro. Al notar que temblaba, el deseo de Perade creció aún más.

—Con tan poco ya no puedes hablar? —se burló bajándole la ropa y frotándose contra él a través de su propia prenda.

Quiso resistirse para no darle gusto, pero sus músculos se tensaron sin querer. La tela áspera le rozaba el cuerpo desnudo con crueldad y una sensación inefable fue creciendo.

Perade sonrió triunfante al verlo y acarició su miembro.

Con tantas experiencias, conocía cada rincón y cada debilidad de ese cuerpo.

El estímulo lo hizo perder el control y gemir: —Xu Luetao...
—¿Qué? —preguntó Perade sin oír bien.

Jadeó entrecortado: —Xu Luetao nunca necesita recurrir a esto.

Habló con dificultad y luego lo miró con burla: —Con solo mirarme, me vuelvo loco. Daría la vida por él.

—Nunca serás como él, Perade.

Su voz lo traspasó como agujas.

—¿Qué me falta? ¿Esto? —embistió con furia, desgarrándolo.

Un calor más intenso que la lava, un dolor que quemaba como hierro candente, lo recorrió hasta lo más profundo.

—¡Ah! —gritó, pero una sonrisa triunfal se le escapó.

Se le formaron unos hoyuelos hermosos.

Perade sintió pánico y rabia. Olvidando que apenas se recuperaba, lo hizo suyo con toda su fuerza.

Lo poseyó con violencia, colocó el anillo de tortura y lo mantuvo en el límite. Lo embistió sin piedad, avivando y oprimiendo sus deseos.

Allí, entre el dolor y la confusión, su rostro seguía hermoso...

Temblando y sufriendo, la sonrisa no desapareció. Perade lo notó con enojo.

—Hoy no descansas —le mordió la garganta—. No te perdono. ¿Cuánto aguantas? Da igual. Tengo fármacos para mantenerte despierto. No te dejaré desmayar hasta que yo quede satisfecho.

Fei Huan lo soportó sin fuerzas. Sabía que no mentía; lo había vivido antes.

Afuera brillaba el sol del Mediterráneo sobre ambos cuerpos.

¿Xu Luetao... brilla igual de allá? ¿De qué lado estás?
No veo. No veo nada.

Capítulo 18

Un grito desgarrador resonaba sin freno...

—Fei Huan, estoy aquí. Soy yo —lo calmaba la voz ronca de Xu Luetao—. Soy Xu Luetao. Mírame, soy Xu Luetao...

Sus llamadas, urgentes y llenas de angustia, se mezclaban con los alaridos. Todo se volvía confuso, como si el aire faltara.

—Fei Huan, por favor, no hagas esto...

—Te vengaré. Te lo juro... —decía—. Te amo. No te rindas, por favor... Casi perdía el control.

Se notaba cuánto sufría... Clic.

Perade apagó la grabadora sonriendo: —Destrozado. Qué conversación tan interesante. Lástima que la seguridad era tan estricta; descubrieron el micrófono y solo pude grabar esto. Fei Huan recostado miraba por la ventana, perdido en sus pensamientos.

—¿No lo extrañas? —lo miró fijamente—. Nunca imaginé que te amara tanto. Sorprendente.

Fei Huan lo miró y soltó una risa. —¿De qué te ríes?

La sonrisa se le borró con frialdad: —Eres aburrido, Perade.

—Dejaste asuntos importantes por provocarlo. Tu empresa debe estar mal, ¿no?

—¿Por qué te importa tanto si me ama? ¿No soportas perderme?

Su expresión cambió bruscamente. Levantó la mano para golpearlo, pero la bajó lentamente.

—¿Eres tan hermoso como para hacer perder el imperio a alguien?

Sonrió con malicia y deslizó la mano bajo su ropa: —Eres especial, Fei Huan. Me pregunto quién lo daría todo por ti: ¿yo o Xu Luetao?

Se adivinaba bajo la tela cómo lo recorría.

Fei Huan frunció el ceño y maldijo entre dientes.

—Cada vez más atrevido —rio—. Hasta tu voz me excita.

—Perade... —lo miró con dificultad—. Si alguien lo diera todo por mí, no sería él.

Lo dijo con certeza. Perade se detuvo.

—Porque lo amo y jamás le haría daño. En cambio tú... jeje...

Apenas terminó de reír, Perade lo empujó contra la cama.

Se sostuvo con las manos encadenadas hasta que pasó el mareo.

Lo miró desafiante: —Te enojas cada vez que lo digo. ¿No será que tú ya caíste? ¿Por qué no lo admites?

Perade apretó los dientes y arqueó una ceja.

—Sin embargo... —sabiendo que lo golpearía, se apresuró—: Jamás me enamoraré de ti. Ni lo sueñes.

El aire se volvió pesado, solo roto por la respiración agitada.

Aunque Fei Huan estaba en total desventaja, se miraban con el mismo desafío.

Rompiendo el silencio, se recostó con calma haciendo sonar las cadenas: —Ni Xu Luetao me trató así. ¿Crees que unas cadenas me harán amarte? Solo un perro querría a alguien así encadenado. Yo no.

Conteniendo la furia, sonrió: —¿Crees que aún te quiere?

Le tensó las cadenas por completo. Quedó inmovilizado, sin poder moverse.

—¿Y si te recupera? ¿Crees que te querrá igual? ¿No buscará a otra? Después de todo lo que te hice...

Lo recorría con manos posesivas y las palabras salían suaves.

Fei Huan cerró los ojos y aguantó.

Giró el rostro demacrado, pero Perade lo volvió a mirarlo. El dolor no cesaba.

Aprendió a soportarlo mejor. Apretó los dientes y pensó: ¿Por qué no reclamo? ¡Idiota!

—Ni siquiera distingue entre amor y lástima. Se aferra a un loco y llora todo el día.

En medio del acto, Perade se detuvo.

Contestó el teléfono: —Estaba tan ocupado que no lo oí.

Fei Huan intentó calmar el cuerpo tembloroso.

—Antes me asustaba el teléfono. Es un hábito que me quedó con él.

—¡Xu Luetao... maldito cerdo!

—¿Suicidio? —frunció el ceño y asintió—. Entendido. Preparen todo. Háganlo.

—¿Suicidio? —lo miró asombrado—. ¿Quién? No pudo ser él.

Colgó y volvió a mirarlo: —Perdón por la pausa. ¿Y si te digo que se suicidó? ¿Me creerías?

Le brillaron los ojos, pero se controló: —No mientas. No es su estilo. Si no te mata, no se quita la vida.

—Confías mucho en él —rio y le lamió el lóbulo de la oreja.

—Ese loco se intentó quitar la vida. Impresionante. Xu Luetao tomó todas las precauciones, pero él mismo se mordió la muñeca cuando nadie lo veía. Afortunadamente lo descubrieron a tiempo.

Fei Huan guardó la compostura. Imposible. ¿Cómo haría eso?

¿Sería capaz? Pero... si lo haría por mí, ¿qué de malo tiene? Debería hacerlo. Yo sufrí tanto por él.

—Se acabó el espectáculo —dijo Perade—. Como los grupos sanguíneos no coinciden, pronto sabrá que lloró por un sustituto. Qué ganas de ver su cara.

—Ya veremos —respondió con frialdad.

Le indignaba que lo hubiera confundido con otro.

—¿Quieres hablar con él? —le rozó los labios—. Hoy estoy generoso.

—Qué bajo. ¿No te da vergüenza?

—Si lo hace sufrir, vale —marcó el número—. Habla cuanto quieras. No se puede rastrear.

Sonrió con desdén.

Puso el altavoz al máximo. Se oyó la voz: —¿Diga?

—Tan Feng, soy Perade. ¿Dónde está Xu Luetao?

Silencio absoluto del otro lado, luego pasos apresurados.

Le guiñó un ojo; recibió una mirada gélida.

—¡Perade! ¿Dónde está Fei Huan? —bramó de golpe.

Se oía rechinar los dientes: —¡Dime dónde está, traidor!

Fei Huan temió que aplastara el aparato.

—Cálmate —dijo Perade—. No es buena noticia que no haya perdido la razón.

—¡¿DÓNDE ESTÁ?! —rugió él.

Detrás se oía movimiento. —Aquí mismo —lo miró sonriendo.

Desnudo y encadenado, irradiaba belleza, pero la mirada altiva no se quebró. Sin miedo, sin timidez.

Emoción. Abierto, sin miedo, hermoso, electrizante para Perade.

—Está justo frente a mí —se acercó al teléfono con el altavoz activado, para que Xu Luetao lo oyera todo.

Dijo despacio, con admiración: —Xu Luetao, lo tienes delante. Qué hermoso es. Jamás vi algo tan bello y terco. Increíble.

Se acercó a él como quien acecha.

Xu Luetao contenía el rugido, jadeando: —Teníamos un trato. Te di todo. No puedes quedártelo.

De pronto gritó: —¡Maldición! ¿Fei Huan? ¿Estás ahí? ¡Responde! La esperanza aliviaba su angustia.

Fei Huan sonrió, entrecerrando los labios.

Bajó la mirada viendo cómo la sombra de Perade se le acercaba. —¡Fei Huan! ¡Fei Huan!

Xu Luetao llamó varias veces y luego suavizó el tono: —Di algo, por favor. ¿Todavía estás así? Conocía bien su carácter.

No pudo contenerse más. Miró el aparato, con los labios mordidos hasta sangrar, y dijo con suavidad: —Xu Luetao, tonto. Una reproche suave, casi en broma.

Sin embargo, lo miraba con ternura, como si lo viera a él. Como si mirara a su amor.

Perade, al ver esa mirada dulce y cansada, sintió celos repentinos.

Lo sujetó con fuerza, le alzó la barbilla y lo besó.

Esos labios, que parecían la miel misma, solo decían cosas que lo provocaban y se burlaban de él.

¿Cómo podía sonar tan suave y hermoso al hablarle por teléfono?

Perade enfureció.

Lo tomó con brusquedad, entrando en él con violencia, queriendo poseerlo todo.

Fei Huan frunció el ceño y soltó un gemido ahogado.

El dolor recorrió todo su cuerpo; las cadenas tintineaban con cada espasmo.

Los gemidos y el roce llenaron la habitación y llegaron hasta Xu Luetao por el teléfono a todo volumen.

—Fei Huan, ¿qué te pasa? —lo oyó y apretó el aparato—. ¡Perade! ¿Qué haces? ¿Qué le hiciste?

La voz retumbó con fuerza.

Perade embistió con furia: —Di lo que te hice. Dile.

Tenía los ojos encendidos: —Es mío. Escúchalo, Xu Luetao. Escúchame.

Lo poseí. Recibió mi fuego, temblando y sudando bajo mí.

—¡Fei Huan! —lo llamaba desesperado, aferrado al teléfono como a un salvavidas.

Llegó el clímax entre los gritos de Xu Luetao.

—¿Por qué callas? ¿Tienes miedo de decirle? —se calmó, pero no se apartó—. No te retiro. Sigo aquí, demostrándote quién te tiene.

—Fei Huan, responde... te lo ruego... —suplicaba él.

Esa voz lo devolvió a la realidad. Giró despacio y miró el teléfono.

Perade sonrió con malicia: —Háblale. ¿No lo amas? ¿No confías en él? Dile qué hacemos.

Lo tocó: —Que oiga tus gemidos. Qué hermosos son. Me vuelves loco.

Lo miró con suficiencia, pero la mirada de Fei Huan era fría y firme.

¿Aún no se rendía?

—Xu Luetao —dijo con calma—, tu cenicero ahora lo usa otro. Cómprate uno nuevo.

Silencio absoluto. Luego un estruendo.

Xu Luetao destrozó todo lo que tenía a mano, menos el teléfono.

Y entre la rabia, dijo llorando: —Te amo. Nadie te sustituye. Te amo, Fei Huan.

—Espérame. No pierdas la esperanza. Te amo —cerró los ojos y colgó. Se oyó un chasquido.

Fei Huan sonrió con ternura, de una forma que nunca antes había mostrado.

—¿Oíste, Perade? —rio suave—. Perdiste.

Capítulo 1G

Xu Luetao ya había sufrido bastante, todo por Fei Huan.

Si la desaparición de Fei Huan le había causado una inquietud constante, como si le arañaran el pecho, al menos eso era preferible a lo que sentía ahora.

Ya no le importaba guardar las apariencias; todos veían su furia y su agotamiento, todos sabían por quién era todo eso.

—Hermano, cálmate —dijo Xu Luqing sentado a su lado.

Al verlo demacrado, sintió algo de alivio: al menos él sabía dónde estaba Lin Lin.

Estuviera furioso, destrozado o con el corazón roto, Lin Lin estaba a su alcance.

—Lo sé. Debo serenarme —miró al techo con cansancio—. Tengo que resistir. Fei Huan... me espera. Tengo que rescatarlo.

—¿Qué piensas hacer ahora?

Sonrió con amargura: —Me doy cuenta de lo inútil que soy. Ni siquiera puedo proteger a quien amo.

Fei Huan

¿Qué sufrimiento aguantará ese orgulloso tan terco?

En manos del cruelísimo Perade.

—Atacamos con todo —apagó el cigarrillo—. Le quitamos todo y lo obligamos a entregarlo.

—No puedo arriesgarlo. Perade lo tiene.

—Sin verlo, sé que no es cualquiera —despreció Xu Luqing—. Perade ya no piensa con claridad. Lo verás cometer errores por él. Prefiero morir con Tong Sheng.

—Yo también estoy desquiciado —rio con tristeza—. Cualquiera lo estaría. ¿Cómo librar esta batalla así?

Recuperó su altivez: —Déjame dirigir. Tú observa. Si él pierde el control y nosotros no, ya perdió. Solo mantente alerta y se resuelve.

—Está en tus manos... —lo miró fijamente—. ¿Lo amas de verdad?

—Temo que actúe desesperado y le haga daño.

—No lo matará. Si pierde, es su mejor moneda de cambio. Si gana... —lo miró con cautela—, parece que también le tiene cariño. No lo hará.

—Dime: ¿poder o Fei Huan? ¿Tú qué elegirías?

—Sin él, ¿qué sentido tiene todo?

—Pues veamos quién está dispuesto a sacrificar más: tú o él —sonrió levemente.

Miró por la ventana: —Nadie lo amará como yo. Eso es seguro.

Llamó: —Tan Feng.

—A la orden —entró rápido como siempre, aunque se notaba el cansancio.

—Fei Huan está en manos de Perade. Le arrebataré todo. Lo destruiré por completo, cueste lo que cueste —dijo Xu Luetao.

Contuvo la angustia, llevó el cigarrillo a los labios y aspiró despacio. —Sin prisa. Cree que me desesperaré y me tenderá trampas. Busca la oportunidad y lo superamos.

Tan Feng bajó la mirada: —Pero Fei Huan...

—No me lo devolverá, pero tampoco lo matará.

Recordó su voz dolorida y apretó el reposabrazos: —Lo rescataré. Recuperaré a mi Fei Huan.

—Entendido.

—Pero no puedo hacerlo solo —miró a Xu Luqing, quien asintió—: A partir de ahora, tú mandas. Lo tomamos por sorpresa.

—¡Sí! Prepararé todo —salió de inmediato.

Lejos de allí, la escena seguía siendo de pasión y violencia.

—¿Por qué piensas en él? —le preguntaba Perade en el momento más intenso.

El dolor recorría todo su cuerpo; respiraba entrecortado, conteniendo los gemidos.

Sudor frío lo cubría todo: desde las muñecas esposadas hasta la frente, el pecho marcado por besos y mordiscos, y la espalda que se arqueaba. El sudor, como un velo, realzaba su piel y lo hacía aún más deseable.

—¿Por qué Xu Luetao? —preguntó con calma mientras lo embestía con fuerza.

Lo poseyó por completo, llevándolo al límite y luego se retiró.

Y volvió a la carga: —¿Cómo se conocieron?
El sudor corría igual que lo que lo llenaba sin cesar.

—¿Qué te dijo? ¿Te mandó flores? —todo era caliente, pegajoso, intenso.

—¿Con qué frecuencia...?

De tenso a blando, su cuerpo se dejaba llevar. Inclínó el cuello con gracia, como un cisne que cae.

—¿Qué hizo para ganarte así?

Lo giró hacia sí, empapado. No le sorprendió ver ese rostro que lo obsesionaba.

Inconsciente, fruncía el ceño y mantenía los labios apretados.

Hasta su nombre sonaba hermoso. Decirlo lo conmovía.

No quiso saber cuándo empezó todo, ni cuándo la inquietud lo invadió.

Lo besó.

El cuerpo temblaba y se estremecía, pero la mirada que no veía seguía altiva.

Labios fríos, como su dueño.

Perade los castigó con rabia...

Fei Huan se movió de dolor y entreabrió los ojos.

Sabía perfectamente quién lo tenía así.

Se había desmayado otra vez.

Alzó una ceja, molesto. Parece mujer.

—¿Despierto? —se separó.

Se aclaró la garganta antes de hablar.

—Sí, despierta —respondió con sarcasmo—. Así que puedes repetir.

Intentó estirar las piernas entumecidas y gimió por el dolor agudo de la espalda.

—Eres incorregible —sacudió la cabeza.

Lo acarició despacio: —Descansa. Lo reanudamos mañana.

Fei Huan no quiso saber nada. Cerró los ojos y se durmió a pesar del dolor que lo recorría.

Capítulo 20

—La mayor fuente de riqueza de los Lover está en Sudamérica. Por allí circula el sesenta por ciento de su mercancía.

En la habitación oscura se proyectaban imágenes que cambiaban sin cesar.

Se mostraron los rostros más influyentes del grupo. Finalmente, la imagen se detuvo en Perade.

—Estas fotos se tomaron en Nueva York hace dos meses. Desde entonces se oculta con extremo cuidado. Es imposible dar con él.

Tan Feng miró a todos, apagó el proyector e hizo señas para que encendieran las luces.

La luz reveló los rostros serios de los miembros de Tong Sheng.

Xu Luqing estaba al frente, con los brazos cruzados: —¿Qué opinas, hermano?

—Antes de la batalla, hay que cortar sus finanzas —dijo Xu Luetao desde el fondo, mirando la pantalla—. Allí está su base.

—En cuanto a la estrategia... —sacudió la cabeza—. Tú mandas. Yo ejecuto. Perade me conoce bien; contigo lo tomamos por sorpresa. ¿Qué propones?

Xu Luqing sonrió: —De acuerdo. Te daré las órdenes.

El mar Mediterráneo lucía despejado y azul, sin una sola nube.

Algo que no se ve en Hong Kong.

En la cubierta había una mesa redonda, sombrilla y dos bebidas con hielo. De no ser por Perade enfrente, sería un verdadero placer.

—Te noto raro. ¿Pasa algo? —lo miró con brillo juguetón.

Él se había entregado al placer, pero no había notado lo atractivo que se veía Fei Huan, bien vestido y sereno.

La ropa le quedaba perfecta. El escote dejaba ver la clavícula con una marca de beso que lo conmovía.

Fei Huan, que solía mostrar cansancio, se recostó con pereza. La mezcla de fragilidad y terquedad lo hacía especial.

—¿Algo va mal? —se dejó examinar y sonrió—. Sí, sin esposas se siente extraño. Alzó las manos para mirarlas.

Las marcas de las cadenas parecían hermosas pulseras. —¿No es agradable sentirse libre bajo el sol?

—¿Libertad? —abrió los ojos y sonrió—. ¿No es simplemente tomar el aire?

—Fei Huan... —su voz se volvió grave y peligrosa. Se acercó despacio, presionándolo sutilmente.

—Qué hermoso sería volver a disfrutar el sol... —casi lo besó, presionándolo contra el respaldo y susurró suavemente.

Fei Huan lo miró con frialdad, comprendiendo todo.

Iba a desabrocharle la camisa cuando se detuvo en seco.

Perade rio suavemente y retrocedió, dejando que la luz volviera a iluminar su rostro.

—Hoy empezamos de nuevo. Hablemos con calma —se sentó recobrando la compostura.

—¿Empezar de nuevo? —se encogió de hombros—. ¿Por qué?

—Para conocernos mejor —alzó la copa con elegancia—. Ganaste. Quiero entenderte. Te respeto. ¿Respeto por lo que hicimos en la cama? —Fei Huan ignoró la sonrisa y bebió.

Hacía mucho que no probaba algo tan refrescante; la cautividad era insoportable.

Lo observaba con atención: —¿Por qué te volviste espía? No es para ti.

Mordió la pajita y apartó la mirada.

—¿Por qué aceptaste arriesgarte así? ¿Por qué exponer a quien amas? —le alzó la barbilla—. Sabe bien lo que te espera si te descubren.

Dejó que le acariciara el rostro y bebió de un trago. —Lo nuestro no te incumbe.

Estiró las piernas que llevaban esposadas y se recostó con los brazos cruzados: —Qué extraño. Cuanto más te veo, menos me atraes.

Se acercó. Sus palabras...

Para cuando apretó los labios, ya lo tenía enfrente. Parecía tranquilo, pero irradiaba peligro.

—¿Tu indiferencia es virtud o defecto?

Una mano esbelta y poderosa bajó hacia su cuello, deslizándose como una serpiente sobre su pecho.

Fei Huan tensó el cuerpo y entrecerró los ojos.

De pronto, le dio una patada dirigida a la entrepierna.

Perade se apartó con desprecio.

Aprovechó para saltar y golpearlo, pero falló y fue a chocar contra la barandilla.

El viento le despeinó el cabello. Solo le quedaba el mar azul detrás para escapar.

Perade se mantuvo tranquilo, a unos pasos de distancia.

—Salta, Fei Huan. ¿No querías huir? Lanza al mar y nada hasta la orilla — frente a la inmensidad del océano.

Los hombres de Perade lo rodearon, burlándose.

Fei Huan se mostró más sereno que él y le devolvió un beso tranquilo.

Agarró la barandilla y, de pronto, dio una voltereta hacia atrás, cayendo al vacío un instante antes de sumergirse en el mar.

Como siempre, sin importarles las consecuencias.

—Suspiro... —sonrió con amargura y ordenó—: Suban la red.

Gruesos cables de acero tensaron y elevaron grandes redes sumergidas alrededor del yate de lujo.

Fei Huan, como un hermoso pez, quedó atrapado. —Tos... tos...

Lo desataron y lo tendieron en cubierta para que expulsara el agua tragada.

Un pez. Perade se agachó mirándolo empapado y hermoso.

La camisa pegada al cuerpo dibujaba sus músculos. El agua goteaba del cabello y brillaba con todos los colores del sol.

—Sabía que saltarías —se burló—. Por eso puse la red.

—Sabía que me atraparías —se incorporó, escupió agua y rio con frialdad—. Pero quería bañarme.

—Qué terco —lo miró divertido—. Pues nos bañamos los dos —hizo una seña para que prepararan la habitación.

Empezó de nuevo.

Cerró los ojos con cansancio.

Otra vez lo mismo, con todo en tu contra. ¡Xu Luetao, no sirves para nada!

—¿Y bien? ¿Nadie ha venido a recoger mi cadáver?

Capítulo 21

Para alguien tan orgulloso como él, estar desnudo y colgado de la cama no era nada agradable.

Sin embargo, tras haberlo recorrido entero, por fuera y por dentro, ya no oponía la resistencia que tanto le habría gustado a Perade.

Con las manos en alto, lo miró con calma; no parecía él el expuesto, sino Perade, de pie al borde de la cama con los brazos cruzados.

—Cada vez te acostumbras más a exhibirte ante mí —dijo con tono burlón.

Miró las esposas y sonrió con frialdad, mostrando un hoyuelo.

—Pareces de muy buen humor.

Tras varios días, Perade se había moderado y su cuerpo se recuperaba. — Sí, lo estoy —respondió con voz firme.

—¿Se puede saber por qué?

Se encogió de hombros: —Te ves cada vez peor. Hizo sonar la cadena con un chasquido.

—¿Xu Luetao te tiene así? ¿Se le viene abajo el imperio? Ya no tiene cómo rescatarme tan fácil. ¿Cómo no voy a alegrarme?

—Vaya perspicacia. Hasta me lees la cara.

Se acercó acariciándole el rostro: —Pero ahora quien me ataca no es él, sino Xu Luqing.

—Es lo mismo.

—Para nada —sonrió con astucia—. Tong Sheng busca poder, nada que ver contigo. En el fondo, Fei Huan, no eres tan indispensable para él.

Lo miró desafiante: —Pierdes la batalla y vienes a sembrar la discordia. Qué poco caballeroso.

Lo besó. Se entrelazaron labios y lenguas.

Fei Huan no fingió rechazo. Lo miró fijamente, muy cerca, con burla.

Un beso frío, sin respuesta.

Era más frustrante que si lo mordiera. ¿Cuándo aprendió a jugar así?

—Lo tuyo es más profundo que lo suyo —le susurró al oído mordiéndole el cuello—. No puedes negarlo.

—Dices tonterías —lo cortó secamente.

—¿Tonterías? —se volvió serio—. ¿Quién no sufriría viendo a quien ama en manos enemigas? Tú lo darías todo por él. ¿Y él? Si te quisiera salvar de verdad, ¿por qué tardó tanto? ¿No crees que ya es demasiado tiempo?

—Tú tampoco eres alguien a quien subestimar, claro que debes cuidarte. Xu Luetao tiene sus razones para poner a su hermano al mando.

—No intentes minar mi amor por él —sus ojos brillaban con firmeza y orgullo—. Tal vez sea ingenuo, pero él es inquebrantable para mí. En cuanto pueda, volveré a su lado.

Perade lo miró sin dar crédito.

Hasta un águila con las alas cortadas anhela volar.

—¿Por qué? —preguntó.

—Sin motivo. El amor no necesita razones.

El corazón le ardió; la respuesta era tan natural que lo desarmó por completo.

Lo atrajo bruscamente hacia sí en un abrazo estrecho, del que no quería soltarse.

—Fei Huan, yo... —sus brazos temblaron—. Te enamoraste de mí, ¿verdad?

Esos ojos azules chocaron con su sonrisa.

Sonrió con amargura: —Se dice que lo que se siembra se recoge. Si no te hubiera tratado así desde el principio...

—Nada habría cambiado —lo miró con tristeza—. Lo que se siembra se recoge... ¿Y Xu Luetao? Él me lastimó aún más.

Sonrió con resolución: —Yo juzgo a las personas, no a las circunstancias.

—Todavía tienes oportunidad —lo abrazó—. Quédate conmigo. Aunque caiga el grupo, tenemos recursos para estar bien.

Ahora fue Fei Huan quien lo miró con diversión.

—Te amaré mejor que él —insistió—. No te merece más que yo. Al menos yo lo daría todo por ti.

—Ya estás acorralado —rio con franqueza—. Por fin demostró capacidad.

—Es mérito de Xu Luqing.

—Para mí, es de él.

Lo miró con ternura: —Huyamos juntos. Antes de que sea tarde. Te amo y te respeto...

—¿Con cadenas y violencia?

—¡Nunca más! Solo tienes que aceptar.

Lo miró fijamente: —Desde el primer instante en que lo vi, ya era tarde.

—Te amo —dijo con firmeza—. Más que él.

Así ama quien es fuerte.

Ni siquiera Xu Paitao había mostrado jamás su debilidad de forma tan manifiesta ante Fei Huan.

Ese hombre exasperantemente arrogante siempre se comportaba como si mereciera el amor de todos.

—Usarme como moneda de cambio te daría fuerzas para rehacerte.

—¡No! —negó Perade con firmeza—. Jamás te usaré así. Le acarició suavemente el cabello:

—Fei Huan, no sabía que el amor podía llegar tan rápido, con tanta fuerza... Fei Huan apartó el rostro, rehuyendo su contacto.

La decepción y el rencor se le reflejaban en el rostro. Su único deseo era volver con Xu Luetao y recriminarle todo. Reinó el silencio...

Bajó la cabeza con una sonrisa amarga y desvalida.

—Xu Luetao calculó mal. —¡Qué tonto! —murmuró apretando los dientes, y luego lo miró con determinación—. Pues adelante. Hazlo.

—Las palabras tranquilas a veces valen menos que un arranque repentino.

Sus pupilas se contrajeron, temblaron sus labios: —Vente conmigo. Solo asiente y olvídalo.

Imperturbable, cerró los ojos y alzó el rostro: —Adelante. Hazlo.

Palideció de desesperación ante esa calma. Apretó los dientes y abrió el cajón.

Capítulo 22

Reinó el silencio...

Fei Huan bajó la cabeza con una sonrisa amarga y sin esperanza.

—Xu Luetao calculó mal. ¡Qué idiota! —masculló entre dientes y lo miró con firmeza—. ¡Pues adelante! Hazlo.

Como un trueno. Esas palabras cayeron sobre él como un rayo en cielo despejado.

Sus pupilas se contrajeron y suplicó con voz temblorosa: —Vente conmigo. Solo asiente y olvídalo.

Fei Huan permaneció inalterable, cerró los ojos, alzó el rostro y repitió suavemente: —Adelante. Hazlo.

Perade palideció, desesperado ante esa calma. Apretó los dientes y abrió el cajón.

Todo había terminado.

Una larga y azarosa lucha concluyó con la victoria de Tong Sheng.

El mundo de Perade se derrumbó bajo un ataque largamente preparado. Los hermanos Xu ejecutaron su plan con rapidez fulminante: tomaron el control de territorios y rutas de suministro y desmantelaron su vasta red de contactos.

En el edificio Diting, sede del Grupo Lovestar, Xu Luetao lucía serio. Xu Luqing, tras él, también mostraba tensión.

Tan Feng guardó silencio.

El grupo de subordinados, aunque eufóricos, no se atrevía a manifestarlo ante sus jefes, que no compartían el entusiasmo.

Ante el ventanal, alguien esperaba con angustia. —Todavía no hay noticias de Fei Huan —dijo Tan Feng con tono serio—.

—Durante el último mes, Perade dirigió todo a distancia, sin aparecer. Se sabe que está en el Mediterráneo y su paradero es incierto. Sus naves cuentan con tecnología avanzada y sistemas anti rastreo; es muy difícil acercarse.

Xu Luqing dijo: —No parece tener intención de usarlo como moneda de cambio. Perdimos la oportunidad.

La perdimos...

Soportar. Una palabra sencilla, pero con consecuencias imprevisibles y devastadoras.

Es aterrador imaginar lo que puede sufrir a manos de quien ha perdido su imperio. La victoria se siente como una burla cruel.

Y Perade, en algún lugar, probablemente también se burla de Xu Luetao.

—¿El Mediterráneo? —giró despacio—. ¿Lo tiene consigo? ¿Se lo llevará huyendo?

—Ojalá sea así.

Asintió con gravedad. No quiso plantear la peor hipótesis. Recordaba lo ocurrido con Ling Lin y deseaba que Xu Luetao no tuviera que pasar por lo mismo.

Una sensación punzante recorría las venas de Xu Luetao. Su dolor, aunque callado, se transmitía sin querer a su hermano y a Tan Feng.

La atmósfera era pesada: se acababa de consumir la derrota total del Grupo Lovers.

—Tan Feng, persígalo con todo —ordenó Xu Luetao con voz suave, lenta y solemne.

—Sí, revisaré de nuevo toda la información disponible —respondió de inmediato.

Xu Luqing esperó a que saliera y le dijo: —Hermano, lo siento.

—No es culpa tuya.

—Fui yo quien lo presionó —reconoció—. No solo desapareció, sino que la situación se volvió peligrosa.

—Jamás imaginé que lo dejaría todo por Fei Huan —dijo con voz profunda—. Preferiría perderlo todo antes que devolvérmelo.

—Es un necio.

—Tal vez —sonrió con amargura—. Empiezo a preguntarme si merezco a Fei Huan. Quien lo conoce desde hace meses valora más lo que es... — Xu Luqing le apretó la mano con sinceridad.

—No dudes de ti. Con Ling Lin yo también pensaba no tener derecho, pero el amor no funciona así. Mientras no te rindas, habrá oportunidad.

—¿La hay de verdad? —lo miró con angustia—. ¿Qué hará cuando la desesperación lo invada y no quiera soltarlo? ¿No lo adivinas?

Calló de golpe y lo miró con tristeza: —¿Sabes? Ni siquiera tenemos una foto juntos...

Una obsesión que puede llevar a la destrucción mutua. Entre la locura y la esperanza, solo deseo que estés a salvo. Qué ingratos somos: solo valoramos lo que perdemos.

Ni siquiera nos tomamos una foto juntos; siempre me pareció algo sin importancia.

Ahora que no estás, hasta el aire que respirabas me hace falta. Por fin hay noticias.

Tan Feng informó sin mostrar alegría, sino inquietud: —Lo localizamos. No huyó; está en su yate.

Tras una pausa, añadió frunciendo el ceño:

—Es extraño; el sistema anti rastreo se desactivó solo. De lo contrario, tardaríamos días más. Con sus recursos, debería haber escapado.

Un presentimiento oscureció el rostro de Xu Luetao.

Xu Luqing intentó calmarlo con tono firme:

—Aunque pudiera huir, no tiene forma de recuperarse. Para él, esconderse toda la vida es peor que caer con dignidad.

Tras un largo silencio, Xu Luetao decidió: —Actuemos. Quiero ver a Perade cara a cara. La angustia no lo abandonaba, ni siquiera con la prisa del viaje.

Cada metro más cerca del yate lo ponía más tenso, pálido. Hasta Tan Feng, que solía mantener la calma, se inquietó por él.

Al aterrizar el helicóptero en la cubierta, recobró poco a poco el semblante sereno.

Los suyos ya habían tomado el yate y esperaban. Perade había despedido a todos; estaba solo. Su imperio se desmoronó y nadie pudo impedirlo.

Los vio subir y rodearlo sin perder la compostura.

Para él no eran más que peones; por muchos armas o porte que tuvieran, no merecían su atención.

Esperaba al jefe de Tong Sheng: al hombre amado por Fei Huan, Xu Luetao. Rodeado de enemigos, bebió su coñac en silencio. Así lo vio Xu Luetao al descender.

Esa calma lo estremeció. Hizo una seña para que se apartaran y se acercó.

—¿Perade? —a quien tantas veces había visto en fotos lo tenía enfrente.

Quien se lo llevó.

Lo examinó a su vez: quien le robó su amor.

—¿Xu Luetao? —sonrió alzando la copa—. Nos conocemos de hace tiempo. ¿Una copa?

Había otra sobre la mesa.

—Puedes usar esa —dijo—. Era de Fei Huan... En un segundo, Xu Luetao lo sujetó del cuello.

—¿Dónde está? —se descompuso, furioso—. ¿Dónde está Fei Huan?

—Fei Huan... —suspiró—. Qué nombre hermoso, ¿verdad? Fei Huan...

—¡Te pregunto dónde está! —rugió entre dientes.

Como si recién lo oyera, sonrió y lo miró a los ojos: —¿Tú qué crees, Xu Luetao?

—¡Busquen! —ordenó Xu Luqing desde atrás.

—Ya revisamos y no hay rastro —respondieron. Xu Luetao lo sacudió con fuerza.

—Revisen bien —dijo Xu Luqing—. Es su yate; habrá compartimentos ocultos.

—Xu Luetao —dijo Perade con solemnidad—, él te ama profundamente. ¿Lo sabías?

—¿Dónde está? Dímelo, Perade.

—Jamás vi a nadie igual. Es deslumbrante, hasta desesperante.

—Dime dónde está y te daré lo que pidas.

—Siempre fue terco, inquieto como un leopardo de mal genio. Hasta durmiendo frunce el ceño, como si estuviera descontento conmigo. Pero cuando le apunté a la cabeza...

—Cuando le apuntó a la cabeza... —el corazón le golpeó con fuerza.

Las pupilas de Xu Luetao se contrajeron y contuvo el aliento.

Satisfecho con su reacción, Perade prosiguió: —...Pero él permaneció sereno. Fue él quien me dijo que disparara. —Alzó la vista con sonrisa amarga—.

—Le apunté y le dije que lo pensara. Me respondió: «Dispara si quieres». Ni se inmutó.

De pronto, un puño lo golpeó con fuerza.

Llevaba toda su rabia y su terror acumulados. Lo derribó y lo levantó de un tirón: —¿Lo mataste? —Estaba más pálido que él—. ¿Mataste a Fei Huan? —preguntó con voz quebrada.

No, no puede ser.

No puede estar muerto. Tan orgulloso, tan impulsivo; quien se atrevía a empujarlo y quien se sonrojaba con solo tocarlo.

Escupió sangre y negó: —No le disparé. Era demasiado hermoso. No pude.

Soltó el aire, aflojó el cuello de su camisa y casi se desploma del alivio.

—¿Dónde está? No perdamos tiempo —dijo Xu Luqing, poniéndose de pie.

Perade sonrió con desprecio.

Lo miró fijamente: —Dime dónde está. Sé que lo amas. No le habrías hecho daño.

—Allá.

—¿Dónde?

Miró hacia el mar azul y sonrió levemente: —Allá.

Se incorporó de golpe y miró a lo lejos. Solo había inmensidad.

Agua. Solo agua.

—¡Perade! —exclamó Tan Feng.

Se volvió y lo vio desplomado, con sangre en la comisura de los labios.

—Se envenenó —dijo Xu Luqing con voz baja.

—Hay veneno en la copa —comprobó Tan Feng.

Lo incorporó sacudiéndolo: —¡Dime dónde está Fei Huan!

Sus ojos se nublaron y movió los labios. Xu Luetao acercó el oído.

—Fei Huan no está muerto.

—¿Dónde está?

—Está aquí.

Las últimas palabras se le ahogaron en la garganta. Cerró los ojos con una sonrisa postrera.

—¡No te mueras! ¡Dime! ¿Dónde está Fei Huan? —se desmoronó en cuanto dejó de respirar—. ¡Dime dónde está!

Xu Luqing y Tan Feng lo contuvieron: —Hermano, ya no resiste.

—No, no puede ser —lo miró sin comprender—. Aún no dijo dónde está. No puede irse así.

—Joven, ha muerto.

—¿Y Fei Huan entonces? —Dejó el cuerpo y sujetó a Tan Feng del cuello—. ¿Dónde está?

Xu Luqing lo apartó: —Tranquilízate.

—Ya ordené buscarlo con todo —dijo Tan Feng—. Sin obstáculos, pronto lo encontraremos. Ten calma.

—No puedo... —lo soltó y se llevó las manos a la cabeza—. No lo encuentro. No logro dar con él.

Frente a él, solo el mar infinito. Fei Huan, ¿dónde estás?
No me dejes solo.

Fuimos tan poco tiempo juntos.
Ni siquiera tenemos una foto.
¿Dónde estás?

Capítulo 23

¿Quién es? Aquel que antes era desconocido, ahora está en boca de todos.

¿Quién está detrás de esta búsqueda inmensa, movilizando tantos recursos? Todo se desarrollaba bajo la mirada sombría de Xu Luetao.

La foto de Fei Huan apareció en primera plana. Gente de toda condición era detenida en la calle y se le mostraba una imagen borrosa, preguntando si lo había visto.

En la foto, miraba a la cámara con frialdad, altivo, entrecerrando los labios como si nadie mereciera su atención.

Era una imagen de su expediente policial. Ampliada, se veía borrosa, pero su orgullo y terquedad seguían ahí.

Todavía no conocía a Xu Luetao. No soportaba que se le acercaran ni que le declararan amor, sin importar quién fuera.

En aquel entonces, rechazaba con frialdad cualquier gesto de afecto.

Pero al conocerlo, todo cambió. Cuando deseaba algo, lo perseguía sin descanso. Su frialdad ante los demás era para proteger lo único que realmente quería entregar.

Lo que es tuyo, no se lo doy a nadie.

Buscó por todas partes hasta darse cuenta: nunca se tomó una foto con nadie, ni siquiera solo. Solo pudo recurrir a esa imagen del expediente, la única que existía, y ampliarla.

Entonces comprendió cuánto lo descuidó.

Mientras él vivía a su antojo, ¿pensó alguna vez en quien lo amaba con devoción? Él, Xu Luetao.

Al ver lo inconstante de Perade, se dio cuenta de su propia indiferencia. No solo le dolió que Fei Huan cautivara a todos; lo que más lo inquietaba era la decisión final de Perade.

¿Dónde lo escondió en sus últimos instantes? ¿Le habrá hecho algo?

Ya no hay a quién preguntar. Los muertos no responden.

Recordando cómo miró al mar al morir, ordenó registrar cien millas a la redonda. Sin resultado.

—¿Dónde estás? —se lo repetía una y otra vez mirando por la ventana. La angustia y la nostalgia lo consumían por dentro. Un día, Tan Feng entró apresurado, con los ojos inyectados en sangre.

—¡Joven!

El corazón le dio un vuelco.

Se giró de golpe: —¿Qué? ¿Noticias?

Jadeaba, sin rastro de su calma habitual.

—Antes de morir, Perade mandó guardar esto en una caja de seguridad. A nombre de Fei Huan.

—¿Qué? —la voz se le quebró—. ¿Dices que lo bajó del yate y abrió una caja a su nombre? ¿Dónde está? —Lo sujetó con fuerza, hasta blanquear los nudillos.

—Aún no lo localizamos, pero al menos sabemos que no desapareció en el mar. Esto había dentro —mostró un disco.

La mirada de Xu Luetao se fijó en él.

Juntos lo guardaron ahí. Solo contenía un disco; sea lo que sea, debe ser vital.

Tan Feng también esperaba algo decisivo.

Lo insertaron en la computadora. Un único archivo de audio.

Al abrirlo, los tres contuvieron el aliento.

«Sabía que lo encontrarías. Pero no a mí. Quien me hizo sentir distinto no fuiste tú.

Y no te enfurezcas así con Perade; no lo elegí, simplemente me amó.

Lo que te di, no se lo doy a nadie.

Me voy lejos. Así no me olvidas y siempre piensas en mí.

No volver contigo: fue la condición para dejarme ir, y coincide con lo que yo quería.

Adiós, Xu Luetao. Adiós, mi amor».

La grabación fue breve, pero su risa alegre pareció quedarse en el aire.

Esperaron. Tras un silencio, estalló: —¡Vuelve! ¡Maldición, te traeré de vuelta!

Saber que estaba vivo desató toda la furia acumulada.

Todo quedó destrozado.

—¡Búscalos! ¡Escarben donde sea y tráiganmelo!

Mientras limpiaban, Tan Feng y Xu Luqing hablaron en otra habitación.

—Sigo pensando que no era la forma —dijo Tan Feng.

—Fue lo mejor —replicó él—. Ya pasó con Ling Lin. Bastó.

—Lo de entonces fue para que tú también vieras lo que sientes.

—Y esto es por él. Sin esto, ¿cómo habría mostrado lo que siente? —miró a un hombre en la sombra.

El rostro apuesto se veía muy delgado; la clavícula se le marcaba bajo la camisa, pero aún así irradiaba orgullo y encanto.

¿Quién más podía ser sino Fei Huan?

Dejó que Xu Luqing lo observara sin incomodarse: —No me echas la culpa. No volveré hasta que Xu Luetao aprenda la lección.

Xu Luqing intervino: —Ya sufrió bastante. Déjalo angustiado un par de días y regresa cuando se le pase el enojo.

—Todavía no.

Tan Feng se sorprendió: —¿Cuánto tiempo más? El joven está desesperado; puede destruir todo por buscarte.

Sonrió con picardía: —Hasta que comprenda lo que significa «cenicero».

—Un caballero no deja una ofensa sin respuesta —dijo Du Feng—. Y ya es grave lo que hiciste.

—Exageras por tres palabras —replicó Xu Luqing—. No volveré a molestarte.

—¿Y el trato con Perade? Lo traicionaste. Confió en ti y hasta dio la vida por ti.

—Él sabía que lo rompería —se recostó con cansancio—. Me conocía mejor que yo mismo.

Du Feng lo miró y dijo: —No tienes corazón.

—¿Solo te importa él y el resto no existe? —preguntó Xu Luqing—. ¿Si yo muriera, te dolería?

—Mientras antes deje de sufrir, mejor —respondió sin dudar.

—Te amo. Desde el principio hasta el fin. Perade me conmovió, pero tú... Si yo soy el cenicero, tú eres solo la ceniza.

—Porque te amo.

Sonrió, dejó la colilla y la empujó suavemente.

—FIN —

SÍGUENOS EN TELEGRAM COMO BOYS LOVE TOPENI